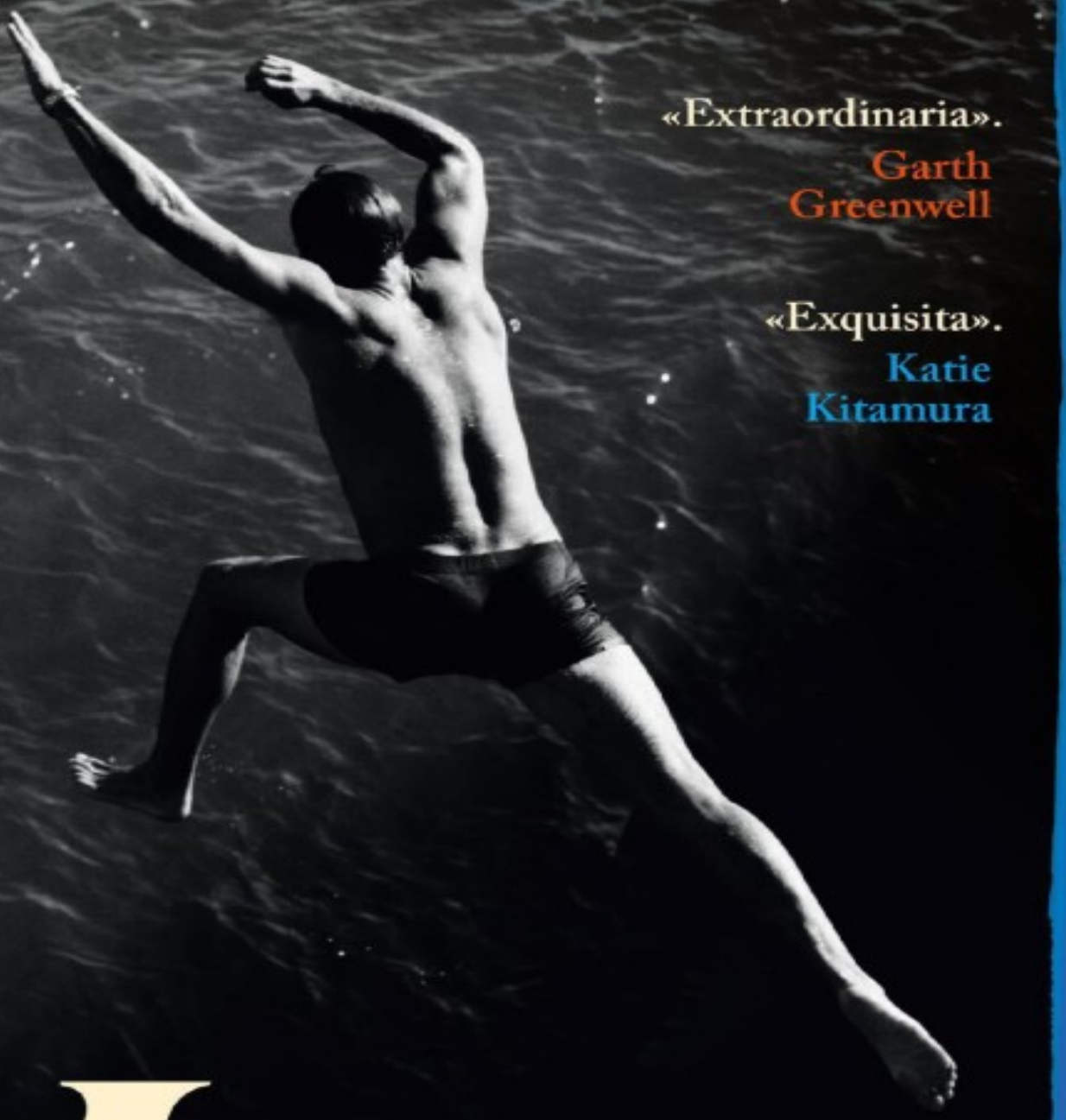
Letras de plata

MADELEINE DUNNIGAN



«Extraordinaria».
Garth Greenwell

«Exquisita».
Katie Kitamura

Jean

Jean

MADELEINE DUNNIGAN

Jean

Traducción de Daniel Casado

Plata

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Jean*
Editor original: W. W. Norton & Company
Independent Publishers Since 1923
Traducción: Daniel Casado

1.ª edición: abril 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2026 *by* Madeleine Dunnigan
Este libro está destinado a ser leído únicamente por humanos.
All rights reserved
© de la traducción 2026 *by* Daniel Casado
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.letrasdeplata.com

ISBN: 979-13-87899-64-6

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para mi familia.

No me sentí libre hasta que salí corriendo…

—Patrick Modiano, *En el café de la juventud perdida.*

CAPÍTULO UNO

Inglaterra, 1976

Cuánta suerte tiene de estar ahí. Cuantísima suerte. O al menos eso es lo que dice David Larkin, el director.

Es en la suerte en lo que piensa Jean mientras mira por la ventana del despacho del director, donde, junto al lago, ve las manchas oscuras que son los chicos corriendo por el puente flotante. Más concretamente, piensa en que más bien lo que tiene es mala pata.

Fue mala pata, por ejemplo, que Samuel se sentara a su lado en clase de Biología. Que a Samuel, que tiene problemas de sinusitis, le diera por estornudar justo cuando se volvía hacia Jean y que la saliva (con sus miles, millones o incluso miles de millones de bacterias) salpicara a Jean en el cuello, la mejilla y los labios.

¿Qué se supone que debe hacer uno en semejante situación? Cuando todas las fuerzas del mundo conspiran contra él. Pues contraatacar, cómo no. Como dice Bruce Lee, la buena suerte no existe sin más, sino que se cultiva.

Así que eso mismo hizo Jean: contraatacar. Le dio un puñetazo a Samuel (al igual que él le había lanzado su metafórico puñetazo de gérmenes) en toda la boca. El culmen de la mala pata.

Al otro lado de la ventana, tres manchas rosadas desaparecen en la reluciente agua azul.

—Jean —lo llama David.

Es por ello que Jean tiene que sentarse frente a ese hombre con alopecia, con manchas de la edad en la frente y la piel brillante por el sudor. Si se pusiera a pensar en ello, le echaría unos cincuenta

años, aunque no se comporta como la mayoría de los mayores. Insiste en que los chicos lo llamen Davey (todos los profesores se presentan con su nombre de pila en Compton Manor). Anima a los alumnos a pasar tanto rato fuera como puedan, para explorar «las fértiles tierras de este lugar bendito que nos ha tocado». Una vez hasta les llevó una caja de ranas vivas para que las diseccionaran.

Vamos, que es raro. Raro como Rosa, con su cabello corto y su peto, que siempre es Rosa y no *mamá*. Y si a Jean se le ocurriera llamarla *madre*, la que se le vendría encima. Por si no fuera bastante malo que trabajara, era artista, para colmo. Se pone a charlar de política con un grupo de alumnos alrededor de la mesa, bajo una nube de humo, mientras le grita a Jean para que los acompañe y se pasan hasta las tantas soltando tacos. Por su parte, David (porque no es capaz de llamarlo Davey, no) no diría jamás una palabrota. Es, a pesar de dirigir un internado para chicos medio salvajes (o tal vez debido a ello), un buen cristiano.

—Jean —insiste—, ¿me escuchas o no?

El director está sentado detrás de un gran escritorio de caoba. Tras él, unas estanterías repletas de libros (Nietzsche, Jung, *Los años del despertar* de Krishnamurti) quedan apretujadas entre las angostas ventanas que rodean la sala. Su despacho ocupa la base de uno de los torreones. No se parece en nada a ningún otro despacho de director en el que haya estado (dejémoslo en que no es el primero que pisa precisamente) y las aulas también son extrañas: estancias oscuras en las entrañas del edificio, rodeadas de tapices y cuadros antiguos o, por el contrario, espacios bien iluminados de techo alto y abovedado donde los alumnos se sientan a pupitres de madera, de cara a otros alumnos. Hay una sala para fumar con muebles de cuero verde y una sala de billar con una chimenea enorme y estanterías con cubierta de cristal. Y otras salas, escondidas en los rincones del gran edificio, llenas de siluetas bajo sábanas blancas espectrales con partículas de polvo flotando en el ambiente, o cerradas a cal y canto.

Jean conoce bien la historia: el edificio lo construyeron unos vendedores de tela adinerados en el siglo diecisiete y un dandi soltero que tenía grandes planes para él lo agrandó en el siglo

dieciocho. Además de los parterres formales; la fuente con la estatua del buceador que parece desafiar las leyes de la gravedad; los arcos toscanos llenos de jazmín; el jardín ornamental con sus rosas, peonías y plantas tan altas como exóticas; el estanque con botes, y demás edificios decorativos sin objetivo alguno, iba a construir un gran laberinto de setos, un jardín de arena japonés y una cascada. Sin embargo, el soltero en cuestión falleció de pronto y el proyecto se quedó sin fuelle. Cuarenta años después, su sobrino tataranieto le alquiló el lugar a su alocado colega David Larkin (leían historia juntos en el Trinity College de Cambridge), quien lo reabrió como un internado de refuerzo solo para chicos. A David le encanta usar esa historia como ejemplo de la buena suerte que tienen los chicos, pero solo consigue recordarle a Jean que no es su lugar. En cualquier caso, se alegra de que no haya laberinto ni cascada, de que su lugar lo ocupen el prado de flores silvestres, el campo y el lago.

David apoya las manos en el escritorio y una gota de sudor se le asoma por la frente.

—Me tomo el bienestar de mis alumnos muy en serio. De todos mis alumnos. Todos somos familia —dice.

Jean se imagina a Rosa la mañana siguiente, gritándole en la cocina, lanzándole un plato a la cabeza.

—Sabes que lo que se espera de ti es que cuides de los demás.

A Rosa llorando en el sofá mientras le pone una venda en el corte que le ha hecho en la frente.

—Sabes que lo que no deberías hacer —sigue David, ahora con la voz baja— es darle un puñetazo a ningún compañero.

A Rosa en el jardín, entornando la mirada por el sol mientras dibuja sus bocetos a toda prisa y Jean se queda tumbado en la hierba, medio dormido.

—¿Verdad?

Detrás de David, acomodadas entre los libros, están las fotografías del internado. Hay cuatro en total y Jean las mira bien en busca de la de este año, 1976. Es en la que salen más personas: sesenta chicos, que forman el total de los alumnos, y diez profesores, además de David, la gobernanta, la cocinera, la enfermera y el

jardinero. Están todos dispuestos en una masa desorganizada en la entrada de gravilla que hay delante del internado. Los chicos con vaqueros rasgados, pantalones acampanados, camisas a cuadros, camisetas blancas y sucias, chalecos, chaquetas *bomber*, deportivas Adidas, botas Wellington (aunque la mayoría van descalzos), el pelo mal peinado y mal cuidado, rodeándose con los brazos y algunos retratados en pleno grito. Los profesores tienen un aspecto más tradicional, con sus camisas Oxford y chalecos de punto, aunque hay uno, Charles Burrows, el profesor de Literatura, que lleva una camisa ceñida morada y pantalones acampanados y que apoya un pie sobre la rodilla, como los chicos que se sientan a su lado en el banco. Busca y rebusca y no se encuentra en la foto.

A David le encanta hablar largo y tendido del «ambiente fraternal» que se respira en el internado. Le gusta usar palabras como *familia*, *responsabilidad* y *cuidado*. Sin embargo, Jean nota que está frustrado, que él mismo lo ha frustrado al no hacerles caso a las tonterías que dice, por la forma en que le tiembla el labio superior.

—Por el amor de Dios, Jean.

Jean se sorprende y también se enorgullece un poco; David solo blasfema cuando está desesperado.

—No hace falta que te recuerde que es precisamente por alumnos como Samuel, que pagan por sus estudios, que tú también puedes asistir.

Ahora es Jean el que se sonroja.

—El que ama a su hermano permanece en la luz y en él no hay tropiezo —dice David—, mas el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y es entre ellas donde camina. No sabe a dónde va porque las tinieblas lo ciegan.

Ahí sí que odia a David Larkin. Lo odia por sacar a colación el dinero, por citar la Biblia. Por recordarle que es pobre y judío.

El ruido del exterior se cuela en el despacho, los gritos de los chicos del estanque y una guitarra que suena desde otro lugar, pero en esa estancia, todo es silencio. Jean le devuelve la mirada a David y no piensa ser él el que lo rompa. El director se enjuga el sudor de la frente con un pañuelo color burdeos.

—Mira —dice—, tenemos que llegar a un acuerdo al menos. Deja

esas cosas para fuera del aula, ¿vale? Que no vuelva a pasar.

Jean no dice nada. Parpadea.

—Hay cosas más importantes de las que preocuparnos —sigue el director—. ¿Has pensado en lo que quieres hacer el año que viene? Ya sé que los exámenes parecen una pérdida de tiempo y, hazme caso, si de mí dependiera, no tendríamos ninguno, pero tienes que hacerlos por obligación. Tienes que pensar en tu futuro.

Jean se rasca una costra de la rodilla y le empieza a sangrar. Sigue esperando, aunque David se ha quedado sin fuerza. Decide hablar después de lo que le parece una cantidad de tiempo apropiada.

—¿Puedo irme ya?

—Bueno —suspira David—, vale.



Jean comparte dormitorio con otros cuatro alumnos. Son de edades mezcladas, para «fomentar la fraternidad estudiantil», como dice David. En realidad, los mayores obligan a los menores a que hagan sus tareas por ellos. No es el caso de Jean, por mucho que sea uno de los mayores a sus diecisiete años. No, Jean ocupa una especie de zona gris ajena al ecosistema estudiantil; le gusta concebirse encima de una nube, flotando.

Por mucho que el director diga que todos son hermanos, para Jean son primos lejanos como mucho.

El dormitorio en sí es una zona cero: hay ropa, discos, libros y trastos variopintos (modelos de aviones, botellas vacías, una rama, piedras y tres latas de melocotón en almíbar vacías) por todo el suelo. Salta a la vista que los sirvientes no hacen bien su trabajo. Las clases han terminado hace mucho y, aunque todavía quedan horas de luz solar, Jean no quiere pasar ni un solo segundo más encerrado.

Ha oído la charla fraternal de David, o alguna versión distinta, en muchas ocasiones. Cuando lo mandan a su despacho por portarse mal o cuando el propio director se va a la sala común a dar sermones informales. «Venid hacia la luz». Pero si es justo eso lo que pretende hacer, salir al sol.

Llega a la cama tras navegar el mar de basura. Sus trastos también están por doquier por la razón que sea, aunque no haya participado en lo que fuera que ocurriera. El pánico se aferra a él en lo que rebusca en el baúl, pánico que se convierte en terror. Pero no, allí está: su vieja lata de caramelos para la tos, debajo del equipamiento de deporte que apenas usa.

Según se dirige al bosque, se cruza con Percy, Theo, Tom y Hugo, que vuelven del estanque. Tienen el pelo mojado y van sin camiseta; son los chicos a los que se les dan bien los deportes, que hablan en voz alta y acento elegante y que se pavonean por ahí como si fueran dueños del internado. Y en cierto modo lo son, porque son los que pagan por estar allí. La madre de Percy dirige una dinastía de hoteles pequeños en el Mediterráneo. Aunque el padre de Theo es taxista (e inmigrante además, porque llegó desde Jamaica en el SS *Almanzora*) y sirvió en la Real Fuerza Aérea, su madre es una estadounidense que heredó la fortuna del que inventó el interruptor regulador de luz. El padre de Tom fue uno de los mayores propietarios de minas del país y ahora dirige una granja de pollos en Shropshire, y Hugo, el cabecilla, nació en una mansión en la que hace siglos que nacen Hugos como él y viven del interés que les genera su gran fortuna. Los cuatro están en su último año, como Jean (solo hay siete estudiantes en total), aunque se diferencian de él en muchos sentidos. Como Rosa otra vez, manchada de pintura, con un acento alemán más marcado con cada copa de vino que se traga. Un alegre grupito de hermanos, las almas que ha salvado David. Pensar en ello lo hace sonreír y Hugo lo ve.

—¿Ya te estás contando chistes tú solo otra vez, chico judío? Yo tengo un chiste para ti: *toc, toc*.

Cuando Hugo mueve el brazo para darle el golpe, Jean gira y, al hacerlo, hace contacto visual con Tom. A pesar de que es casi imperceptible, nota que arquea un poco la ceja, que una sonrisa le tira de los labios.

Y Jean sale corriendo por el campo con Hugo gritándole desde atrás:

—¿Hay alguien ahí?

—Anoche tuve el sueño más raro de la vida —dice Tom, pasándole el porro a Jean—. Estaba en el internado, en el campo de abajo, e iba montado en un conejo gigante. Parecía un caballo, un bus o un tanque, como los de los rusos, ¿sabes? Pero era uno de los conejos de Charlie, solo que no exactamente.

Hace una pausa, sin aliento, y las últimas bocanadas de humo se le escapan en unas toses.

—Qué raro, ¿verdad?

Tom se queda sin aliento a menudo; sufre de epilepsia, para lo que se toma seis pastillas al día: dos al desayunar, al comer y al cenar. Tenía que andarse con cuidado, eso fue lo que le dijo a Jean hace unas semanas, cuando se le acercó en la granja que hay al lado del internado. Que debía ir con cuidado, por mucho que Tom esté en el equipo de fútbol y haga carreras campo a través y se le suela ver persiguiendo a los chicos más jóvenes que él por el pasillo o trepando por las paredes para robar el cuerno de caza medieval que hay colgado o al volante del viejo Austin Morris 1100 de la gobernanta para llevarlo por los campos embarrados o bailando como un poseso en la fiesta del internado, con el corazón retumbándole en ese pecho esbelto que tiene tal como hacía cuando corría por el prado hasta llegar al lago, donde está con Jean, fumando, y el tono pálido de las piernas se le refleja en el agua.

Tom está a cargo de los pollos de la granja (al fin y al cabo, lo lleva en la sangre; los demás lo llaman jocosamente «Pollón»). Jean suele encargarse de los cerdos, pero, desde que se le acercó Tom, lo han ascendido a los pollos. A la sensación de un huevo cálido y frágil en la palma de la mano, el olor de la paja, el leve cacareo de las aves.

Tom es más bajo que Jean, quien es uno de los más altos del internado, porque sobrepasa el metro ochenta. Es moreno, en contraste con el rubio de él, mientras que en tono de piel ocurre lo contrario y Jean es más moreno. La nariz de Jean es un bulto que sigue el contorno de los pómulos, mientras que la de Tom es suave y recta, como si la hubieran tallado en mármol. Jean tiene los ojos azules; Rosa los describe como «galaxias». Tom tiene ojos de gato;

marrones, aunque Jean no lo ha mirado a los ojos el tiempo suficiente como para distinguir si son marrón oscuro, marrón claro o avellana. O si tiene puntitos en los iris, si tiene un borde alrededor. Se imagina que son como el suelo del bosque: terrosos, llenos de texturas, de podredumbre. Jean tiene una cicatriz entre las cejas y otra debajo del labio inferior, aunque seguro que Tom ni lo ha notado. Aun así, Jean sí que se ha percatado de las pecas que tiene Tom en la nariz y en las mejillas, así como los puntitos rosados que le nota en los pómulos. A veces le salen espinillas y a él le dan ganas de reventárselas.

Jean aparta la mirada y da una calada.

—Los sueños son una tontería —dice.

No sabe por qué se le acercó Tom hace tres semanas. Estaba en la parte de atrás de la pocilga, con el sudor que le empapaba la frente y hacía que le escocieran los ojos mientras apartaba la mierda con el rastrillo y le daba vueltas a si sería capaz de sobrevivir sin comer durante dieciocho horas al día, como los budistas. Fue entonces que vio a Tom allí plantado. Tuvo el impulso de agazaparse y empuñar aquel rastrillo cochambroso para defenderse (llevaba cerca de dos años en Compton Manor y podía contar con los dedos de una mano las veces que Tom le había dirigido la palabra), pero se obligó a quedarse de pie, apoyarse en el rastrillo y mirarlo por debajo del flequillo. Tom, con las manos en los bolsillos, le daba golpecitos a la paja con los pies y le contó que sufría de epilepsia, que debía andarse con cuidado. Le preguntó de qué parte de Londres era, que si le gustaba Black Sabbath o The Clash, que si sabía conducir, y luego que qué problema tenía.

En Compton Manor, los chicos tienen muchos problemas distintos. Hay uno que grita palabrotas y otro que nunca dice nada. Hay algunos que no son capaces de mirar a los demás a los ojos, varios que sufren de asma y hasta un chico que va en silla de ruedas. A Jean le da lástima; una vez se quedó sin silla, porque se la quitaron mientras estaba en el baño, y pasó cinco horas allí sentado antes de pedir ayuda. Luego hay chicos como Jean, que parecen normales por fuera. Chicos cuya enfermedad está atrapada bajo sus capas de piel.

¿No fue por eso que Rosa lo mandó al internado? Se produjo el suceso específico, claro, el crimen original (en su última escuela, le clavó un compás en la cara a un compañero), pero también todos los sucesos y crímenes que precedieron a la gota que colmó el vaso. Jean, a sus ocho años, rompiendo todos los objetos de cristal de la casa; a sus doce, en una playa de Cornualles, destrozando otro pícnic familiar. A los trece, acompañado de un granero incendiado. A los quince, con el cuello largo y absurdo de un pavo real inerte en las manos. El compañero del compás tuvo suerte de no perder un ojo, según les dijo el director. Fue grave, hasta el propio Jean lo admitía (por mucho que el imbécil se lo tuviera bien merecido), pero no tanto como para que resultara en su expulsión inmediata de la educación normal. Fueron los sucesos anteriores, todo lo que había hecho durante la infancia y la adolescencia y que lo había llevado hasta aquel punto, lo que creó la sensación (para Rosa y para Jean) de que tenía un problema incorregible, uno que hizo que ella por fin lo mandara a Compton Manor, también conocida como «la Casa de los Locos».

En algún momento, cuando era pequeño, una médica con gafas le preguntó la versión distinta de la misma pregunta: ¿de dónde salía tanta furia? No supo cómo contestarle. ¿De dónde sale el mar? De los ríos, riachuelos, arroyos y luego, más adentro, de las rocas, del sedimento, de los fósiles, del núcleo de lava del planeta.

Por supuesto, cuando Tom le preguntó que qué le pasaba, Jean no le contó nada de aquello. En su lugar, recordó que acabaron encontrando la silla de ruedas sumergida en el lago, con una rueda rota, y que poco después él se había cruzado con Tom y con Hugo riéndose en el dormitorio, lo cual lo hizo aferrar el rastrillo con más fuerza. Luego Tom le sonrió, un poco ruborizado, y le dijo que había oído por ahí que quizá Jean tuviera algo para fumar.

—Ya —dice Tom, mirando el porro—. Pero se supone que los sueños significan algo, ¿no? Es como dice el tipo ese, el alemán.

—Freud —responde Jean, soltando el humo por la nariz. A pesar de que fuera austríaco.

Tom ha ido a buscarlo de vez en cuando durante las últimas semanas, a veces una vez al día y otras, menos. Jean le ha

enseñado a fumar, a moler el *cannabis* y mezclarlo con el tabaco, a pellizcar el papel y enrollarlo sin problemas. No le importa que Tom lo esté utilizando, porque tiene de sobra para compartir. Y a veces es mejor fumar acompañado. Al menos le gusta fumar con él, eso sí. Tom le ha enseñado a pescar, a atar el anzuelo, a enroscar el sedal, a mojar una punta y hacerla pasar por el agujero. A colocar bien el cebo, perforando el gusano en dos partes para que no se salga, y a lanzar bien la cuerda, echando el brazo atrás para llegar más lejos y dejar un reguero de círculos en expansión por debajo.

—Eso es que te ponen los conejos —dice Jean.

—Que te den —responde Tom con una mueca.

Fuera de esos momentos que comparten, sin embargo, Tom vuelve a su corriente de amigos, fútbol y clases de siempre. No es que pase de él; lo saluda levantando la mano si se cruzan por el pasillo, o con la barbilla en el comedor, pero tiene muchos otros amigos. Porque le gusta la gente. Le gusta reírse y darles palmadas en la espalda a los demás; la clásica diversión británica compuesta por cantar a pleno pulmón, beber *ale*, salir de caza, jugar al billar y muchas otras actividades de las que Jean no tiene ni idea y que tampoco le interesan.

No le molesta que Tom no le hable durante el día; tiene su manifiesto que seguir redactando, su meditación, su música. Tiene que resolver los problemas del universo. Mentiría si dijera que no se había percatado de Tom antes, pero la verdad es que lo creía un poco tonto y lo encasilló en el grupo de los niños bien de los que nunca podría ni querría ser amigo. Últimamente se le tensa el pecho y se le acelera el pulso cuando suena el timbre del final de la última clase, se va acabando el día y sabe que quizá verá a Tom.

Jean le pasa el porro y se encorva hacia el agua. La nota suave y fresca.

Durante las noches en las que lo ve, se quedan callados al principio, hasta que, poco a poco, Tom se pone a hablar. Casi consigo mismo incluso. Se pone a hablar de su infancia en el norte, en una vivienda con un terreno más extenso que el del internado. De que disparó y despellejó a su primer conejo a los diez años (algo que aprenden todos los alumnos de Compton Manor, una tarea que

se le da tan bien a Tom que ha pasado a enseñar en vez de aprender), de que su padre tiene un rifle de la Primera Guerra Mundial en el sótano y de que en el lago de su terreno hay anguilas. Criaturillas largas, oscuras y viscosas que te muerden si caes al agua. Y también le habla de su hermano George, que tiene un coche deportivo y conduce rápido por los caminos de tierra con los Beatles a todo volumen.

A Jean le gusta como suena todo, salvo por lo de los Beatles, que, tal como le dijo a Tom, son una mierda. Cuando le ofreció la fruta que había robado del huerto de la cocina, Tom le contó que en esa parte de Sussex, donde está el internado, hay más de treinta tipos distintos de manzanos. Y también fue Tom el que, cuando la paloma decapitada cayó del cielo, le contó que había nidos de halcones peregrinos en el tejado del internado, que se comen el cerebro de aves más pequeñas.

Y ahora se da cuenta de que también le ha hablado de sus sueños. Sonríe al imaginárselo cabalgando a lomos de uno de los conejos del profesor de Literatura, Charles Burrows. Los que tiene él son de Angora y también sus mascotas, no para matar ni despellejar, sino para hacer lana, actividad que desarrolla a las tantas de la noche en la sala común, delante de la tele.

Jean también le ha contado alguna que otra cosa. Le ha dicho que en Londres se puede ir a una fiesta y terminar pasando toda la noche fuera, solo siguiendo adonde vayan los demás pies; que en la planta de arriba están los punks y en la de abajo, los rastafaris, y que todo va bien hasta que se presentan los cabezas rapadas. Le ha contado que en el arte marcial *wing chun* se usa la fuerza del oponente en su contra; que uno debe proteger el centro y establecer un puente, una toma de contacto con los brazos, porque la información llega antes por el tacto que por la vista. Si el contrincante se echa atrás, debes seguirlo de cerca. Si aplica demasiada fuerza, debes moverte y reestructurar el combate, para que siempre estés preparado, colocado con un equilibrio perfecto. Lo importante no es la fuerza de un puñetazo en sí, sino la velocidad y la masa del cuerpo.

—Como un pájaro —le contestó Tom.

—Eso, como un pájaro. Pero si un cabeza rapada se te acerca con una navaja, mejor sal corriendo y ya está.

Jean le ha contado que Bruce Lee se entrenó en las artes del *wing chun* hasta volverse maestro y emprender su propio método, en el que adaptaba las mejores partes de distintas disciplinas marciales y las combinaba con su filosofía propia. Le explicó que había que despertar al guerrero que llevaba dentro, desprenderse de todo apego y abrirse ante el mundo que lo rodeaba. Cuando se lo dijo, Tom lo miró con cara rara.

Era tarde, la mayoría de los chicos ya estaban sobando y ellos se habían fumado un porro de los fuertes. Si bien lo normal es que la sonrisita de Tom lo haga callarse, la maría lo había hecho envalentonarse.

—Es como la luna —siguió explicando—. La luna es… la verdad.

Tom cambió de postura a su lado.

—Y un dedo —continuó, señalando—. Tu dedo es toda la mierda humana.

—¿Tengo mierda en el dedo? —preguntó Tom.

—No, me refiero a lo que tienes en la cabeza.

—¿Qué dices de mi cabeza?

Jean lo volvió a intentar:

—Me refiero a que nos quedamos atascados en lo que no importa. —Agitó el dedo—. Al otro lado del dedo, ahí está la luna. Y es en eso en lo que debes centrarte. En las estrellas, el cielo, la luna.

Jean soltó un suspiro. No estaba acostumbrado a hablar tanto; seguro que parecía un bicho raro.

Más tarde, cuando ya volvían al internado, la luna brillaba tras ellos y siguieron las sombras que trazaban por delante, más oscuras que la noche en sí, a través del campo.

Solo que Tom no lo llamó «bicho raro», sino «Maestro Rubito». Jean se echó a reír, aunque se alegró en secreto. Lo que no le contó fue que había copiado todo aquello de la luna y el dedo de su peli de Bruce Lee favorita, *Operación Dragón*.

Tom ha pasado a mostrarse más abierto cuando Jean le habla del comunismo, por mucho que su padre sea «un hombre de negocios», por mucho que «los comunistas son peores que los judíos, sin ánimo de ofender» (aunque Jean no tenga aspecto judío, con sus ojos azules y su cabello rubio platino, su apellido lo delata) y «una amenaza contra la democracia, el motivo por el que seguro que tenemos otra guerra mundial, solo que esta vez no serán unos cuantos teutones bombardeando Londres, sino la aniquilación total y absoluta».

—Con suerte, llega antes que los exámenes —repuso Jean.



Quedan dos meses de clase. En verano, se presentarán a los exámenes finales (Jean acaba de cumplir los diecisiete y es un año mayor que Tom y los demás por todas las clases que se ha ido perdiendo a lo largo de la vida) y ¿luego qué? Jean podría volver a Londres, al parque Holland, King's Road, las fiestas, la música, la vida. Sin embargo, eso también implicaría volver con Rosa. Y, si bien quizá no sepa qué quiere hacer con su vida, sí está seguro de que no quiere volver a casa. Aun así, no tiene por qué decidirlo aún: quedan dos meses, un verano entero, y el final de ese porro.

Da una de las últimas caladas ardientes y se lo devuelve a Tom.

—Estaba pensando en mandarle una carta a Mao —dice.

—¿Ah, sí?

—Sí.

El lago en el que están ocupa la base de un valle poco profundo que recorre el borde del terreno, a unos quince minutos andando desde el internado. Es ancho, tal vez de unos seiscientos metros o más a ojos de Jean, y en las orillas hay un montón de juncos altos y afilados y barro suave. El estanque con botes está más cerca del internado, con un largo muelle desde el que se pueden zambullir los alumnos, y es por esos motivos (distancia y acceso al agua) que es el lugar que prefiere la mayoría, por lo que Tom y Jean pueden ir al lago sin miedo a que los molesten. Es un día cálido de principios de junio; el aire junto al agua vibra con un zumbido bajo (libélulas que

rozan la superficie del agua, saltamontes que se lanzan por ahí), todo ello amortiguado por el calor del sol.

—Es que a lo mejor nos manda libros —explica Jean.

—¿A nosotros?

—¿Qué pasa?

—Que seguro que el presidente Mao tiene otras cosas que hacer.

Jean entorna la mirada hacia el sol y, cuando la vuelve a bajar al lago, tiene un agujero oscuro en los ojos, como una fotografía quemada, que crece cuando vuelve la vista y engulle el agua, la orilla del otro lado, el denso bosque que hay más allá y los insectos que revolotean.

—¿Qué vas a hacer después?

Tom se tumba en la larga hierba. Junto a la cabeza, un conjunto de botones de oro reluce de color amarillo.

—No sé, dar una vuelta con el coche. O atascar una rama en la silla de ruedas de Rory.

—No, digo después de todo esto —aclara Jean, tumbado a su lado —. Cuando acabes el internado.

—Mi padre quiere que me meta en su negocio.

—Pues yo iré a China.

—¿Ah, sí?

A pesar de que le acaba de llegar la idea, le ve toda la lógica del mundo. Se alejará de Rosa para ir al origen de todo, donde aprenderá artes marciales o se hará budista. Le habría gustado haber tenido la idea cuando David se lo preguntó; siempre se le ocurre todo demasiado tarde.

—¿No le molestará a tu madre? —pregunta Tom.

La última vez que estuvo en su casa, Rosa le lanzó un vaso de zumo de naranja al ver que volvía a las tantas de la madrugada. Había pasado toda la noche despierta esperándolo, tal como le explicó entre lágrimas. También le dijo que no era un hotel, que si quería poder volver a casa a cualquier hora del día, que se fuera a vivir a otro lado. Y eso hizo. Durante tres días, durmió en el suelo de una vivienda okupada en Westbourne Grove, hasta que le entró hambre y apestaba y decidió volver a casa. Aquella vez, Rosa no le lanzó nada, sino que lo abrazó con tanta fuerza que casi le hizo

daño. Casi. Se zafó para prepararse un baño y ella se quedó al otro lado de la puerta. Aquella misma noche, Rosa se le metió en la cama y él la notó temblar mientras lo abrazaba.

No es que Rosa esté mal en todo momento, no grita y maldice y lanza objetos día sí y día también, pero sí hace las cosas mal hasta cuando está bien. Entra en su habitación sin llamar, lo obliga a ir a las excursiones que ella organiza con sus alumnos y a comer lo que no le gusta. Y llama más de la cuenta. Como ayer, después de cenar, que era otra noche perfecta y se moría de ganas de ir al lago, pero tuvo que ir al despacho de David, donde tienen el teléfono.

—¿Hola? ¿Jean?

—Hola.

—Cariño, no sabes cuánto tiempo llevo intentando hablar contigo. ¿Dónde te habías metido?

—Ya sabes dónde estoy.

—No me devuelves las llamadas ni las cartas.

—Estoy bien.

—Pues a mí no me lo parece. Acuérdate de comer fruta como debes.

David estaba sentado a su escritorio, leyendo una revista y fumando. Jean se pegó el auricular a la oreja con la esperanza de que la voz de Rosa no llegara al director. La puerta del despacho estaba abierta y, de vez en cuando, los chicos que pasaban por delante se quedaban mirándolo con una curiosidad patente. Jean hablaba lo menos que podía; no quería que los demás se enteraran de que su madre estaba sola, de que nunca se había casado ni de que se había puesto a hablarle de diseño interior. Pasó varios minutos hablándole de las salas que iba a cambiar en la casa, de que él iba a dormir en la habitación de atrás y ella iba a ampliar su estudio. Jean no podía concentrarse. David pasó una página de la revista, aunque a Jean le daba la sensación de que no la leía de verdad.

—Es muy difícil —siguió Rosa— *hablar con alguien que solo contesta con monosílabos.*

David lo miró a los ojos y Jean se volvió hacia la puerta.

—Que soy tu madre, no soy uno de esos amigos descerebrados

que tienes.

Por Dios, se moría de ganas de colgar, pero sabía que, si lo hacía, Rosa iba a llamar otra vez y ya está; además, si no se andaba con cuidado… No, demasiado tarde. Ya le estaba gritando. Le decía que ya se podía ir olvidando de la radio que quería para su cumpleaños, aparato que ya había comprado por mucho que le costara un ojo de la cara.

Tom pasó por delante del despacho, se detuvo e hizo un gesto con la barbilla a modo de invitación. Al ver que Jean no respondía y que se acercaba el auricular más aún, la expresión de Tom pasó de conspirativa a confusa. Cuántas ganas tenía de decirle algo en aquel mismo instante. En su lugar, apartó la mirada y escuchó a Rosa decirle que, aunque tuviera beca para el internado, había otros gastos que pagar, dinero por el que ella se partía el lomo trabajando solo para que él tuviera una buena formación.

—No creo —dice Jean junto al lago—. A Rosa le dará igual.

—Qué suerte la tuya —responde Tom—. Mi madre se subiría por las paredes si yo me fuera del país.

—¿Por qué no lo haces?

—¿Eh?

—Vente conmigo. —Jean entorna la vista hacia el cielo. Una difusa nube cubre la superficie y motea de blanco el color azul—. Si quieres, claro.

—¿A China, dices?

—¿Por qué no?

—No me lo había planteado.

Jean se pone de pie y sacude un poco las piernas, donde nota pinchazos porque se le han dormido. Se agacha junto al lago, cerca de los juncos. Todo está más oscuro allí: el espacio que hay entre la hierba alta y el agua queda resguardado del sol y forma unos tramos oscuros y fríos de humedad.

—Mira —dice Jean, estirando las manos.

Acunada entre ellas está la rana, agitando el cuerpo. Es preciosa, de color verde oscuro con una capa brillante. Nota el movimiento del cuerpecito, los latidos del corazón, y la aferra con más fuerza. Quiere aplastarla, ver si se le saltan los ojos hasta salírsele, si se le

desborda el cerebro, espeso y gris y pegajoso.

—Ahí va.

Jean le lanza la rana (¿qué diantres le pasa?) y se la cambia por el porro. Observa a Tom acariciarla, pasándole dos dedos por el lomo. La rana se queda inmóvil, mirando a Jean como si supiera en lo más hondo de su ser lo que quiere hacerle él. Le parpadea desde dos fosos oscuros e incoloros. Jean aparta la mirada y se frota las manos en los muslos para desprenderse de la sensación de rana.

—Mira esto —le indica Tom.

Casi se rozan con la frente al acercarse y el espacio que queda entre ellos le provoca un cosquilleo en la cara. Los tramos fríos y oscuros entre los juncos, las pecas de la nariz de Tom que encajan con las manchas del lomo de la rana, ese cuerpo pequeño que pulsa despacio en las manos de él. Verde que se transforma en azul, en amarillo, en plateado.

—Es una rana verde centroeuropea —explica Tom.

Jean nota el calor que habita entre el rostro de los dos y le llega el olor de la maría, el tabaco y la comida en el aliento de Tom.

—Son poco comunes aquí.

—Guay.

—¿Sabes que las ranas también tienen acentos distintos?

Jean nota una ligera brisa, o un roce, de parte de las pestañas de Tom.

—¿Cómo crees que sonará este chiquitín para las demás ranas? —sigue.

—Espero que no suene como tú —bromea Jean, aunque la voz le tiembla y le sale más aguda de la cuenta.

Tom se agacha para soltar la rana y en el espacio en el que tenía la cara ya no hay nada. La oscuridad entre la frente de los dos, cálida y cercana, se ve sustituida por la brisa y el sol.

Y entonces, aún agachado en el suelo, Tom le dice:

—¿Por qué no? Me vendría bien un viajecito.

Jean tarda un rato en comprender a qué se refiere y, cuando por fin lo entiende, nota un cosquilleo en el pecho que se le propaga por el cuerpo, como una hilera de hormiguitas, hasta los brazos y las piernas. Menuda imagen: Tom y él, mochilas a la espalda,

recorriendo bosques de profundo verde oscuro el uno al lado del otro; o él, Jean, un poco por delante, para indicarle por dónde ir. Se detienen para beber de la cantimplora, para enjugarse el sudor de la frente. Por la noche acampan bajo las estrellas, envueltos en sus abrigos, y una hoguera medio apagada susurra ante ellos.

—Vale.

A Tom se le han subido un poco los pantalones cortos y dejan ver la piel pálida y sin broncear de la parte alta del muslo. Se pone de pie y lo mira; la proximidad física que tienen hace que Jean le vea los ojos, que los vea de verdad por primera vez. Son de un tono más claro de lo que se imaginaba: ámbar, como miel servida en una cuchara, como la luz del atardecer en el aula, como la parte inferior del ala de una mariposa. El cosquilleo que nota en el cuerpo entero le parece insoportable.

Se quita la camiseta y se mete en el agua.

—¿A dónde vas? —suelta Tom.

El suave barro bajo los pies, los juncos que le rozan las pantorrillas, el borde del agua que le sube por las piernas, por la cintura. Se sumerge del todo y llega a la oscuridad de más abajo; el aliento lo abandona en forma de burbujitas. Está completamente inmerso, lejos de las algas y del musgo. Conforme avanza nadando, la oscuridad que nota detrás de los ojos se torna más negra aún. Las pecas de la nariz de Tom, la curva de su garganta, la piel pálida del muslo, el ligero tono amarillento de los ojos, todo desaparece, sustituido por la seguridad del lago.

Tom me acompañará a China. Se lo repite como un mantra para sus adentros mientras el agua se extiende hasta el infinito a su alrededor. Algo suave le sube por la pierna y a sus brazos les cuesta moverse con la presión. Por encima de él, el ligero calor del sol penetra la superficie; por debajo, el agua le parece más y menos densa al mismo tiempo. Luego se le ocurre otra idea, una que le corta el ritmo y casi hasta la respiración: no aprobará los exámenes, no terminará sus estudios y, después de este verano, no volverá a ver a Tom. Llega a un tramo más frío y la mente se le queda en blanco: el pensamiento desaparece en una hilera de burbujas que le hacen cosquillas en la cara. Se sumerge más aún, hacia el frío,

acompañado del peso cada vez mayor que nota alrededor de las orejas, y se va alejando de la luz para sumirse en la oscuridad.

CAPÍTULO DOS

Una semana después, Jean está en clase de Literatura.

—«Gloria al Señor por las cosas distintas» —cita Charles Burrows—, «por los cielos de tonos dispares, cual caballo picazo». ¿Qué creéis que quiere decir Hopkins con esos versos?

Compton Manor tiene muchas cosas raras, pero Charles Burrows es, con diferencia, la más extraña de todos.

Es joven, unos pocos años mayor que el propio Jean (no le echa más de veintiséis, la verdad), y lleva unas camisas muy ceñidas con patrones de colores chillones, trajes de tres piezas de tonos rojos, marrones y naranjas, y unas gafas ovaladas de cristales morados. Lleva el pelo siempre bien peinado, al igual que el bigote. Casi nunca se aleja del internado más allá del césped bien cuidado y en la vida habrá pisado la granja. Por la noche, se le ve con su bata color cúrcuma viendo *Fawlty Towers* y acariciando a un conejo de Angora con una mano mientras fuma con la otra. Pasa las uñas por el trémulo cuerpo del animalito para ir arrancando pelaje blanco; luego echa la ceniza del cigarro, lo deja apoyado en el cenicero y recoge bien su tesoro lanudo para dejarlo en un saco de tela que tiene en el suelo.

Tres cigarros después, se quita el conejo del regazo y lo lleva a su madriguera en el huerto de la cocina. Hasta que vuelve a la sala común con otro conejo, grande y pesado y peludo. Cuando llena el saco, Charles saca las cardas; Jean sabe que se llaman así porque se lo preguntó y el profesor se lo contó y le dijo que probara. Son como cepillos, solo que más amplios y planos, con un mango corto de madera y diminutas cerdas metálicas. Charles pone el pelaje en las cerdas y junta las cardas para luego cepillar en direcciones opuestas. Cuando lo probó Jean, le dio dentera. Cuando ya ha cardado la lana, puede hilarla. Eso es algo que hace en privado, sin embargo, porque

la rueca la tiene en su habitación; se la dio su madre y no quiere que los chicos la escacharren.

Hoy tiene un conejo en clase (mudan más en verano) y, mientras habla, le pasa la mano por el lomo.

El aula de Charles está en la planta de arriba, en lo que antes habría sido el salón. No hay pupitres, pizarra ni vara. En su lugar, las paredes están cubiertas de obras de arte desde el suelo hasta el techo: cuencos de fruta, perritos, un retrato familiar y hasta obras más nuevas, con formas abstractas y cuadrados de distinto color. En un extremo de la estancia hay una pequeña mesa de madera redonda en la que caben cinco alumnos; ahí es donde está Tom, junto con Hugo, Theo, Percy y Samuel. Jean se sienta en uno de los asientos acolchados junto a la ventana. Como nadie se le ha sentado al lado (casi nunca lo hacen), tiene el lujo de poder estirar las piernas por todo el asiento. Colin está tumbado bocabajo sobre la alfombra oriental y apuñala los tablones del suelo entre la alfombra y la pared con un cuchillo. Charles se sienta en una de las butacas de pana bajas que hay en el otro extremo del aula, junto a la chimenea y la *chaise longue*. Saca unas tijeras y las pasa cerca del cuerpo del conejo. Si bien no le alcanza a ver la cara desde donde está, sí se percata de que se le agita una oreja.

Le ha contado en más de una ocasión que a veces debe recortar el pelaje. Según lo hace ahora, unas bolitas de pelo blanco y algodonoso caen al suelo. Se llaman *nubes*, aunque fuera el cielo está despejado, azul. El sol que se cuela a través del gran roble forma patrones de sombras en el aula, en el rostro del profesor y en el conejo petrificado.

—¿Alguien sabe qué significa *picazo*? —pregunta Charles.

Los alumnos apoyan la cara en la mesa; Samuel, que es bajo y pelirrojo, hasta ronca. Charles da golpecitos con las tijeras sobre la gran chimenea de piedra y lo despierta de un susto. El conejo también se asusta, le salta del regazo y se esconde bajo una mesita.

—Qué bien que ya has llegado a clase, Samuel —comenta el profesor—. Justo nos has sorprendido hablando de lo que significa *picazo*. ¿Qué me dices?

El moretón del puñetazo de Jean ya se le ha puesto amarillento.

—Ese es un pintor, ¿no?

—¡Ajá! —Charles se pone de pie y el pelaje blanco que iba quitando se le cae del regazo en una cascada—. Clásica confusión por homofonía. No, ese es Picasso, pero casi.

Lo otro raro que tiene Charles es la forma en la que les habla a sus alumnos. Como cuando le dijo a Jean que era listo y que no pasaba nada por ser disléxico. De hecho, le dijo que le podría ir muy bien en los exámenes, más que bien. Jean no supo qué contestar, por lo que se quedó callado; sin embargo, se ha aferrado a aquel cumplido con delicadeza y ansias, como si fuera un bollo recién salido del horno.

—Aunque se podría decir que sí que tenía obras así —se ríe Charles.

Si bien se supone que los alumnos deberían estar haciendo apuntes de todo eso, la mayoría de los cuadernos están llenos de telarañas. Jean ve a Tom arrancar una hoja de papel que se dispone a doblar, Hugo talla algo en la mesa, Theo va extrayendo el relleno del cojín de la silla y Colin intenta sacar el conejo de su escondite con un trozo de pan seco. Charles o bien no nota el hastío de sus alumnos o le importa muy poco. Sus clases suelen ser caóticas y, aun así, tiene la sensación de que los chicos lo respetan (¿o acaso es miedo?). Que, incluso si no es dentro del aula, puede enseñarles algo de valor. Charles ha recorrido América, ha recogido tabaco en Canadá, ha seguido la Ruta de la Seda hasta Afganistán. A las tantas de la noche, cuando David ya se ha acostado, Charles les habla de los colores del LSD, del olor del té de amapola, del sabor amargo y terroso de las setas alucinógenas. Solo después de que el director se haya ido a la cama, claro. Que las drogas están prohibidas.

Hoy Charles lleva una camisa a rayas y pantalones cortos de lino, además de las gafas de siempre. Parte del pelaje del conejo se le ha pegado a las piernas.

—«Tonos dispares, caballos picazos, peces con manchas rosas» —sigue el profesor—. Para que os lo imaginéis mejor: el cacharro que la gobernanta tiene por coche…

—¡Bien buena que está!

—O tus deportivas llenas de agujeros, Colin. —Charles le pasa por encima y le da una patadita en el trasero—. Pero a ti te gustan, ¿no?

Dadme otros ejemplos de cosas que no sean perfectas.

Antes, Tom y Jean han estado pescando, y recuerda ese cuerpo viscoso que se retorcía en las manos de Tom, la piel que se le hinchaba y las marcas que tenía en el lomo. Le ha contado que era una trucha fario, que se conoce porque tiene motas como un leopardo.

—¡Las bragas de Millie!

—Las bragas de Millie —repite Charles, alegre—. ¿Por qué nos gustan esas cosas?

Tom sigue encorvado sobre su cuaderno, moviendo las manos. Se ha dejado crecer el pelo y ya le pasa de las orejas, aunque lo tiene desigual y un mechón de la parte de atrás es más largo que el resto. Jean capta la mirada del profesor y se ruboriza; ¿lo ha pescado mirando a Tom más de la cuenta?

—¡Jean! —Charles lo señala con las tijeras—. ¿Por qué crees que Hopkins celebra las imperfecciones?

—Porque… —Imágenes de juncos, de agua, de manchas, las motitas en el cuerpo viscoso del pez; todo ello se le pasa por la mente—. Porque son las partes que hacen que esas cosas sean lo que son.

El mechón más largo de Tom.

—Sigue, sigue —le pide el profesor.

—Como que un caballo con manchas sigue siendo un caballo.

Se percata de que todos lo miran en silencio. Colin se pone a cuatro patas y relincha. Hugo le lanza un sacapuntas y Jean lo esquiva.

—O algo así, no sé. —Jean se deja caer más en el asiento de la ventana.

—Exacto; muy bien, Jean.

Charles cruza el aula y le da otra patada a Colin, que se cae.

—Ponte bien, idiota —le dice—. Tomáoslo como una metáfora.

Un avión de papel le da en la mejilla y Jean lo lee: «¿Nos vemos luego en el lago, camarada?». Dobla el mensaje una, dos y tres veces y se lo mete en la boca para masticarlo hasta volverlo una pasta mojada. Más aviones vuelan a su alrededor.

El profesor se vuelve a acomodar el conejo en el regazo y sigue

recortándole el pelaje.

—Caballeros, que esta clase es para vosotros, no para mí. A ver si nos centramos y acabamos rápido para ir a disfrutar del sol vespertino, ¿eh?

Los alumnos de la mesa vitorean y dan golpes en el suelo con los pies.

—Sí, sí. Vale, ya hemos establecido que a Hopkins le gustan las imperfecciones. ¿Por qué? El poema termina con «Loado sea». ¿Cuándo decimos eso normalmente?

Nadie responde. Charles suspira.

—Lo que quiere decir Hopkins, niños, atended, es que las imperfecciones son buenas porque son pruebas de la existencia de Dios. Si la belleza contiene fallos inherentes —las tijeras reflejan el sol—, ¿eso quiere decir que el propio Dios comete errores?

Un delgado hilo, como los de seda de Angora que prepara Charles en su rueca, se desata alrededor de Jean.

—Cambiemos el punto de vista. En un mundo cristiano, los humanos son criaturas sucias y pecaminosas.

Zas, cortan las tijeras.

—Tal vez sea eso mismo: nuestra capacidad de cometer pecados es lo que nos hace bellos —sigue el profesor, en voz más baja, de modo que tienen que esforzarse para escuchar—. ¿Qué es lo que más os gusta? ¿Qué es lo que mejor os sienta?

Charles mira a sus alumnos, tijeras en mano, con los ojos teñidos de morado por los cristales de las gafas.

—Sea lo que fuere, seguro que es malo. Y, en un mundo cristiano, será peor aún.

Risitas nerviosas por parte de los alumnos. El hilo tira de Jean desde algún lugar del recto hasta el estómago; se resiste, pero nota que se va moviendo de forma imperceptible hacia delante y arriba, hacia el techo. Trocitos de madera se juntan donde Colin ha estado apuñalando el suelo.

—Pero también será algo humano —dice Charles, ya en voz más alta—. Hopkins era un hombre en conflicto. Participaba en una enaltecida relación erótica con…

Y Jean abandona el aula. Vuelve a tener diez años y está sentado

en la cocina de Mick Caro, el músico que vive cerca de casa. Ocupa un taburete alto en la barra para desayunar, que es de cromo y refleja el día nublado. Micky abre la colosal nevera que tiene empotrada entre las alacenas. A diferencia de la cocina de Jean, esa está compuesta por líneas continuas y objetos relucientes. Micky saca una botella de leche, le sirve un vaso y se lo deja delante. A pesar de que Jean es demasiado mayor para beber leche, no le dice nada. Es 1969 y Micky se mudó a esa casa a unas pocas calles de la suya hace un par de meses. Es un cantante casi famoso y, aunque ya roza los cuarenta años, es amigo de Jean (tal vez incluso su mejor amigo, ¿o acaso no le pidió que lo llamara Micky y no Mick?).

Cada día, cuando Micky no está ocupado grabando su nuevo álbum, Jean se pasa por su casa y, día sí y día también, él le sirve leche y galletas. El líquido blanco llega al borde del cristal y amenaza con derramarse, por lo que Jean debe lamerlo como un gato. La estancia se llena del intenso aroma del incienso y *Suzanne* de Leonard Cohen suena a poco volumen en la radio. La lluvia motea las amplias puertas de cristal que cubren una pared entera y dan al jardín. La encimera de cromo en la que se apoya Micky para observarlo parece apagada en esa luz tenue y revela los rasguños que tiene.

—No pares —le pide Micky cuando, después de que Jean haya lamido una cantidad adecuada, se dispone a agarrar bien el vaso—. Estás muy gracioso así.

Conforme va desapareciendo el líquido, Jean se acerca más al vaso, con la boca bien apretada contra el borde, y lame hasta que ya no llega con la lengua, sino que se le agita desnuda y goteando saliva en el espacio vacío. Le queda una marca que le duele alrededor de la boca, la que le ha dejado el vaso por apretarse tanto contra él. Micky se lo lleva, lo llena hasta el borde y se lo pone delante. Le brilla la mirada.

—Otra vez.

En otros lares, Charles sigue hablando sobre el amor, el pecado, el sexo y el tal Hopkins, que en realidad era…

—Gay.

Una voz que no es la de Charles resuena con total claridad en

plena aula y parte el hilo del estómago de Jean hasta hacerlo aterrizar de golpe en el asiento. Hugo sonríe y frunce el ceño al mismo tiempo, feliz de la vida con lo que acaba de soltar.

El aula estalla: Colin golpea la pared con el cuchillo, Theo se sube a una silla, Tom aporrea la mesa y Hugo se queda inmóvil, jadeando, con la boca abierta y los labios un poco húmedos mientras los demás entonan «gay, gay».

Charles no dice nada, pero se ruboriza hasta que suelta:

—Ya está bien. —Y repite en un grito—: ¡Ya está bien!

El estruendo va disminuyendo hasta que ya solo queda Hugo y luego risitas avergonzadas. Cuchicheos que resuenan.

—Gay —dice Charles—. Gay. ¿Sabes de dónde viene esa palabra, Hugo?

Hugo sigue riéndose.

—En origen, se refiere a gozo o alegría, lo que habrían sentido los que venían aquí a celebrar los bailes de caza, por ejemplo. Antes de eso, también se usaba para referirse a algo señorial y bello, espléndido o bien vestido. En aquel entonces —sigue el profesor, moviendo la mano a la parte inferior del conejo para alzarlo un poco y recortar el fino pelaje alrededor del ano—, bien podría haberse dicho que la gobernanta misma era gay, cuando se arregla. En yidis ocurre algo similar, y *faygele* significa «pajarito».

Puede que se lo esté imaginando, pero le da la sensación de que Charles posa la mirada en él un instante cuando dice «yidis». ¿Tom se ha vuelto para mirarlo también?

—Pero nada de eso nos sirve ahora mismo —Charles mira a Hugo —, ¿verdad?

Los ojos del alumno, ya apagados y desenfocados, se posan en algún punto por encima de la cabeza del profesor.

—Lo más seguro —sigue Charles— es que la palabra empleada tal como la has usado tú provenga de las cosas horribles que los chicos obligan a hacer a otros en un internado.

Hugo lo mira a los ojos y el silencio se vuelve tensísimo. Al alumno le tiemblan los músculos de la cara. Aun así, seguro que ha visto las tijeras que empuña el profesor, las cuales ha cambiado de postura y blande como si de un cuchillo se tratase.

—Sin embargo —continúa el profesor, ahora con voz más tranquila —, ya podremos hablar de etimología después de clase si quieres. No hagamos perder más tiempo a los demás.

A Hugo le han salido redondeles de sudor bajo las axilas. Lleva una mugrienta camiseta blanca y vaqueros rasgados, una melena larga y castaña que se le pega a la frente rosada y amplia. No es el chico más alto del internado, pero sí uno de los más fuertes, algo que salta a la vista cada vez que se pelea. Lleva en Compton Manor desde que era pequeño; sus padres no lo quieren en casa ni durante las vacaciones.

—Así es la poesía —explica Charles—. Varios hilos de pensamientos, imágenes múltiples, que pueden coexistir en un mismo espacio y afloran en momentos distintos.

Los alumnos prosiguen con sus pequeñas muestras de rebeldía: Colin en el suelo, tallando tablones, y Tom le dibuja en la cara a Samuel, que se ha quedado frito. Entre todo eso, a Jean se le ha acelerado el pulso; cierra los ojos y ve que las manchitas del sol se multiplican y dividen.

Antes de Platón y Sócrates, Charles Burrows tuvo a Byron y Pipiolo, sus primeros conejos. Byron era un conejo de Angora de la zona y Pipiolo era un gigante de Flandes. Pipiolo dejó de comer en un momento dado y cada vez estaba más débil; al principio Charles supuso que se trataba de una deficiencia de proteína y fue hasta la ciudad a comprar pienso especial. Luego lo achacó todo al agua corriente del internado y fue a comprar botellas de agua mineral. Y, aun así, Pipiolo se negaba a comer y a beber. Un día, mientras Charles limpiaba la jaula, Pipiolo se lanzó sobre Byron para darle un buen bocado en la garganta. Vieron al profesor corriendo por el jardín, con Byron en brazos, goteando sangre. Byron recibió santa sepultura junto a la estatua de Afrodita que hay en el patio principal. Poco después, Pipiolo siguió sus pasos.

Jean abre los ojos; el aula queda en penumbra ahora. Hugo imita una pistola con una mano y hace que le dispara a la cabeza. Charles se frota las piernas y su piel bronceada se asoma por debajo del pelo blanco. Cuando Charles se hizo con los dos conejos nuevos, Jean le preguntó si no le daba miedo tenerlos en la misma

madriguera, pero el profesor le dijo que no pasaba nada, porque uno de los dos era hembra.

Solo son los machos los que se atacan entre sí cuando quedan confinados en el mismo espacio.



—¿Te lo vas a comer? —le pregunta Samuel.

La cocinera ha vuelto a experimentar con el curri. Un charco de salsa roja con algún que otro garbanzo solitario flotando por ahí se encuentra junto a una bola de arroz. Jean le acerca el plato al otro alumno. En casa, Rosa prepara chuletas de ternera; trozos de carne roja que crepitan en la parrilla, cubiertos de romero y ajo y goteando grasa. Acompañado de patatas *fondant* preparadas en las profundidades de la mantequilla o verduras crudas recién cortadas. Pimientos, pepinos, endibias.

Cuando era un niño, la seguía por la cocina y ella le iba explicando lo que hacía. Le decía que era importante picar la cebolla, las zanahorias y el apio así de pequeños, que con aquello como base se podía preparar casi cualquier cosa: sopas, salsas, guisos. Le encargaba tareas y él se disponía a usar los deditos para pelearse con las vainas de los guisantes, para recoger los que se escapaban rodando. O les quitaba los tallos a las grosellas negras, con la boca teñida de un tono morado muy incriminador, el mismo con el que acababa Rosa, y los dos se mostraban los colmillos y hacían de vampiros. Él se ponía a gritar de alegría y ella lo alzaba en brazos para acariciarle la nariz con la suya. Le encantaba cocinar con Rosa, la paz que se asentaba en la cocina cuando se concentraban. Era genial eso de poder estar los dos en silencio, colaborando para crear algo juntos. Y la alegría que les brindaba lo que conseguían.

Desde luego, ella ya no se quedaba callada últimamente. Y a menudo él tenía demasiadas náuseas como para ponerse a comer.

Sin embargo, qué no daría por un muslo de pollo con salsa, por esa piel crujiente. O, según hunde la cuchara en la esponjosidad suave que es su pudin y este le quema el paladar, por su tarta de albaricoque, con aquellas rodajas de naranja en un lago de crema

pastelera.

—Me encanta ese pudin con fruta seca —comenta Samuel.

A pesar del altercado del otro día, Samuel se sienta con él a la hora de comer y le deja copiarle los deberes. Es bajo y delgado y parece tener un apetito insaciable. El color amarillento que tiene alrededor del ojo incluye cierto tono verdoso también. Jean nota una punzada de culpabilidad y le pasa el plato; sin embargo, no tiene hambre. Le da un vuelco el corazón cuando se acuerda de lo que viene después, en el lago. Le da vueltas a si debería acercarse a la cocina a pedir sobras; se imagina la cara que pondría Tom si se presentara con el cebo ya preparado.

—¿Entonces qué? —pregunta Samuel con expresión inquisitiva y dos manchitas amarillas en la comisura de los labios.

—Entonces qué ¿qué?

Samuel frunce el ceño mirando lo que le queda de pudin, como si fuera a encontrar la respuesta en él. Luego lo recoge con la cuchara y se lo lleva a la boca tan contento.

—¿Aún quieres los deberes de Física? Te los puedo acercar antes de la peli.

En el exterior, el sol ya está bajo y unos haces de luz líquida se cuelan a través del entramado de las ventanas. El comedor forma el centro del internado y es lo que David describe como su «joya». Jean lo ha oído describirlo así a los padres que debaten si deberían matricular allí a sus hijos y les explica que era donde los propietarios originales organizaban sus grandes bailes de caza. Como es un edificio del siglo diecisiete, es de techo bajo; sin embargo, en vez de hacerlo parecer pequeño, lo que consigue es darle un efecto de grandiosidad íntima. Las paredes tienen paneles de madera, llenas de tapices y cuadros de la familia (incluido el propietario actual, sir Stephen Bolton). En un extremo está la chimenea, que prácticamente se puede considerar una habitación independiente y que encienden en ocasiones especiales. El techo, las paredes de madera y el suelo amplifican y amortiguan la acústica de la estancia, de modo que el ruido de los alumnos (alguien lanza un rollito por el comedor y otro pega un grito) le llega como a través de un filtro, distorsionado.

Al otro lado de las mesas de tono oscuro, ve a Tom rodeado de un grupito, gesticulando mientras habla. Tiene unas manos delicadas y de dedos largos, como de pianista. En lo que habla, cruza la mirada con Jean.

—No voy a ir —dice Jean.

—¿A la peli? ¿Por qué? —Y luego, en vista de que no le contesta, pregunta—: Oye, ¿por qué haces eso?

Le sigue la mirada y ve que se está pellizcando la cara interna del brazo. No se había dado cuenta; es algo que hacía de pequeño. Sus profesores lo acribillaban a preguntas sobre los moretones que le veían en el brazo derecho, que si todo iba bien en casa, que si su madre le hacía daño, hasta que descubrieron lo muy a menudo que se pellizcaba él solo. La médica de las gafas también le preguntó al respecto. ¿Por qué quería hacerse daño? Rosa se ponía loca si lo veía haciéndolo. La verdad, nunca ha sabido por qué lo hacía, y un buen día dejó de hacerlo sin más. Hacía años que no se pellizcaba, hasta hace poco. Hasta Tom.

Se obliga a dejar las manos quietas en el regazo; las carcajadas que oye en la mesa de Tom hacen que se le erice el vello de la nuca. Samuel se le ha puesto a hablar de la peli, de que la grabaron no sé dónde en un desierto y que a la actriz la secuestran unos nativos malvados. Samuel hace una pausa, saca el inhalador y lo usa una vez.

—Se supone —susurra entre alientos— que sale desnuda.

El comedor se va llenando del ruido de cubiertos y sillas, de chicos al moverse. Y Samuel sigue hablando de la chica de la peli, de que se le ven los pechos, de que montará en moto y habrá caballos. Cuando Jean recobra las pulsaciones normales, echa la silla atrás, se pone de pie y se marcha, con lo que deja solo a un perplejo Samuel. Va con cuidado de no mirar en dirección a Tom, porque no quiere delatarlos, delatarse a sí mismo. Va al dormitorio, se pone las botas, mete la navaja y la caja de caramelos para la tos en la mochila y sale. Ya va a medio camino por el campo cuando se da cuenta de que se le ha olvidado pedir algo de cebo, pero da igual, porque seguro que Tom sí que lleva.

En su sitio de siempre, junto al lago, se estira en un tronco y capta

los últimos haces de sol del día. Es pronto, pero no importa. ¿Le estaba diciendo algo Tom con los ojos cuando lo ha mirado desde el otro lado del pasillo? Un código secreto que solo entienden ellos dos. El sol le calienta los párpados y Jean va repitiendo la interacción para sus adentros; cada vez Tom le transmite un mensaje distinto. Como un teléfono inalámbrico sin sonido. Habría estado bien haber podido quitarle el sonido a Rosa por teléfono antes.

Su relación sufrió un cambio brusco cuando Jean empezó en Compton Manor. Había sido una relación tensa de por sí, pero tras empezar en el internado era como si una capa de dificultad más los cubriera. No solo no la había perdonado por haberlo mandado allí, sino que había pasado a detestar tener que regresar a casa. Al volver a verla después de tantos meses sin ella, su idiosincrasia se le hace insoportable. Ahora se le ocurre que quizás a ella le pase lo mismo con él. ¿Habrá sido por eso que la situación fue peor aún cuando volvió en Semana Santa?

Rosa había insistido en preparar todo un festín para cenar. Y ahí la tenía: despeinada, con los vaqueros muy bajos en las caderas, untando una mantequilla verde y fragante entre la piel y la carne del pollo. Se puso a interrogarlo, a hacerle pregunta tras pregunta, y se iba exaltando cada vez más conforme menos le contestaba él. Al final Jean fue incapaz de probar bocado y Rosa, que ya iba por su segunda botella de *merlot*, tiró el pollo a la basura en un gesto muy dramático, de modo que salía vapor de la bolsa.

Jean se pone a pensar qué estará haciendo ahora, mientras él apoya la cabeza contra la dura superficie del tronco. ¿Estará sentada en el sofá de terciopelo marrón hundido del salón, acompañada de la única iluminación del televisor, el cenicero lleno de colillas, la colada apilada en el rincón junto a la lavadora y el fregadero a rebosar de platos sucios? ¿O estará en su estudio (la sala que queda encima de la cocina y recorre la casa entera, de modo que le entra luz por ambos lados) con limones, una jarra y un cuenco dispuestos delante de ella y un cuadro a medio pintar en el caballete, mirándolo con una concentración fija hasta que pasen los basureros al amanecer? ¿O habrá llamado a Dinah, su amiga del alma, compañera y casi hasta familia, que pasa tanto tiempo en su casa

como en la suya propia, y estarán sentadas en la cocina compartiendo una botella mientras Rosa se queja de su hijo? O tal vez esté con uno de sus alumnos, enredados entre las sábanas en la planta de arriba.

Aunque no quiera, y aunque Rosa no lo crea, Jean sí que se preocupa. Se preocupa de qué dirán los demás sobre ella, de qué pensarán. Se preocupa por si se siente sola.

Sin embargo, eso no es problema suyo. Se desprende de todos esos pensamientos y trata de volver a lo que ha sucedido hace apenas media hora, cuando ha mirado a Tom y Tom lo ha mirado a él. ¿Dónde se habrá metido? Se incorpora para ver mejor. El sol roza el campo, hace que la hierba alta lo parezca más aún y le prende fuego al mundo con su luz. Entorna la mirada hacia la colina por la que debería aparecer Tom en cualquier momento. Solo que no aparece y el sol naranja oscuro se hunde más, como una moneda en una tragaperras, hasta que desaparece tras el horizonte. El mundo se vuelve plano una vez más, las sombras se disipan en un manto lila. Jean se sienta en el tronco y espera. Espera mientras el lila se torna morado, mientras el morado se torna un azul oscurísimo. Un rato después, cuando las primeras estrellas se esbozan en el firmamento, se levanta, anquilosado y tenso, y vuelve al internado. Todo está oscuro y la luna es apenas una rendija en el cielo. Conforme recorre esa negrura espesa, repara en que no tiene sombra y se pone a pensar si Tom aún querrá ir a China con él.

Oye la música alta de los créditos del final de la película que emana de la sala común. Varios chicos salen por la puerta, charlando y dándose empujones, y Jean se hace a un lado para dejarlos pasar. Ve a Samuel concentrado hablando con otro chico, haciendo gestos circulares con las manos. Y Tom aparece con otro, Gus o Harry, no se acuerda de cómo se llama. Quiere que Tom se vuelva y lo mire, pero entonces Gus o Harry dice algo y Tom echa la cabeza atrás para reírse, le rodea los hombros con un brazo y se alejan a paso tranquilo.

CAPÍTULO TRES

La primera vez que ocurre, Jean y Tom están junto al lago. Han pasado tres días desde la noche de la peli.



Por la mañana, Jean se despierta antes del amanecer y sale a meditar. Se acomoda sobre la hierba, donde la humedad se le cuela por los pantalones cortos y le llega a la piel.

Hace tiempo, cuando Jean tenía once años, se sentó en la misma postura bajo el calor de la cocina de Micky. Este le enseñó a colocar la mano izquierda en la derecha, con los pulgares juntos.

—Es el mudra cósmico —le dijo—. Ahí tienes el universo entero en las manos, chico.

Luego le indicó que respirara más despacio, que se centrara en el primer instante en el que el aire llegaba a los labios y nada más, solo en ese instante concreto. Jean lo intentó, pero no podía concentrarse. Era verano y, antes de meditar, Micky se había quedado en ropa interior. Jean no había visto nunca a un hombre tan desnudo (básicamente el líder del campamento en Gales y los demás padres en las playas en las que veraneaban, pero solo eran vistazos rápidos e insustanciales en público) y se sorprendió como nunca. La confianza de Micky había erradicado sus dudas, de modo que, cuando le dio un golpecito al suelo delante de él, Jean se quitó el chaleco y los pantalones cortos. Aun así, sentado delante de Micky, tan fuerte y varonil, cuando él solo llevaba sus calzoncillos viejos, no podía concentrarse. Le dolían las piernas, le picaba la

nariz, el suelo lo hacía sudar y, en sus adentros, rotaba la imagen de los fuertes bíceps de Micky.

Conforme el amanecer ilumina las montañas Sussex Downs en las que está el internado, Jean se distrae otra vez. La humedad le pega la tela de los pantalones a las nalgas y el frío lo hace tiritar un poco. Debería haberse llevado un jersey, aunque intenta no pensar en ello. Bruce Lee le diría que el mundo material es una distracción, que no importa si lleva jersey o no. Los primeros haces de luz del día rozan el prado y le dan de refilón en las rodillas, en el pecho.

En algún momento, sin embargo, dejó de distraerse en la cocina de Micky. Se centró en el calor que notaba en las piernas, en la sensación del aliento que entraba y salía de él. Poco a poco, la imagen del propio Micky se fue disipando, así como los pensamientos que tenía sobre él mismo, y todo ello se volvió una entidad traslúcida, sin peso alguno. Captaba el sonido amplificado (el petardeo de un motor, la escala de un piano) y amortiguado. La cocina se expandía y se contraía hasta que desaparecía del todo. Solo tenía su aliento, para dentro y para fuera, como una hoja al viento. Y es lo que le vuelve a pasar sobre la hierba del internado, cuando despeja la mente y se centra en los rayos de luz que nota en la piel, en el viento que le sopla contra la cara, en la hierba que le hace cosquillas en los pies, y cuenta (uno, dos, tres, cuatro) mientras se concentra en cuándo el aire se convierte en aliento; la luz, en oscuridad; el todo, en la nada. Conforme relaja las extremidades y deja que su peso se hunda hacia la tierra, a su interior, a través de ella, para que Jean alce el vuelo, flote sobre el cuerpo como vapor. El universo que tiene en las manos estalla y Jean se convierte en la nada, porque todo desaparece.

En esa ausencia de lugar en la que no existe nada, Jean, o la ausencia de Jean, flota. Es una corriente en el aire, un rayo de sol, un tenue murmullo. Es como si el mundo, con todas sus formas, se hubiera disuelto en sí mismo. Tom, Micky, los deberes, Rosa… Todos esos conceptos tan pesados, tan densos, se disuelven hasta no ser más sustanciales que el rocío que aparece a su alrededor y llena una silueta que brilla de color blanco. Un espacio blanco de estructura indistinguible, un rectángulo en su interior que se abre y se llena.

Después de meditar, Jean va a la granja.

Es el primero en llegar y pasa un rato comprobando las vallas del corral, porque los zorros son un problema constante. De hecho, los admira por ser capaces de ir encontrando formas distintas de colarse. Coloca bien el alambre que se ha soltado y martillea una clavija. A veces los zorros cuentan con ayuda: un chico dejó la puerta del corral entreabierta un día y al siguiente solo encontraron plumas y manchas de sangre. Lo que más lo asombra es lo silencioso que fue todo; tantos cuerpos, tan apretujados en un corral, masacrados. Piensa por un momento en personas igual de juntas, muriendo una a una conforme el gas venenoso llena la estancia. Leyó en algún lado que nadie gritó. Jean admira a los zorros, pero también los odia un poco.

En el interior, el gallinero está cálido y seco, lleno del leve cacareo y el agitar de las plumas. Jean saca a una gallina y ve que mueve la cabeza en silencio a izquierda y derecha. Estira las patas para pisar el suelo y caminar al exterior. Se acuerda de una vez que tenía nueve años y abrió el cajón de la ropa interior de Rosa; el ruido del nailon al rozarse entre sí y el ver que todas las prendas se estiraban, que parecían no acabar nunca, como cintas del sombrero de un mago. Qué suaves eran.

Da de comer a las gallinas y las observa pelearse en el abrevadero, como ancianas en el mercado. Les llena el agua y recoge los huevos con cuidado para colocarlos en la cesta sin que se rompan. Luego limpia el corral y echa la paja sucia al compostador de la parte de atrás. A continuación llena el gallinero de nuevo y se asegura de que cada animal tenga la misma cantidad de paja. Habla mientras se dedica a sus tareas: «¿Cómo está hoy, señorita? Mira qué plumaje más bonito. Uy, qué tímida hoy, ¿no?».

Cuando acaba, el sol brilla y él se ha puesto a sudar un poco. Deja los huevos frescos en la cocina, se va al dormitorio para cambiarse y luego al comedor para desayunar.

Si bien últimamente le está costando comer (desde que Tom no se presentó), esta mañana come dos huevos pasados por agua y moja la tostada en el perfecto centro de líquido dorado.

Mientras termina, Tom se le acerca. Tiene la punta de la nariz sonrosada por el sol, que ya se le empieza a descascarillar, y legañas en las comisuras de los ojos. A Jean le da un vuelco el corazón y ojalá no se hubiera comido dos huevos enteros. No le ha preguntado por qué no se presentó la otra noche y él tampoco le ha dado ninguna explicación. Le da la sensación de que Tom lo ha estado evitando, porque es lo que le pasa siempre. En la guardería, cuando Peter dejó de hablar con él, y en primaria, cuando Simon lo tiró al suelo de un empujón en el patio. Heridas en las rodillas al rozar la gravilla. No pretende entender cómo funciona la amistad; se imaginó que Tom había cambiado de parecer y ahí quedó la cosa. Por eso se sorprende al verlo plantado delante de él. Justo el día en el que ha recobrado el apetito.



El calor del día aún no ha descendido sobre las montañas y a Jean se le pone la piel de gallina en los brazos por la brisa. Tom se detiene y señala al cielo, donde la silueta de un ave vuela en círculo.

—¿Un halcón? —pregunta Jean.

—No —niega Tom—, un águila ratonera.

La hierba les hace cosquillas en las espinillas conforme recorren el prado. En el lago, el camino queda más marcado, con el barro duro y seco por el sol. A un lado, unos juncos muy tiesos se mecen. Oye el movimiento de los animales que habitan los tallos: campañoles, ratas de agua y ranas. El prado desaparece tras ellos en un torbellino de color verde claro cuando viran hacia el bosque, donde la sombra hace que el ambiente sea más fresco y húmedo. A Jean le da la sensación de que entran en un mundo distinto. A partir de aquel tramo, el camino queda menos marcado y tienen que abrirse paso por el sotobosque, pasar las piernas por encima de los helechos y agacharse para esquivar las ramas más bajas.

Una zarza se le clava en los pantalones cortos y lo echa para atrás.

Para cuando logra zafarse, Tom ha desaparecido. Es la primera vez que Jean está en esa parte del lago y avanza despacio; se le clavan las hojas en forma de aguja y casi se tropieza con una raíz. ¿Ese era el plan que tenía Tom? Llevarlo ahí para abandonarlo a su suerte, atrapado entre las zarzas o algo peor. La silla de ruedas que encontraron metida en el lago, el águila ratonera que descendía del cielo con las garras por delante para llevarse a su presa. Pero entonces se abre paso por un muro de plantas y llega a un espacio abierto en el que encuentra a Tom, sonriendo de oreja a oreja.

El claro se halla entre el bosque y el lago. Los árboles y el follaje delinean la parte de atrás, mientras que en el otro extremo hay un sauce, con un amplio tronco blanquecino y moteado y unas ramas curvas, llenas de hojas suaves, doblado hacia el agua, con lo que forma un biombo que los esconde.

—Lo encontré el año pasado —le explica Tom—. Nadie sabe que está aquí.

Tom ha traído dos cañas de pescar y sobras de la cocina. Ayuda a Jean a colocar la carne en el anzuelo («Sería mejor con algo vivo, pero nos servirá») y a lanzarlo. Hay un tronco junto al borde del lago que el propio Tom colocó la última vez que estuvo, y funciona a la perfección como lugar para apoyar las cañas.

—Tendríamos que ir por Rusia o por Irán para llegar —comenta Tom.

Jean saca su lata de caramelos para la tos y se pone a liar el primer porro.

—Quizá mejor por Rusia, que habrá menos posibilidades de que nos maten —sigue.

Jean lame el papel y lo dobla.

—Aunque los rusos están todos locos.

Jean le da unos golpecitos al porro para que se asiente todo, lo enciende y se lo pasa a Tom, quien da una larga calada.

—El ferrocarril Transiberiano —exhala Tom—. Suena bien, ¿eh?

—Pues sí.

La maría y una sensación distinta recorren el cuerpo de Jean.

—Me hace pensar en tigres, pero no sé por qué. ¿A que es una tontería? Es absurdo.

Jean se apoya sobre los codos. No se esperaba nada de aquello; no se imaginaba que Tom aún quisiera acompañarlo a China y mucho menos que ya hubiera buscado la ruta. Jean ha pasado cierto tiempo estudiando los mapas de la biblioteca, resiguiendo la ruta desde Moscú que pasaba por Kírov, Perm, Ekaterimburgo, Omsk y Novosibirsk. Ciudades que le pesan en la lengua, para las que necesitó tres, cuatro y hasta cinco intentos para pronunciarlas bien. Ciudades que suenan a código cifrado, a vía de escape.

—Una está en un lago —le explica Jean.

La décima parada, Irkutsk, está en la desembocadura del río Irkut, que fluye desde el lago Baikal. Es el lago más hondo del mundo y también el más antiguo, con sus treinta millones de años. Se imagina qué esconderán sus profundidades: criaturas de antaño que solo conocen la oscuridad.

—En invierno se congela y se puede caminar por encima.

—Mejor no vayamos en invierno —dice Tom, quitándose una hormiga del brazo.

—No.

Kilómetros y kilómetros de suelo transparente. Con el tiempo detenido.

—Pero haremos paradas —dice Tom.

—Sí.

—Para pescar.

—Irkutsk.

—¿Eh?

—Irkutsk —repite Jean—. Así se llama la ciudad.

—¿Como el río?

—¿Lo conoces?

—Mi padre tiene un montón de mapas de ríos, lagos y mares. —Tom aparta un tronco de una patada—. Nos hizo aprendérnoslos todos, se puso muy borde.

Jean da una larga calada. Solo ha visto a su padre en una ocasión. Era pequeño y los contornos del recuerdo se le desdibujan, pero recuerda a un hombre alto y rubio. Jean hizo algo que lo enfadó a él y avergonzó a Rosa y, después de eso, su padre se marchó. No ha vuelto a verlo. No sabe cómo se llama, a qué se dedica, dónde vive,

ni si sigue vivo siquiera. Cuando era un niño le preguntaba todo eso a Rosa, pero ella no hablaba mucho de su padre (un tipo de por ahí, tocaba el piano, vivía en una zona rural) y, cada vez que insistía, Rosa se molestaba, se mordía el labio y acababa diciendo que a quién mierda le importaban los hombres, que todos son una panda de debiluchos.

—Bueno, un imbécil en general —se corrige Tom.

Jean le devuelve el porro. Cuando era pequeño, se imaginaba que su padre era astronauta. O espía. O vendedor ambulante, marinero, pirata, monje tibetano que renunció a la humanidad e hizo voto de silencio; historias disparatadas que respondían a las preguntas que Rosa no quería o no podía contestar. Así se explicaba por qué nunca había recibido una felicitación por su cumpleaños o por Navidad. Ya en la adolescencia, se pensó si debía ir a buscarlo, pero no tenía muchas pistas. Rosa le había dado una fotografía que Jean se guardó en una caja de zapatos bajo la cama hasta los once años; en un momento dado, estaba hojeando una de las revistas de ella y se detuvo en una serie de fotografías clásicas de un político norteamericano que había fallecido hacía poco. Y al principio se emocionó, porque dicho político era su padre. Solo que no, luego se dio cuenta de que Rosa había recortado la imagen de otra revista. Algo cambió en su interior entonces y tiró la foto a la basura. Su padre no es nada, una burbuja de aire atascada en algún punto por debajo de la garganta. Puede que el padre de Tom sea imbécil, pero al menos está presente.

—Irkutsk —dice Jean—. Es ahí que… ¿Sabes cuando amenazan a alguien con mandarlo a Siberia?

—No.

—Pues ahí es donde los mandan. Si el gobierno te la tiene jurada, te mandan a ese infierno.

Jean da otra calada. Hace fresco bajo la sombra del sauce, y le da un escalofrío. Tom lo mira con un ojo, con el otro cerrado para protegerse del brillo del lago.

—La París de Siberia —explica Jean.

—¿Cómo sabes todas esas cosas? —Tom se tumba en el suelo a su lado.

Jean se imagina una Torre Eiffel en miniatura en medio de una llanura cubierta de nieve, azotada por el viento. Lo leyó en la biblioteca cuando fue a trazar la ruta hacia China. Tiene un montón de datos sin importancia metidos en la cabeza, aunque parece ser incapaz de retener lo que le explican sus profesores. Según la médica de las gafas, todo ello se debe a su dislexia, aunque otros aseguran que es cortito a secas. Tiene el cerebro lleno de datos curiosos, de imágenes de lugares lejanos, de letras de canciones. De datos que seguro que no le sirven de nada en los inminentes exámenes finales.

—*Irkut* significa «girar» —dice.

—¿Girar?

—Sí, eso.

El río que gira y gira cada vez más rápido según se aleja de su origen para dirigirse a algo más grande aún. Eso es lo bonito del agua: que se mueve en todas las direcciones al mismo tiempo y solo tiene una sola ruta. Más sabiduría de Bruce Lee.

—Irkutsk —dice Tom con una risita.

—¿Irkutsk? —repite Jean, y Tom se echa a reír más aún.

—Irkuuutsk.

—Irku-tsk.

Jean sonríe y pronuncia el nombre de la ciudad con entonaciones distintas. Tom tiene razón: la palabra, torpe en su boca que no entiende nada de ruso, suena graciosa. Una oleada de diversión los cubre conforme el colocón les llega como un tren a toda máquina. No sabe por qué, pero la palabra es tan graciosa que casi se quedan sin aire. Tom se le aferra al brazo para no perder el equilibrio, pero él también está tambaleante y se caen de espalda, porque el esfuerzo necesario para seguir erguidos es demasiado. Irkutsk, Irkutsk, Irkutsk, Irkutsk. ¿Acaso ha existido en algún momento palabra más graciosa?

Se quedan sin aliento y siguen susurrando el nombre como pueden. Están el uno al lado del otro, con el porro olvidado sobre la hierba. Por encima de ellos, la luz del sol reluce entre los huecos de las hojas del sauce, concentrada por momentos, luego menos intensa; cegadora y luego invisible. Jean se ha olvidado de lo de su

padre y lo único que le importa es estar ahí mismo con Tom, sobre la hierba.

—¡Irkutsk! —grita Jean en un acento ruso falso y Tom se echa a reír otra vez.

Gira sobre sí mismo y, con el gesto, aplasta el tríceps de Jean con el pecho, el antebrazo con el vientre y otra cosa, dura y firme, se le aprieta contra la mano. Tom sigue riéndose bocabajo; el cuerpo le tiembla por los últimos retazos de carcajadas y con cada movimiento le aprieta más la erección contra la mano a Jean, quien ha dejado de reírse. Intenta respirar con tranquilidad, pero nota su propia erección inminente.

Una ráfaga de viento mece las hojas y hace que algunas, amarillas y secas, les caigan encima. Tom tiene la respiración entrecortada y el sonido se mezcla con el agua arrítmica y el movimiento de las ramas. Los movimientos frenéticos de los insectos que quedan cerca de las orejas de Jean se superponen al rugido de un avión en el cielo. Es como si el mundo se hubiera vuelto plano, como si Jean experimentara una profunda interconectividad entre todos los seres vivos. Tom podría imaginarse que el brazo de Jean es una rama, o parte del suelo del bosque. Jean podría enroscarle los dedos alrededor, sería muy sencillo. Deja la palma de la mano tan plana y quieta como puede, para que Tom se le acerque más aún, pero entonces este se incorpora y se gira hacia el lago.

—Joder, ¿cuánto le has puesto al porro?

Jean se vuelve hacia el bosque y esconde su erección en la cinturilla del pantalón antes de masajearse el brazo. Nota un dolor agudo e insistente en el codo, quizá se ha torcido algo.

—Me he quedado como desmayado —dice Tom.

Jean espera hasta que cree que la voz le va a salir normal antes de contestar.

—Ya, yo también.

—Joder. Sí que estaba cargado.

—Ya ves.

—Ha sido letal.

Las cañas se han quedado sin cebo y ninguno de los dos se había enterado. Tom saca más y lo vuelve a colocar.

—¿Es que quieres matarme o qué, rubito?

Mientras Tom pincha un trozo de pollo en el anzuelo, le tiemblan las manos y se le cae un poco al suelo.

—Deja de mirarme, maldita sea.

Jean intenta contar hasta nueve, el problema es que se le mezclan los números para sus adentros. Considera si debería lanzar a Tom al lago, pero, en su lugar, enciende una cerilla y luego le da una larga calada al porro.

—Uf, no —lo rechaza Tom cuando se lo acerca.

Se pone a pensar en varias cosas que podría llamar a Tom entonces: chico del pollo, filete de pollo, pollo a la plancha. Sonríe para sus adentros. Pollón.

Tom consigue poner el cebo al fin, pero no es capaz de lanzarlo. Aúlla y tira la caña a la parte poco profunda del lago.

—Trae para acá —le pide Tom, antes de dar varias caladas breves y contenerlas.

Hay un tramo de tierra sin hierba porque Jean la ha arrancado toda.

La segunda vez que ocurre están en el prado, dos días después de lo del lago. El sol brilla por encima de ellos y es la hora de comer; mientras los demás estaban distraídos en el comedor, Tom y Jean han salido a hurtadillas. Las mariposas revolotean entre los pétalos rojos de las amapolas hinchadas y el azul eléctrico de los acianos. Tom le habla de pesca.

—Mi padre nos llevaba todas las mañanas de Dios. Y ahí nos íbamos al lago.

Jean tiene los ojos cerrados y la voz de Tom es suave y baja, tranquilizadora.

—Nos enseñó a pescar a látigo —sigue Tom.

Abre un ojo para ver cómo se lo demuestra.

—Tienes que sujetar la caña así, con una mano aquí y la otra aquí, más abajo. Luego te imaginas que tienes un perro delante y que quieres darle un latigazo.

La muñeca de Tom, pálida y fuerte, forma un ángulo hacia delante y luego hacia atrás. Le ve el antebrazo, los músculos tensos, el movimiento del codo. Quién fuera el perro ese para que Tom le diera un latigazo.

—Ajá —dice Jean.

—Mi padre dice que pescar es como rezar. Hay que hacerlo cada día.

Jean cierra los ojos y sonríe. Nota el calor en los párpados.

—¿De qué te ríes?

—Es que no sabía que eras tan buen cristiano.

—Cierra el pico —dice Tom—. Además, Jesús era pescador.

Jean se echa a reír.

—¿Qué pescaremos en Siberia? —dice Tom, dejándose caer a su lado.

Algo le hace cosquillas en el antebrazo y Jean abre los ojos con la esperanza de encontrarse a Tom encima de él, pero solo es una mariposa, con alas verde claro del mismo tono que la hierba seca.

—Tímalo ártico.

—¿Tímalo?

Jean no le cuenta que lleva cierto tiempo esperando esa pregunta. Que, desde la última vez que estuvieron en el lago, ha vuelto a la biblioteca y ha encontrado un libro titulado *De pesca por el mundo*. Alza un dedo junto a la mariposa, que se le sube con cautela.

—Son una especie de salmón —explica Jean.

—Ya lo sé.

—También hay en Canadá y en Alaska. Y en Misuri.

La mariposa se le pone en la yema del dedo y le pasa una pata por debajo de la uña. Tom se lo ha quedado mirando.

—Me sorprendes, rubito. Al final te voy a hacer pescador de verdad.

—Viven en la cuenca hidrográfica del océano Ártico —sigue Jean—. Por eso se llaman «tímalos *árticos*».

—Que tonterías dices.

—Llámame «Jesús».

La mariposa alza el vuelo y Jean se tumba y cierra los ojos.

—Pero Jesús sabía pescar de verdad —dice Tom. Y añade—: Joder,

qué calor.

Jean lo oye quitarse la camiseta, más que verlo. Es pálido, a diferencia de Jean, cuya piel se broncea al sol al tiempo que el pelo se le pone casi blanco. Se imagina el torso suave y blanco de Tom, desnudo bajo el sol. Si abre los ojos, será capaz de ver las venas bajo la piel de Tom, un entramado de verde y azul que le recordará a peces y que convertirá a Tom en un tritón. Una gota de sudor se le desliza por la axila.

—George va a venir dentro de unas semanas —explica Tom.

El ilustre y famoso George, el hermano fantástico. El George del que Tom habla con tono amargado y de admiración al mismo tiempo, el que se encargará del negocio familiar, que ya tiene un grado en Economía Ambiental y que juega al rugby en los Blues. Jean no sabe qué significa nada de eso, pero Tom se lo contó con semejante reverencia que no se atreve a preguntárselo.

—Guay —contesta Jean, aunque en realidad no quiere que vaya. Los hombres como George suelen odiarlo.

—Podemos ir a pescar los tres. Aunque te aviso de que es más de mosca que de cebo.

Tampoco sabe qué significa eso; tendrá que volver a pasarse por la biblioteca. Se quita la camiseta, dándole la espalda a Tom. Cuando era pequeño, Rosa lo obligó a ir a clases de natación. Se pasaba el trayecto en bus hacia la piscina sumido en el terror que llevaba por dentro: el ambiente húmedo y cargado de cloro que le hacía picar los ojos y le humedecía la ropa; los gritos salvajes e histéricos que resonaban por el techo abovedado, y, peor que todo ello, los apretujados vestuarios, tan llenos de ruido, donde el trasero raro o los pechos de alguien podrían presentársele sin previo aviso. Para cuando llegaba al borde del agua, estaba desesperado y trataba en vano de cubrirse el cuerpo con los bracitos. No era capaz de explicarle a Rosa por qué le era imposible meterse en el agua, que se sentía expuesto y atrapado, mientras permanecía inmóvil y apartado cuando los otros niños pasaban cual torpedos a su lado. Sin embargo, ahora se da cuenta de que eso es lo que quiere, quiere estar expuesto y atrapado con Tom.

Jean se tumba, con cuidado de dejar el brazo cerca de Tom pero

sin tocarlo, y ocurre casi de inmediato. Tom bosteza con un movimiento exagerado y rueda sobre sí mismo. Se mueve de forma imperceptible, adelante y atrás, y Jean cierra los dedos, también de forma imperceptible, para colocarlos contra la tela de los pantalones cortos de Tom.

Tiene los ojos cerrados e imagina que Tom también. La espalda pálida de Tom da al sol y debe de estar volviéndose rosa como una fresa al madurar.

La mano de Tom, inerte y pasiva, aterriza en el muslo de Jean, justo por debajo de la entrepierna. A escasos centímetros.

Cuando Jean se negó a meterse en la piscina, Rosa lo hizo marchar por el atrio para empujarlo hacia el vestidor. Allí lo sentó en el banco y le dijo que había tirado el dinero a la basura al llevarlo. Rosa llevaba unos pantalones cortos de hombre y una camisa vaquera de talla más grande. Los enormes aros de plata y pulseras que se había puesto tintinearon cuando le quitó las gafas de la cabeza con fuerza, los flotadores de los brazos y, a vista y paciencia de todo el mundo, le bajó el bañador. Eso es lo que se le pasa por la cabeza al notar la mano de Tom apoyada en la cara interna del muslo: la sensación de las manos bruscas de Rosa cuando lo desvestía. Han pasado años y ella sigue sin llamar a la puerta de su habitación antes de entrar. Si no está visible, ella se echa a reír y le dice que no se ponga dramático; la última vez que estuvieron de vacaciones, hasta le coló un dedo en la cintura de los pantalones cortos para sacarle los cordones que llevaba metidos. Durante las noches que ella va a su cama, Jean es consciente de lo fino que es el algodón de la bata de Rosa.

Se estremece al notar una sensación inmoral y, ante ese leve movimiento, Tom aparta la mano y se vuelve a girar.

—Estará bien —dice Tom con voz ronca—. Cuando venga George, digo.

—Sí —contesta Jean.

—Pero deberíamos ir con cuidado. Si nos descubren entonces… —Tom hace el gesto de degollarse con una mano, mientras que en la otra sostiene el porro.

Jean no dice nada; no se cree que Tom hable con tanta franqueza.

—¿Tienes un buen escondite? —le pregunta Tom.

—¿Eh?

Tom señala la cajita de caramelos para la tos con el porro.

—Ya sabes lo que opina Davey de las drogas.

—Ah, te refieres a la maría.

—Pues claro —dice Tom antes de dar otra calada, mirándolo a los ojos—. La maría.

—La guardo en un baúl debajo de la cama.

—Pues búscate otro sitio.

—Vale.

—Y no te me acerques en el internado ni nada.

Tom le guiña un ojo y a Jean le entran náuseas, unas que nacen del miedo y la emoción al mismo tiempo.

La tercera vez que ocurre es de noche. Están fumando antes de irse a la cama. Es luna nueva, lo que significa que el cielo está oscuro y que reaparecerá mañana.

No dicen nada. Es tarde y han tenido un día duro.

Después de fumarse el porro, los dos se tumban bocarriba. Jean sabe lo que va a ocurrir y no está nervioso; estira una mano y Tom rueda para ponerse encima y apoyarle el brazo en el muslo. Tom se mueve, se refriega de verdad, y Jean se aferra, intentando tocar algo a través de los pantalones cortos de Tom, algo más firme que la tela.

Y todo está oscuro, tanto que, cuando abre los ojos, solo ve la negrura.

Oye la respiración de Tom y el canto de los grillos.

Son las tres veces que ocurre, y luego, nada más. Durante más de una semana, Jean va al claro que le mostró Tom cada día, pero él no se presenta.

CAPÍTULO CUATRO

Compton Manor va a jugar contra un internado de algún lugar cercano a Brighton. El equipo rival llega en un bus viejo y maltrecho, con los hombros encorvados y un uniforme que les queda mal. Con ojos entornados, observan el internado cargados de sospecha, fumando cigarros que se dejan en la comisura de los labios. Los tienen que instar a moverse dos, tres y hasta cuatro veces para que vayan al campo.

Jean cruza la mirada con uno de ellos (uno bajo con una barba irregular) y la adrenalina le recorre el cuerpo. Durante el partido, los chicos de Brighton se gritan y se mueven con total confianza, sin miedo a acercarse ni a tocarse, y la sensación tira de Jean una vez

más. No quiere estar en el campo (nunca se le ha dado bien el fútbol ni ningún otro deporte, vaya), pero reconoce algo en los jugadores de Brighton. Algo que le recuerda a Londres; el aliento antes de la pelea.

Compton Manor juega contra un equipo de la zona una vez por trimestre, aunque hace tiempo que Jean no va a ver ningún partido. Cuando empezó en el internado sí que fue a un par y no le gustó que los demás chicos lo aferraran para preguntarle de qué equipo era o en qué posición jugaba, porque ahí dejaba ver sí o sí lo poco que sabía de fútbol, tanto en teoría como en la práctica. Se delataba, una vez más, como un bicho raro que no tenía un padre en su vida que le inculcara lecciones cruciales como las clasificaciones de la liga, a dar toques o qué era un fuera de juego y qué no.

En vez de ir a los partidos, aprovechaba la oportunidad para meterse en el bosque y pasar un buen rato sin que nadie lo molestara. No le importaba estar a solas ni no enterarse de qué hablaban los chicos más tarde. Transcurrido un tiempo, los demás dejaron de intentar incluirlo, porque sabían de sobra que si lo hacían enfadar, que era lo más probable, iban a tener que soportar los efectos de su furia. A solas en el bosque, practicaba *wing chun* o repasaba su libro sobre filosofía zen. En la mentalidad budista no hay cabida para la competición; el ego es tan solo una distracción.

—¡Árbitro, eso es falta, joder! —grita alguien por detrás de él, cuando un jugador del Compton se lleva una dura entrada.

Hay fanáticos desperdigados por la colina que se alza detrás del edificio principal, con el campo justo debajo. Parece que el internado entero ha ido a ver el partido y los chicos entonan «¡Compton Manor!» al ritmo de *Amazing Grace*, o dan las palmadas de *Let's go* de The Routers. Otros sostienen una pancarta casera que reza «Compton: leales y auténticos» en color borgoña y blanco. La gobernanta ha preparado limonada y perritos calientes y se respira un ambiente de cordialidad y emoción bastante contagioso. Jean se pone tenso y grita consternado con los demás cuando el árbitro (uno de fuera que ha llegado con el otro equipo) se niega a reconocer la falta y le dice al chico que se ponga de pie.

Otro jugador se acerca al del suelo y Jean inspira de pronto al ver que es Tom. El del suelo (no sabe cómo se llama, es uno de los más jóvenes) le aferra el antebrazo para que lo ayude a ponerse de pie. Tom lo rodea con un brazo; la camiseta blanca se le ha teñido de gris por el sudor y sus relucientes pantalones cortos color borgoña se le suben por la entrepierna. El poliéster no deja mucho a la imaginación.

La jerga futbolística y las estadísticas varias no son el único motivo por el que no va a ver los partidos. Puede que Tom no haya sido consciente de su existencia hasta hace poco, cuando decidió salir de sus costumbres de internado y experimentar con las drogas, pero ya hace tiempo que Jean se fija en él. Era septiembre de 1974 y Jean acababa de empezar en Compton Manor. En aquella época aún tenía ganas de volver a casa, aún le suplicaba a Rosa que lo dejara regresar, aún soñaba con la Londres nocturna, con aquellas calles oscuras iluminadas a intervalos, bajo el aroma amargo de la polución. Con los conciertos a los que Kelly, lo único positivo que sacó de su último instituto, lo llevaba. En vista de que sus súplicas caían en saco roto, intentó escapar. Y liarse a puñetazos con las paredes. Y faltar a clase, y no participar en actividades extracurriculares. Era por eso que no tenía ni idea de que existía un equipo de fútbol en el internado.

Estaba deambulando por el terreno, en busca de algo que romper o quemar, cuando oyó el ruido. Y allí estaban: once chicos entrenando con unos pantalones cortos que apenas les cubrían el trasero. Tom era más bajo y delgado por aquel entonces. Aun así, le notó algo en la forma en la que se movía, con gracilidad en lugar de agresividad, en el pelo echado para atrás, en las sonrisas avergonzadas cuando se cayó, y todo ello avivó algo dentro de Jean.

Evitó ir a ver los partidos después de eso y evitó también al propio Tom, porque le daba miedo lo mucho que quería estar a su lado. Decir que Jean lo consideraba un niño bien y un imbécil no era del todo cierto; más bien era que le parecía algo imposible, un ser de otro sistema solar, y el único modo que tenía de entender esa añoranza era rechazarla. Cuando Tom se le acercó hace unas semanas, no se sorprendió, sino que se quedó aterrado.

Desde la colina, lo ve enjugarse el sudor de la frente con la camiseta, con lo que deja al descubierto la piel pálida y tensa del vientre. El otro jugador se ríe de algo que le dice Tom y Jean se muere de ganas de saber qué le hace tanta gracia. Tom le aferra el hombro al otro chico.

Jean también se habría perdido aquel partido si Tom no hubiera ido a hablar con él, en el internado nada menos, de camino a clase. Le ha dado una palmada en la espalda y le ha preguntado qué se contaba mientras Jean intentaba hacer caso omiso de la sensación ardiente que notaba donde él lo había tocado con la mano. Como le había pedido que no fuera a hablar con él en el internado, Jean lo había estado evitando. ¿Acaso era una especie de prueba? Solo que entonces, por mucho que intentara mantenerse tranquilo, disolver el ego y no ser nada más que luz y aire, Jean se ha desesperado por preguntarle dónde se había metido toda la semana. Se ha pellizcado la cara interna del brazo para no contarle que lo estuvo esperando cada noche. Y, como si Tom fuera capaz de leerle la mente, le ha dicho:

—Davey me ha estado incordiando con los entrenos intensivos.

Y, en un abrir y cerrar de ojos, el bloque de hielo que se había formado entre ellos se ha derretido.

—Pero bueno —ha seguido Tom mientras se acercaban al aula—, ¿nos vemos luego?

Cuando Jean ha mirado hacia atrás, Tom seguía allí, enmarcado por el pasillo vacío.

En el terreno de juego, los de verde toman posesión del balón. Tom corre por el campo a toda velocidad y Jean mira cómo se le tensan los gemelos, las grandes zancadas que da. No le entra en la cabeza que se haya perdido tantos partidos, tantas oportunidades de verlo recorrer el campo como una gacela. Tom le hace una entrada a un jugador de Brighton, pero llega tarde y el contrincante ya le ha pasado el balón a otro que corre y la chuta para meter un gol por la escuadra. El delantero se desliza de rodillas y sus compañeros de equipo se le echan encima para celebrar. El público que rodea a Jean abuchea y Tom sigue en el suelo, mirando incrédulo el punto exacto en el que casi le ha arrebatado el balón al rival. Y lo que piensa Jean

es que está guapo incluso cuando se decepciona.

—Joder —suelta Samuel, antes de darle un bocado a su sándwich.

Los jugadores del Compton se juntan para debatir estrategias. Desde el otro lado de la colina le llega el olor a salchichas, los cánticos lánguidos de los demás. El lado del equipo rival está prácticamente desolado y los de camiseta verde miran a quienes apoyan al Compton sin expresión en el rostro. Jean sigue lleno de la sensación de que Tom le haya pedido que fuera, de que quiera que lo vea jugar. Una gotita de sudor se le desliza por el cuello y se echa atrás para apoyarse sobre los codos. Los jugadores del internado se separan y Tom vuelve la vista hacia la colina, como buscando a alguien. ¿A él, tal vez? Jean cree que lo ha visto, aunque no está seguro, porque la electricidad del reconocimiento le recorre el cuerpo. Tom corre de vuelta a su posición y parece que, según lo hace, Jean lo imita. El cuerpo de Tom se convierte en el de él, o, mejor dicho, él contiene el cuerpo de Tom.

Hace calor y todos están sudando. Nota el corazón de Tom latiéndole en el pecho, su deseo salvaje. Suena el silbato y les da un vuelco el corazón.

—Qué pase más malo, tendría que haber cruzado al otro lado —dice Samuel al ver que un jugador del Compton acaba concediendo la posesión.

Samuel se ha sorprendido de que Jean lo siguiera al partido en silencio. Sorprendido y alegrado también. Porque a Samuel lo marginan por otros motivos y, a diferencia de Jean, se muere de ganas de entrar en el grupito (el de Hugo, Tom, Theo y Percy) que domina el internado. Jean se avergüenza de Samuel, de lo mucho que se ha alegrado de tenerlo por allí, y es por eso que ha soportado que le hiciera de comentarista (aunque sea un puto incordio) durante todo el partido.

Los de verde se despliegan contra los de rojo y Jean entra en pánico. Tom tiene que recorrer todo el campo para ayudar; Jean nota lo cansado que está y quiere bajar a ayudarlo.

—Mi padre me llevó a ver al Chelsea contra el Crystal Palace —le cuenta Samuel.

Jean intenta recordar lo que dice Bruce Lee sobre la telepatía

mientras se concentra en Tom. Puede que no tenga ni remota idea de fútbol, pero sí entiende de movimiento, de poses y equilibrio. Cuando exhala todo el aire que tiene en los pulmones, algo termina de encajar. Jean quiere que Tom se quede más atrás y eso hace, cambiando el peso de un lado a otro.

—Fue salvajísimo —dice Samuel, con la boca llena de la corteza del sándwich, aún hablando del partido del Chelsea—. Se liaron a tortazos antes de empezar incluso.

A los jugadores de Brighton les empieza a salir todo mal de repente: pases que no llegan a su objetivo, que se desvían. Los de camiseta verde están cansados, se les pega el pelo al rostro lleno de manchitas por el sudor y tienen la boca abierta como peces fuera del agua.

—Un tipo le dio un botellazo a otro —sigue parloteando Samuel—. Yo le di un buen puñetazo también.

Por el espacio que han dejado descubierto los de verde, Jean guía a Tom con suma destreza, forzando las piernas para que sí, logre interceptar un torpe pase entre dos centrocampistas y emprender un esprint. Está solo y los de verde retroceden a su campo. Jean cambia el peso de lado y Tom se inclina a la derecha para acercar más el balón a su meta.

—No hay nada igual en el mundo —sigue Samuel—. Cuando te metes de verdad en el meollo, digo.

Jean se incorpora y Tom se detiene, por lo que dos contrincantes lo adelantan y él puede girar en dirección contraria. Corre hacia el centro y a los defensores les cuesta volver a su posición. Jean mueve la mano y cada vez lo persiguen más despacio. Tom ya ha recorrido más de medio campo y no le queda mucho más. De la nada, otro de verde aparece y Jean se inclina a la izquierda antes de saltar a la derecha; Tom hace una finta hacia la zurda y se mueve hacia el lado contrario. Solo queda un breve tramo de hierba hasta el portero. Jean se aprovecha del miedo del cancerbero y alienta a Tom a correr más y más. Porque el portero no es nada, un ser de carne y hueso sin más.

—Increíble —dice Samuel, y Jean casi le da las gracias.

A su alrededor, los alumnos y los profesores se han puesto de pie.

Aúllan y vitorean, con voces altas que no contienen, y Jean también nota la emoción que crece en su interior. El orgullo de Tom se mezcla con el suyo, se le retuerce desde la entrepierna hasta los pulmones. ¿Tom también lo notará? Alguien le da una palmada en la espalda, otro lo despeina y, si bien no le suele gustar que lo toquen así (con brusquedad y sin previo aviso), ahora no le molesta tanto. Los jugadores del Compton sostienen a Tom en alto, cantando «Que viva el Compton» al ritmo de *Lou, Lou, Skip to my Lou* y lo lanzan al aire. Conforme Tom flota, se gira. ¿Está mirando a Jean? ¿Lo saluda o es que estira los brazos para no perder el equilibrio? Algo se le agita en el corazón, hasta que vuelven a dejar a Tom en el suelo. Samuel sujeta a Jean y le susurra con la voz cargada de emoción:

—Así se hace, chicos.



No ganan, pero no pierden por tanto como habría cabido esperar. Los de Brighton celebran pasándose la camiseta por la cabeza y dándose unos placajes mientras su profesor les grita desde un lado. David junta a los jugadores del Compton, porque también hace de entrenador. Les estrecha las manos a todos y Jean se imagina lo que les estará diciendo: «Buen partido, bien luchado, buen equipo».

Uno de los jugadores se aparta del grupo para gritarle algo al otro equipo y, si bien David lo echa atrás, los chicos de Brighton ya se han dado media vuelta y avanzan por el campo a grandes zancadas. El jugador del internado que los ha ofendido se quita a David de encima y se enfrenta a su oponente con fuerza. Los dos equipos se juntan, rojo sobre verde, verde sobre rojo, y acaban cayendo en una montaña en el suelo. Los alumnos del Compton que rodean a Jean salen corriendo, y él con ellos, como la ola de una marea. Están descalzos, con los brazos desnudos y el pelo despeinado: a pesar del uniforme de talla incorrecta que llevan los de Brighton, parecen más salvajes y desaliñados conforme aúllan por la colina y sus oponentes van a su encuentro con la tranquilidad lúgubre de un ejército que se enfrenta a bárbaros. Sin embargo, en cuanto Jean llega al campo, David lo detiene

—Ni se te ocurra.

Gordon «Gory» Richardson, profesor de Biología y Matemáticas y ayudante de entrenador de David, así como los profesores de Brighton, se disponen a interceptar a los jugadores y a separarlos. David lo ha tomado desprevenido y le molesta sobremanera ser el único al que se ha dirigido específicamente. Charles Burrows está en lo alto de las escaleras, mirando hacia abajo. Lleva sus gafas moradas y pantalones cortos color naranja fosforito y sonríe al observar la pelea, como si hubiera sido eso lo que había ido a ver, en vez del partido.

Samuel cojea al acercarse a él, sonriendo de oreja a oreja. Tiene un corte en el labio y la camiseta manchada de barro. Los profesores llevan al equipo de Brighton al autobús y los del Compton se dispersan en distintos grupos por la colina. Tom rodea los hombros de alguien con el brazo y está sonrojado y feliz. Conforme se acercan a Jean, uno se pone a cantar, primero en voz baja y luego a mayor volumen.

—«¿Y esos pies de tiempo ha…?».

Samuel suma la voz al coro y Jean desvía su atención al suelo.

—«¿Recorrieron el verde de Inglaterra?».

Jean arranca un diente de león de raíz conforme el cántico crece a su alrededor. Tom se tira al suelo y grita el último verso, con la voz acalorada y sin aliento.

—Venga, niño judío —le dice Hugo—. ¿Y tu solo para cuándo?

Tom rueda para quedar tumbado bocarriba.

—Danos uno —le pide, indicándole el cigarro.

—¿Estás mudo o qué? —Hugo le quita la barrita de chocolate a Samuel sin inmutarse—. Ah, no, lo que pasa es que en la sinagoga no enseñan a cantar himnos.

La alegría que ha experimentado Jean durante el partido y la adrenalina de la pelea se transforman en un pánico lleno de sudores fríos. No es capaz de mirar a Hugo; los himnos son otro hueco en el conocimiento que debería tener y no tiene.

—Pues durante el partido no estaba mudo. Tendríais que haberlo visto —se mofa Samuel, meciéndose en una imitación exagerada de Jean.

Jean se sonroja y mira a Samuel, más avergonzado aún. Puto Samuel. Solo se ha sentado con él porque le sabía mal y el cabrón va y lo traiciona. Aunque no le sorprende; Samuel debe de estar tan emocionado como él incómodo por estar acompañado de los «Larks», como se hacen llamar. Quiere marcharse, pero sabe que si lo hace será peor, que, si se va ahora mismo, será como darle permiso a cualquiera para meterse con él. Y se ha hecho daño en suficientes nudillos partiendo los suficientes labios como para saber que no debe hacerlo. Hugo es el único que de verdad se mete con él y es porque el tipo es un armario. Se pelearon el año pasado y Jean perdió un diente.

—¿Habéis visto la falta esa? —Tom se pone bocabajo y tira la ceniza.

Hugo saca un cigarro de la cajetilla de Jean y luego se la guarda en el bolsillo.

—Qué hijos de puta —dice.

Los demás chicos se suman a la bravuconería de buena gana.

—Si Davey no hubiera estado ahí…

—¿Qué habrías hecho?

—Qué no habría hecho, esa es la pregunta.

—Pero si tú no has podido ni con Gory.

—Es que Gory era boxeador.

—Campeón de los pesos pesados en el cincuenta y cinco.

—Puede ser que Hugo haya dicho algo sobre la madre de algún otro.

—Ajá. Todas putas. Hacedme caso, que he estado en Brighton.

Los otros se echan a reír, con carcajadas agudas y nerviosas, cuando Hugo se pone de pie y demuestra lo que les hizo (o lo que les haría) a las madres de los jugadores rivales. Tiene los pantalones cortos subidos por los muslos y el pecho al descubierto, lleno de músculos.

—Tienes público —le avisa Tom, haciendo un ademán a los chicos más jóvenes que se han quedado cerca y se ríen y celebran.

Detrás de ellos, David y Gordon fruncen el ceño al oír su conversación con los brazos cruzados. A Jean le cae mal Gordon. Tiene una foto de la reina y otra de Winston Churchill en el aula e

insiste en llamar a los alumnos por el apellido. Cuando se enteró de cómo se apellida Jean, hasta soltó un comentario al respecto: «Anda, qué raro. Un germano».

—Quizá Gory quiera participar también.

—¿Y si se lo preguntas?

Hugo menea las caderas con más flexibilidad de la que cabría esperar, gimiendo en todo momento y con una mano estirada para apoyarla en una espalda imaginaria, como si su pareja hipotética estuviera a cuatro patas y se la follara por detrás. Como si se la follara por el culo.

Hugo nota que Jean lo mira y sonríe de oreja a oreja.

—¿O nos lo demuestras tú mejor, chico judío?

Jean se pregunta si habrá otra razón por la que Hugo se meta con él. El fútbol, el billar y las bromas de mal gusto no son las únicas tradiciones del internado en las que no participa; también están las actividades que se llevan a cabo a las tantas de la noche, en el baño de atrás. Jean sabe lo que uno puede dar o recibir si va allí. Todos son conscientes de ello, incluso Charles (ahí es cuando recuerda su definición de «gay»). Si bien Jean no es vanidoso, es consciente de que no es feo. Se ha criado con personas (mujeres, hombres, niños) que lo miraban en todo momento. ¿Y acaso Rosa no lo llamaba siempre «mi hijo precioso»? Ojalá fuera más normal. Debido a ello, sus puños lo han protegido de distintas formas. Como ya está en el último año, es más alto y musculoso, por lo que es menos vulnerable; quizás Hugo lo note y le moleste. Hugo, quien, según las malas lenguas, se pasó los primeros años del internado de rodillas en el baño de atrás y ahora es él el que llama a ciertos chicos para que lo acompañen.

Claro que todo son rumores y nada más. Nada de eso se decía en voz alta, porque nadie es maricón ni lo será nunca. También se dice que se ha follado a todas las chicas del pueblo. Que va allí los sábados, a veces a Brighton incluso. Tiene una suscripción a *Playboy* de la que David no está enterado.

—Ahora que lo pienso —suelta Hugo, mirándolo—, qué raro que nos hayas bendecido con tu presencia hoy.

—Venga ya —dice Tom en voz baja, y algo cambia en el rostro de

Hugo.

—Jean —sigue él, con una sonrisita—. Es nombre de chica, ¿no? —Los demás se ríen—. ¿A que sí que lo es?

Puede que Jean tenga apellido alemán, pero su nombre de pila es francés. Y sí, en inglés «Jean» es nombre de mujer; solo Rosa usa la pronunciación francesa. Los demás lo dicen a la inglesa y Jean nunca los corrige.

—Si ni siquiera sabes jugar —dice Hugo.

—Déjalo en paz —le pide Tom, estirándose con pereza sobre la hierba.

—Tú mira bien —sigue Hugo, otra vez con sus meneos de cadera —, a ver si aprendes.

—Vale ya. —Tom agita una mano—. Si parece que estás cagando.

Jean ha mantenido la mirada inexpresiva mientras le hablaba Hugo, ha tenido el cuidado de no mirarlo. Sin embargo, ante ese último comentario ya no puede contenerse: suelta un resoplido burlón y Hugo se sonroja.

—¿Y tú qué, te follas a una y ya eres Teresa de Calcuta? —suelta Hugo.

—Cállate la boca —responde Tom.

—¿No os habéis enterado? Tom se ha estado tirando a Millie.

Ahora es Tom el que se ruboriza y lanza la colilla al suelo. Hace unos modestos soniditos de asentimiento y los demás le piden más detalles. La adrenalina le recorre el cuerpo a Jean como la arena de un temporizador de cocina.

—No te cortes, Peterson.

—Con Millie.

—Qué no daría yo por una hora con ese culazo.

—¿Tú qué dices, Tom?

—Vale ya…

—Dicen que lo tiene bien prieto y…

—Vale ya…

—Dicen que se ha follado a todo el mundo y que…

—Te estoy avisando…

—¿Seguro que no te ha contagiado nada?

—No hay nada de lo que avergonzarse, colega.

Tom se encara a Hugo. Ojos con ojos, nariz a nariz. Casi se rozan con la frente sudorosa y tienen el torso desnudo, manchado de hierba, a escasos centímetros de distancia. Según parece, hace unos años un profesor de Francés se lio con un alumno. Fue un idilio discreto y apasionado que involucraba la teoría marxista y unos mítines a altas horas de la noche, y que resultó en un intento por echar abajo la junta del internado por parte del profesor y el alumno. Desde entonces, las relaciones entre los alumnos (y, por descontado, entre alumnos y profesores) no solo han estado mal vistas, sino que se conciben como una amenaza directa. Si encuentran a algún estudiante en una situación comprometedora, es una forma segura de que acabe expulsado. Por muchas tonterías de *hippie* que tenga David y, según sospecha Jean, a pesar también de sus preferencias sexuales, es una persona conservadora. A Hugo se le tensan los músculos de la mandíbula y parece estar a punto de darle un puñetazo a Tom, pero entonces esboza una sonrisita. Pasa la mirada de Tom a Jean y sonríe aún más.

—Ya lo capto —dice, cruzándose un brazo por el pecho y sonriéndole a Jean—. Sí, ahora lo entiendo todo.

Jean se queda completamente inmóvil y el calor que notaba en la cara se torna frío. Lleva dos años intentando mantenerse al margen para evitar lo que Hugo está a punto de decir. Para preservar su dignidad porque… ¿porque es cierto? Porque si acabara yendo al baño de atrás a lo mejor no querría salir nunca. Los demás chicos los miran con atención, con una sonrisa nerviosa. Tom está de espaldas a Jean y, si bien no le ve la cara, sí que le nota los músculos del cuello. Y de pronto le molesta que Tom se le acercara, tanto hace tres semanas como ese mismo día. Porque lo ha arrastrado del corazón para llevarlo a ese infierno. Jean, al igual que los demás, se queda a la espera. Espera a que Hugo lo insulte con aquella palabra para partirle la cara, pero él se limita a lamerse los labios y reírse, antes de corretear con gestos afeminados para dar el remate de la broma a Tom, en vez de a Jean.

—Tú, amigo mío, eres virgen.

Las carcajadas se tiñen de histeria y esconden el miedo de los demás, el alivio. Jean se echa a reír también, agradecido de que sea

lo único que pretendía decir Hugo. Cuando Jean volvió a casa para Semana Santa, intentó acostarse con Kelly. La susodicha tiene una vida completamente distinta en una de las nuevas torres de viviendas cerca de Shepherd's Bush. Mirando por la ventana de su decimocuarta planta, Jean y Kelly fumaron y bebieron cerveza de la barata. Más tarde, se desnudaron en la habitación de la madre de ella (porque tenía turno doble de limpiadora); sin embargo, Jean no fue capaz de hacer nada, ni siquiera cerrando los ojos.

Tom nota que Jean se está riendo y algo le cambia en la cara.

—Qué dices —suelta Tom.

—Venga, que estás entre amigos, puedes decir la verdad —insiste Hugo.

—Que no soy virgen.

—Mira, luego te doy unos consejos. —Hugo rodea a Tom con un brazo y este se queda mirando el cielo—. No te sientas mal. Podemos sacar los libros de Biología de Gory, ¿eh?

—Millie me dijo que no le van los gordos.

Ahí es Hugo el que suelta un resoplido.

—Hazme caso —dice Tom con una sonrisa tímida—, tú te lo pierdes.

—¿Habéis oído eso? —Hugo le frota el pecho a Tom—. ¡Nosotros nos lo perdemos!

Jean se pone a contar las briznas de hierba. Tom se ha acostado con una chica. ¿Por qué no pudo follar él con Kelly como ella quería, al igual que Tom ha hecho con Millie? Así también podría decir que lo ha hecho. ¿Por qué tuvo Rosa que darle un nombre de chica?

Samuel saca una revista de la mochila. Desde donde está sentado, Jean alcanza a ver a la mujer, con las piernas abiertas y las tetas al aire, el extraño espacio con pelo que tiene entre las piernas, y vuelve a recordar por qué no pudo. Los demás se acercan a la revista, callados en su devoción. Theo es el que rompe el silencio.

—¡Se le ve el agujero del culo!

Hugo le quita la revista y Samuel lo persigue, seguido de los demás, con lo que Tom y Jean se quedan a solas en el césped.

Jean no sabe qué decir. Tiene algo enroscado en el pecho que hace que le cueste respirar.

—Menuda paliza después del partido —dice en un intento por encontrar un tema en común.

Tom suelta una carcajada ronca.

—¿Y tú qué sabrás?

Le da la sensación de que ha dicho algo poco atinado, por lo que se queda callado.

—¿Y qué coño hacías tú mientras? —Tom lo mira a la cara—. Te vi parado sin hacer nada.. Hugo tiene razón, eres un cobarde de mierda.

Jean parpadea al encajar el insulto y algo se alza en su interior.

—¿Acaso podrías follarte a alguien tú? —le dice.

—Vete a la mierda.

—¿No te mearías encima? —Jean sabe que eso sí le arrancará el enfado, porque Tom es muy sensible con el tema de su epilepsia.

A un lado, ve que Samuel le da el alcance a Hugo y que la revista se parte en dos cuando la aferra. Gordon se acerca a ellos a grandes zancadas, gritando, mientras que David observa a Jean y a Tom. Jean recuerda su advertencia y sabe que es distinto cuando él le pega a alguien. Aun así, qué curioso que lo considere antes de hacerlo; normalmente lo hace antes de darse cuenta. Se pone de pie y se da media vuelta para marcharse, con la sangre hirviendo y los puños apretados. Pero Tom sigue hablando.

—Tu madre es una puta alemana, así que tú debes de ser un bastardo alemán.

En vez de marcharse, en vez de quedarse sentado en la pendiente como un cobarde, en lugar de escuchar a Bruce Lee o a David o a cualquiera de las voces que le piden que no lo haga, se abalanza sobre Tom.

CAPÍTULO CINCO

La carta llegó aquella misma mañana; un largo sobre verde con letras moradas. Jean le dio la vuelta sin saber de quién podía ser. Nada de aquel estilo indicaba que fuera de Rosa, para nada. ¿De Kelly? Ni hablar; ella tiene peor letra que él y la ortografía brilla por su ausencia. Además, se enteró de que tenía novio, uno mayor que ella, un músico.

La carta era distinta a todo aquello; era pesada, seria. Cuando se acercó el sobre a la cara, notó la sensación agradable de los bordes afilados contra las mejillas y, en cuanto lo olió (almizcle y canela), supo de quién era. Y se sorprendió, porque hacía mucho tiempo que Micky no le escribía. Antes sí que le mandaba alguna que otra postal cuando estaba de gira, pero dejó de hacerlo durante el segundo año de Jean en el internado. Hace al menos un año que no hablan, desde aquella última vez que se vieron y todo se puso horrible. Al

apretarse la carta contra la cara, se imaginó qué podría haberle escrito Micky: ¿una canción? ¿Una disculpa o una carta de amor? Uno de sus compañeros de habitación entró y lo vio con el sobre sin abrir pegado a la cara.

—Así no se lee, idiota.

Clonc.

Jean blande el pico y lo hace descender con fuerza contra la losa de roca que tiene delante. Como castigo por «atacar» a Tom, lo han mandado a romper rocas en lo que en el futuro será la nueva piscina. Tom tiene un ojo morado y el labio partido y se libra de romper rocas. ¿Por qué? Quién sabe, porque David no se lo explicó. Las marcas de dientes donde Tom lo mordió se empiezan a desvanecer tres días después. El esfuerzo físico necesario para romper las rocas le activa la sangre por todo el cuerpo de un modo similar a cuando se pelea. Unas nubes, del mismo tono que la piedra gris amarillenta que rompe, se juntan en el firmamento. Tras dos semanas de calor infinito y sol brillante, el típico verano británico llega por fin. Hace descender el pico una vez más contra una losa más grande de la cuenta y se imagina que es un dios, que la roca es una nube y el ruido, un trueno.

Por mucho que el cielo prometa lluvia, sigue haciendo calor y Jean está empapado en sudor. La piscina estará al este del internado, donde ahora no hay nada más que campo, setos, árboles y la larga entrada. La entrada es tan honda y está tan llena de gravilla que suele pasar que los coches (más que nada los elegantes de las familias que van a ver a algún alumno) se queden atascados. El agujero de la piscina ya está excavado, pero esa zona cae en la formación de roca sedimentaria Weald Clay y contiene arenisca, lutita, limolita, siderita e incluso, según le explicó David, alguna parte de caliza también. La arenisca, la lutita y la limolita las rompió con facilidad el que excavó el agujero y la siderita se la guarda David para el estudio de alfarería, pero la caliza es más complicada y hay que romperla en trozos más pequeños para poder transportarla. Aún no sabe qué harán con ella. Si la venderán o la usarán para construir la piscina. El director es un arduo defensor del trabajo físico como forma de reforzar la mente; le explicó a Jean que John Ruskin

construía carreteras. Sin embargo, a Jean no le hace falta construir ninguna carretera para saber que debería «amar al prójimo», ya sabe que no debería haberle pegado a Tom. Pero lo volvería a hacer de todos modos.

La formación Weald Clay se remonta a la edad hauteriviense y a la barremiense; en otras palabras, tiene ciento veinticinco millones de años. Mientras rompe las rocas, lo va contemplando, va pensando que está rompiendo el tiempo.

La carta tenía un sello de hace una semana, lo cual implica que, al leerla, también experimentaba una parte del pasado. Y eso significaba que Micky ya se estaba alejando de él en el futuro, llevando a cabo lo que en el papel solo era una promesa. Otra roca más que se parte.



En 1969, cuando Mick Caro se mudó a Queen's Court, en el parque Holland, aún no había alcanzado la fama de la que goza ahora, en 1976, pero era lo bastante conocido como para que las calles de alrededor se llenaran de rumores de lo más pintorescos. Jean, que le había pedido a Rosa su último disco por Navidad, debió de haberlo escuchado mil veces antes de la llegada de Mick. Rosa, removiendo algo en el fogón, murmuró que la primera señal de que un barrio entraba en decadencia era que los famosillos se mudaran a él, que por qué no podían dejar en paz a los artistas de verdad.

Como Queen's Court era una calle sin salida, todo el tráfico que se dirigiera hacia allí tenía que pasar por Clemens Gardens, donde vivían ellos. Era eso lo que hacía que Rosa se subiera por las paredes: hordas de obreros que llegaban a las cinco de la madrugada subidos a sus furgonetas y que, todo hay que decirlo, parecían no saber que había personas que seguían dormidas antes del amanecer. Los taladros que arrancaban motores a las cinco y cuarto día sí y día también, los golpes y traqueteos incesantes, las sierras, el polvo de ladrillo que por asombroso que fuera sobrevolaba varias calles para colárseles en la cocina y en el estudio de Rosa, que era peor aún, para cubrirlo todo de una fina capa pegajosa de

color rosa. El cementerio de colillas que se formaba en la alcantarilla.

Durante los tres meses anteriores a la llegada de Micky, Rosa se enfureció tanto que Jean creía que, cuando llegara por fin, iba a presentársele en casa para darle un porrazo con la sartén Le Creuset. Las obras también despertaban a Jean, pero, en lugar de darle ganas de «arrancarme el pelo de raíz» como decía ella, lo llenaban de asombro. Era como si estuvieran destrozando el propio infierno para remodelarlo, y era eso, esa sensación de que creaban un mundo nuevo, su incapacidad de imaginarse cómo iba a quedar, lo que aumentaba sus ganas.

Después de las obras pasó el camión de la mudanza, retumbando por su calle y doblando la esquina una húmeda mañana de octubre. Se juntó un grupito para ver los extraños objetos que descargaban y metían en la casa: un sofá rojo chillón con forma de labios, un aparato alto y de plástico naranja que tal vez fuera una lámpara, varios muebles de cromo y cuero y todo un despliegue de esculturas de madera (figuras entrelazadas, una gran calabaza bastante fálica) que hizo que los vecinos se sonrojaran y se mofaran, que algunos hasta rechistaran. El piano Bechstein. Cubierto en capas de lona, lo metieron por las ventanas del salón gracias a una pequeña grúa. Luego aparcó el coche, un Aston Martin Lagonda recién estrenado, de color plateado mate, con un glamur futurista que no terminaba de encajar en una calle llena de Morris, Fiat y Mini Cooper, soltando música desconocida (¿india, tal vez?) por las ventanas abiertas. Y, por fin, el propio Mick Caro.

Para el Jean de diez años, bien podría haber llegado de otro planeta. Micky se plantó en medio de la calle, mirando arriba y abajo para admirar su nuevo hogar y, según lo vio Jean, también para permitir que lo admiraran a él. Porque sí que había mucho que ver, vaya: llevaba una camisa blanca abierta hasta el abdomen, un chaleco de ante, vaqueros acampanados y, por sorprendente que fuera, pisaba la acera sucia descalzo. Tenía una larga melena oscura y suave que le llegaba a los codos e iba bien afeitado salvo por las impresionantes patillas que se le enroscaban por la cara. Aunque Jean nunca ha sabido qué edad exacta tiene, debía de tener treinta

y muchos en aquel entonces, quizá cuarenta y pocos. Sin embargo, por más que Rosa ya le pareciera anciana a sus cuarenta y siete años, le dio la sensación de que Micky era inmortal. Irradiaba energía. Incluso la pose que tenía, sacando una cadera y echando la ceniza del cigarro, resultaba emocionante y distinta. Rosa volvió a casa para cumplir con su trabajo «de verdad» y los demás niños rodearon a Micky, porque querían subírsele al coche y pedirle autógrafos, caramelos y lo que fuera. No obstante, Jean se quedó donde estaba, junto a una camelia cuyas flores le hacían cosquillas en las mejillas, demasiado curioso y amedrentado como para acercarse.

¿Fue eso (la reticencia de Jean o la negación de Rosa a reconocerlo, o tal vez la propia buena educación de Micky) lo que hizo que se pasara por su casa al día siguiente? Según le dijo a Jean, había ido a presentarse. Desde su estudio, Rosa gritó que, si era el presumido de la otra calle, que le dijera que estaba ocupada, y Jean se sonrojó por la vergüenza. Cuando aunó fuerzas para mirarlo, se asombró al ver que él también se ruborizaba, lo cual lo hizo parecer más vulnerable, más humano. Micky le contó que iba a montar una fiesta para todos los de la zona, que iba a haber pastel y chuches y que le encantaría que fueran.

Aquella mella en su armadura que Jean presenció aquel día no fue ninguna anomalía. Lo que caracteriza a Micky es que, a pesar de tanta pompa y glamur, de la ropa de *hippie* y el pelo largo, de la casa absurda (cuando Rosa y Jean fueron a la fiesta, se desorientaron en el pasillo, que estaba pintado de color rojo sangre —el suelo, el techo y las paredes, como una arteria—, y salieron confusos en una cocina color cromo y blanco), de la emoción desconsiderada que lo invadía a veces (abrió los brazos y les dijo «¡Sí que habéis venido!» para luego no hacerle ni caso a la tarta de limón casera de Rosa), es una persona muy amable.

Durante la fiesta, se aseguró de pararse a hablar con todo el mundo, incluidos la anciana loca que vivía a dos calles y olía a orina de gato y ajo, el veterano de guerra medio sordo que hablaba de su inflamación de próstata a gritos, la pareja pakistaní que acababa de abrir un negocio y que no dejaba que sus hijos comieran nada,

todas las madres y todos los niños. Les pedía a todos que lo llamaran Micky, aunque Rosa optó por llamarlo Michael y aún lo hace. Se aseguraba de saludar a sus vecinos cuando se cruzaba con ellos, se acordaba del nombre de todos y les dejó muy claro que su casa estaba abierta a todo el mundo, en cualquier momento.

Aun así, el único que se aprovechó de aquella hospitalidad fue Jean, porque, según parecía, era el único niño cuya madre trabajaba y que, por tanto, no tenía nada que hacer durante el interminable periodo entre el final del colegio y el regreso de Rosa. Al principio, Rosa se mostró reticente, tanto por la vergüenza que le daba como por la sospecha, pero Micky se la metió en el bolsillo con pequeños obsequios (una orquídea, una botella de aceite de oliva de Italia) y su voz tranquila y suave. Se acordaba de ciertos detalles de la vida de ella, le preguntaba cómo le iban las clases, a qué se estaba dedicando, que si le apetecía probar un nuevo burdeos porque se había comprado demasiadas botellas. Tal como la había oído razonar con Dinah por teléfono, seguro que era mejor que Jean estuviera con él que en la calle, aunque Michael fuera un imbécil pomposo y de verdad no le cayera bien. Jean también lo creía: leche con galletas era mejor que una alacena vacía.

No se acuerda de cuándo fue que empezó a pasar más rato en casa de él. ¿Fue porque Rosa pasó a dar más clases por la tarde, a trabajar hasta más tarde más a menudo, o solo porque se sentía más cómodo en casa de Micky que en la suya? Lo que sí recuerda es cuando Micky se compró un nuevo tocadiscos Linn LP12 y cuatro altavoces Advent (¡importados de Estados Unidos, para colmo!), porque lo invitó a ayudarlo a instalarlo todo.

En aquel entonces, Jean tenía casi once años y Micky llevaba seis meses viviendo en el barrio. Le habían dejado el equipamiento en el gran salón y las enormes cajas de cartón parecían ataúdes. Tal como le explicó, podría haberles pedido a sus técnicos que se lo instalaran, pero no confiaba en nadie para su acústica.

—Es por el sonido —le dijo, alzando una caja del montón—. Siempre joden el sonido.

Micky partió el cartón con un cuchillo y unas virutas de poliestireno cayeron como entrañas pálidas. La tarea de Jean era ir recogiendo

las virutas para meterlas en una bolsa de basura negra mientras Micky iba abriendo las cajas y revisando el contenido. Mientras lo hacían, Micky parloteaba sobre la delicadeza necesaria para instalar un sistema de sonido de gama alta. Solía hablarle así, para contarle algo que acababa de leer, un libro de filosofía taoísta, o para explicarle una canción que estaba componiendo, que era rollo Bob Dylan pero distinta. Temas cotidianos que tenía en mente y soltaba en un monólogo sin filtro. Jean casi nunca contestaba, aunque le daba la impresión de que era por eso mismo que a Micky le gustaba hablar con él.

—El sonido es algo muy personal —continuó—. Algo mutable. Y hace falta saber cómo instalarlo todo bien. Lo aprendí de mi padre.

Le explicó que era banquero, frunciendo el ceño mientras trataba de quitar la cinta de embalaje de otra caja, pero que le obsesionaba la música.

Después de abrir todas las cajas, de que Jean hubiera metido todas las virutas en la bolsa y la textura del poliestireno en las manos le diera dentera, Micky colocó dos altavoces en un estante de un extremo de la estancia y los otros dos en el lado opuesto.

—Lo ideal es colocarlos bien arriba —indicó Micky—. Para que notes que estás metido en la música.

Micky puso el tocadiscos Linn LP12 (el mejor que existe, según le explicó) en un aparador negro y barnizado y el amplificador en un estante más abajo. La estancia era oscura, al igual que gran parte de la casa, pintada de un tono berenjena que hacía que le entrara sueño. Sobre los tablones había una alfombra hecha de un tigre.

—Ahora está malo —explicó Micky, colocando los cables en su sitio —. Mi padre, digo. Hace años que no hablamos.

Jean permaneció en silencio, observando las rayas del tigre y los largos dedos de Micky, que danzaban sobre un montón de agujeros, para desenchufar y enchufar a toda prisa. Ya estaba confuso sobre qué se metía dónde. Confuso y en pánico, además, por el tema de conversación que son los padres, porque sabía que las inevitables preguntas sobre el suyo no iban a tardar en llegar. No lograba acostumbrarse a que los demás, algún compañero de clase o un profesor por ejemplo, le preguntaran a qué se dedicaba su padre y

luego les saliera una oscura nube en el rostro cuando respondía que no tenía. Sus intentos por consolarlo, las preguntas sobre si había fallecido, si sus padres habían estado mucho tiempo casados, y luego la vergüenza cuando se daban cuenta de la realidad. Era lo que había estado esperando con Micky, ese momento que iba a cambiarlo a ojos de él para siempre.

Solo que no le preguntó nada. En su lugar, se recostó hacia atrás para revisar la instalación y echó mano de un paño para limpiar el tocadiscos, el amplificador y los altavoces mientras seguía hablando de su padre. Su familia paterna procedía de Lituania, y la materna, de Rusia, hacía unos cien años. Según reconoció con cara apenada, era judío de pura cepa. Sus antepasados de ambas partes se asentaron en el East End y pasaron años trabajando en fábricas textiles. Luego el padre de Micky había conseguido un puesto de recepcionista en el banco y fue el primero de la familia en pasar a ser oficinista, en comprarse una casa y, un tiempo después, un coche. Se mudaron a Golder's Green. La madre de Micky, menuda y callada, hacía de voluntaria en la sinagoga de la zona. Micky se crio siguiéndola por las casas de ladrillo más aburridas de las zonas residenciales de Londres. Cuando les dijo a sus padres que quería ser músico, a su madre le dio una hernia (de verdad) y su padre lo echó de casa.

—Mi padre quería que fuera médico —explicó Micky—. O abogado. Pero fue él el que me compró el primer piano, el que me llevaba a los conciertos.

Micky se echó a reír con una carcajada ronca y, al captar la mirada de Jean, sonrió.

Su padre era un hombre orgulloso y no se cambió el apellido como habían hecho muchos otros. Cuando Micky sí que lo hizo, su padre lo vio como otra traición. Sin embargo, Mick Caro sonaba mucho mejor que Michael Baruch Wilner. No se avergonzaba, quería que a Jean le quedara muy claro. Nunca negaba su procedencia (porque Caro no sonaba muy británico), pero, si los periodistas sospechaban que era italiano, español o portugués, tampoco los corregía.

—Vale, a ver —dijo Micky, sacando un disco de los estantes que delineaban la pared opuesta—. Un poco de Bach, quizá.

Lo colocó en el tocadiscos y pulsó varios interruptores; no obstante, cuando la aguja rozó aquel círculo negro regaliz, lo único que salió de los altavoces fue una descarga de estática.

Micky frunció los labios de pura frustración y se pasó las manos por el pelo, recogiéndose los espesos rizos hacia arriba. Se agachó detrás del amplificador, con lo que se le subió un poco la camiseta y Jean le vio la oscura hendidura entre las nalgas.

Le siguió explicando, mientras cambiaba los cables de sitio, que al principio había sido un infierno: no tenía dinero ni casa. Dormía en sofás ajenos y una vez hasta en la calle, pero lo importante, lo que quería que Jean recordara siempre, según se giraba con un cable inerte en la mano para gesticular, era que nunca se dio por vencido. Había algo que lo guiaba, que disponía el camino que debía seguir. En muchos sentidos, fue budista antes de serlo de verdad.

Aquello fue en los años cincuenta, cuando el jazz y el blues estaban en pleno apogeo y Micky seguía siendo Michael. Encontró trabajo acompañando a una anciana en los clubs del Soho. Fueron años divertidos, entrando y saliendo de las pistas, con música que resonaba hasta las tantas (una vez hasta conoció a Count Basie), pero luego murió su cantante y él se quedó solo una vez más. Se vino abajo a principios de los sesenta, pero le ocurrió otra desgracia (perdió a alguien, aunque no le dijo a quién) y dejó las drogas duras y empezó a componer su propia música. Influenciada por el jazz, pero también por los temazos que componían chicos a los que les doblaba la edad. No tenía muchas esperanzas, solo quería ganarse la vida.

En un principio componía para los demás, pero nadie quería su música, así que tuvo que recurrir a cantar él mismo. Hasta que una emisora de radio de la zona hizo sonar una de sus canciones y, cuando Dusty Springfield se la versionó, giraron las tornas de pronto. Incluso cuando le empezó a ir bien, sin embargo, a su padre le seguía pareciendo mal. No le hablaba y hasta se negó a recibirlo para la cena del viernes por la noche.

Micky enchufó otro cable y, de pronto, las notas profundas y sonoras de la *Suite para violonchelo solo n.º 1* de Bach, interpretada por André Levy, llenaron la estancia (Jean la conocía porque a Rosa

también le encantaba). El sonido parecía danzar entre las paredes, lanzarse hacia el techo. Micky se quedó plantado en medio de la estancia, con los ojos cerrados. El tigre bajo sus pies y los cuadros psicodélicos de las paredes que parecían selvas. Y Jean lo notó también: las vibraciones que le calaban los huesos, el roce del arco contra la cuerda que le ondeaba por el estómago, el sonido que emitía el instrumento y le reverberaba contra el pecho. Cuando terminó la música, Micky abrió los ojos, quitó la aguja y se acomodó en una de sus butacas de cuero con un cigarro en los labios.

—Algo que he aprendido en esta vida —dijo Micky despacio— es que tu familia no siempre es… tu familia.

Jean ocupaba el sofá del lado opuesto y el cuero se le pegaba a las piernas desnudas. No dijo nada, y el pánico que notaba en el estómago se le transformó en otra sensación.

—Lo que quiero decir es que a veces somos nosotros quienes escogemos la familia que tenemos —siguió él—. No quiero ser como mi padre.

Micky fumaba y Jean permaneció sentado. Hasta que Micky se puso de pie de pronto y se acercó a la pared llena de discos.

—¿Qué escuchamos ahora, chiquillo?

Después de aquella vez, a Jean dejó de darle vergüenza ir a casa de Micky. De hecho, iba casi todas las tardes y se tumbaba en el vientre del tigre mientras Micky se sentaba en el sofá de cuero. Ponían disco tras disco (música clásica, pop y jazz más desconocido, así como géneros más raros que procedían de muy lejos y que Jean no sabía describir) y Micky comentaba la letra de una canción, el estribillo de otra, mientras quedaban cubiertos por aquella crisálida de sonido. A veces era el propio Micky quien tocaba, con el sonido puro de las notas de piano que siempre lo sorprendía después del aluvión abrumador del sistema de alta fidelidad. Para Jean, era como si le presionaran las costillas mientras Micky tarareaba en voz baja.



La primera vez que Micky lo llevó a la escuela, Jean se emocionó mucho. Por el coche en sí, aquel aparato cuadrado y reluciente con

sus asientos suaves y consola digital, como una nave espacial, con un motor que apenas ronroneaba mientras recorrían Londres a gran velocidad, pero también porque estar junto a Micky le alegraba el corazón. El coche podría haber sido cualquier tartana, porque, si estaba a su lado, lo protegía una armadura invisible. Sacó la cabeza por la ventanilla y vio cómo se desplegaba Londres. Calles que le habían parecido enormes y sucias antes de aquel momento pasaron a ser preciosas desde aquella altura, a aquella velocidad.

Cuando llegaron, sin embargo, la armadura desapareció. En lugar de ayudarlo, la presencia de Micky lo empeoró todo. Antes, a Jean lo toleraban o, como mínimo, lo ignoraban sin más. Era demasiado canijo para los deportes, demasiado cortito para las clases y demasiado energúmeno para tener amigos, pero a partir de entonces se convirtió en algo distinto. En algo peligroso. Los chicos lo metían en el armario del equipamiento de educación física y cerraban la puerta con llave, le apretujaban la cara contra la gravilla, le daban en la nuca con una regla. Si bien podría haberle pedido a Micky que lo dejara antes de doblar la esquina para que no los vieran, o haber ido en bus como los demás, eso habría traicionado lo que los dos habían formado juntos.

A aquellas alturas, Jean estaba tan enamoradísimo de Micky que habría hecho cualquier cosa por él. No necesitaba más amigos, porque lo tenía a él. A él, que le había enseñado mucho más de lo que habría podido hacerlo cualquier chico de su edad. A él, que, cuando Jean tenía once años, le mostró las maravillas de la meditación y de Bruce Lee. A él, que, cuando cumplió los doce, le enseñó la magia del hachís y le abrió un agujero en la realidad para coserle algo distinto. Jean habría muerto antes de hablarle de los chicos que le hacían daño; en lugar de ello, se quedaba sentado en el asiento del copiloto, fiel y leal como él solo, consciente de que Micky iba a estar allí por la tarde. De que, a la mañana siguiente, lo iba a llevar al colegio.

Jean también era importante para Micky. ¿Acaso no fue por eso que le compuso una canción? La que de verdad llevó a Mick Caro al estrellato de modo que más adelante, cuando llegaban al instituto, con Jean ya adolescente y demasiado mayor como para que lo

siguiera llevando a clase, ya había todo un grupito de madres y chicas esperándolos.

Micky compuso la canción a altas horas de la noche, justo antes del decimotercer cumpleaños de Jean. Era 1972, tres años después de que Neil Armstrong pisara la Luna, y el mundo entero estaba loco por el espacio exterior. *Starman* de David Bowie, *Supersonic Rocket Ship* de The Kinks, *Dancing in the Moonlight* de King Harvest…, canciones de temática espacial cuyas melodías encajaban con su contenido cósmico: sintetizadores, violines, coros vocales. Y ahí llegó la pequeña ofrenda celestial de Micky: *El chico espacial*. Cantada con el piano como único acompañamiento, mitad balada y mitad canción de cuna, hablaba sobre dos chicos que construían una nave espacial en el jardín, a base de chatarra. Por la noche, cuando uno de los dos no puede dormir, sale a la nave y, por algún milagro de la vida, esta se activa y lo lleva al espacio.

Cuando Jean oyó la canción por primera vez, sentado en el salón de Micky, bajo los últimos haces de luz veraniegos que se desvanecían tras los álamos del jardín, notó como si se desatascara. Como si flotara a través del techo para salir volando, y se acordó de aquella parte en *Operación Dragón* en la que hablan de la gloria celestial. La canción, para él, trataba sobre una transformación, sobre pasar a ser otra cosa, algo mayor que él; hablaba de la nave que habían construido juntos, de las estrellas que los vinculaban. Y el modo en el que la cantaba Micky hizo que se le formara un nudo en la garganta. Mucho después de que hubiera terminado de cantar, Jean aún no era capaz de decir nada. Micky también guardó silencio y a él le dio la sensación de que existían en su propio tramo oscuro de la superficie de la Luna.



Es un recuerdo al que se ha aferrado desde entonces. Si de verdad se ve obligado a volver a Londres, al menos tendrá a Micky ahí. Es por eso que le ha dolido (más que el bocado de Tom) leer la carta esta mañana, en la que le decía en una forma de hablar formal y extraña que se iba a vivir a Hollywood. Los primeros gotones de

lluvia caen al suelo y tiñen de marrón la arcilla amarilla. Jean acelera el ritmo.

Después de castigarlo, David se ablandó y le dijo que, si encontraba un fósil de dinosaurio o algo, se lo podía quedar. Gracias, pero va a ser que no. Jean baja el pico con fuerza. ¿Por qué el único que tiene que «reforzar la mente» es él? ¿Por qué no Tom ni Hugo? ¿Por qué no los manda a ellos a construir una puta carretera o a romper rocas? Calcula mal y le da a la roca en un ángulo torcido; la piedra se resiste y se rebela con una fuerza que tiembla por los brazos de Jean. El trabajo es producto de la fuerza ejercida sobre un cuerpo para desplazarlo, según recuerda de clase de Física.



A Jean le pareció lo más natural del mundo que su relación con Micky se volviera más íntima, como si llevara cierto tiempo caminando bajo una tormenta y por fin hubiera encontrado la tranquilidad, el ojo del huracán.

Fue unas semanas después de que Micky compusiera su canción, cuando le organizó una pequeña fiesta de cumpleaños. Acudieron Rosa y Dinah, Micky y uno de los músicos que tocaban con él. Había pastel de chocolate y ponche de frutas. Como a Jean no le gustaba comer delante de los demás, se limitó a lamer un poco de glaseado. Había una piñata a la que Jean le dio en vano, pues el aire sin fricción le hizo perder el equilibrio. Al final fue Dinah quien la destrozó, tras gritar con una fuerza sorprendente y seguir dándole palazos incluso cuando ya estaba tirada en el suelo. Todos se lo pasaron bien; Rosa, por curioso que fuera, no se puso maleducada y se acabó yendo con una gran porción de tarta. Jean se quedó, supuestamente para ayudar a Micky a recoger, pero, en cuanto cerraron la puerta, se tumbó en el sofá a sabiendas de que iban a ponerse a fumar.

En lugar del porro de siempre, sin embargo, Micky le alcanzó un vaso de cristal con un charquito de líquido dorado.

—Feliz cumpleaños —le dijo.

A Jean se le saltaron las lágrimas y tosió casi todo el whisky que

bebió. Micky llevaba unos extraños pantalones de algodón bastante bajos que parecían una prenda a medio camino entre un pijama y una falda. Les había explicado a los asistentes que eran unos bombachos que se había comprado en India. Se le habían bajado un poco y desvelaban la cinta oscura de piel entre la camisa y la ropa interior. Jean se quedó mirando el vaso, dio otro sorbo y se obligó a tragar. Aún le sabía a rayos, pero una calidez le bajó por la garganta y se le extendió por el pecho.

Micky lo observaba desde la isla de la cocina, con una sonrisa.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó.

Jean sonrió y se encogió de hombros.

—Sí que cuesta complacerte —siguió.

Jean se terminó el vaso y notó el aliento como de fuego.

—Es que me canso.

—Ya, yo también —dijo Micky—. La gente es un asco. Los demás, digo.

El whisky lo había hecho sentirse más ligero pero también más denso. Se hundió más en el sofá, aunque con ganas de ponerse a bailar. Era una cálida tarde de principios de verano.

—Tengo una idea —dijo Micky—. Vamos a meditar.

Se quitó la camisa y los pantalones antes de sentarse en el suelo. Jean se quedó asombrado ante la emoción del momento, aunque ya lo había visto así en otras ocasiones, claro. Siempre que meditaban, de hecho (porque Micky decía que era importante estar tan cómodo como fuera posible). Sin embargo, si en aquellos instantes había notado cierto movimiento en el abdomen, lo había pasado por alto. El whisky lo envalentonó y miró bien a Micky.

Era diferente de cerca, comparado con las fotografías de las revistas. Era más bajo, con un cuerpo no tan firme. Lo que más le gustaba a Jean eran los rizos gruesos y oscuros que mucho distaban del pelo plano que tenía él. Y las largas patillas que terminaban de pronto.

—Venga —le pidió Micky.

Jean le hizo caso: se desvistió y se dejó caer sobre el sofá de vinilo, con una sonrisa tonta en la cara.

—Ponte serio.

No obstante, Jean acabó abriendo los ojos tras lo que le parecieron escasos segundos. Aquella vez estaba lo bastante cerca como para ver la textura de la piel de Micky, las pecas que le moteaban el pecho. Tenía algo frágil que le daba ganas de enterrar el rostro en los tres suaves pliegues que se formaban en su vientre. Allí tenía el cabello más claro aún, casi rubio, e iba desapareciendo conforme se acercaba a la cinturilla de su ropa interior. La emoción se revolvía de forma turbia en el estómago de Jean. Quería más whisky, notaba la boca seca. Bajó y bajó la mirada y allí estaba el agujero de la ropa interior de Micky, a través del cual veía más pelo y la piel arrugada de algo. Por instinto, Jean quiso tocarlo. El calor le hizo picar la frente, le llevó gotas de sudor a los ojos y, cuando alzó la vista, vio que Micky también lo miraba.

—Jean —le advirtió.

No era capaz de leerle la expresión de los ojos. ¿También tenía miedo? Veía que le temblaba la mejilla, pero no se movía. Ni tampoco cerraba las piernas.

—Jean —repitió, ya sin tono de advertencia.

Y Jean supo que Micky también quería tocarlo a él.

Solo que no lo hicieron. No, nunca sucedió nada de esa índole entre Micky y Jean. En su lugar, Micky cerró los ojos y él hizo lo mismo. Después de aquello, Micky propuso que fueran a darse una ducha para refrescarse y esto es lo que pasó: los dos, sentados el uno al lado del otro, encorvados sobre el mármol de la bañera, mientras Micky le masajeaba el champú en el pelo, con dedos fuertes que presionaban de forma agradable su cuero cabelludo.

La intimidad que experimentó Jean surgía de algo tácito que no llegó a darse, un deseo que notaba en la entrepierna. Algo que los vinculaba. Porque es lo que decía Micky en su canción, ¿no? Que eran mejores amigos, camaradas, exploradores espaciales que surcaban la galaxia.

Todo eso para decir que sí, que fumaban y bebían y meditaban y se bañaban juntos, pero no llegó a «pasar» nada. Nada que él pudiera señalar y decir «mira, eso fue».

Con lo cual Jean sigue siendo virgen.

Es cierto que estos últimos dos años, desde que está en Compton

Manor, Jean se ha distanciado de él (hasta hace un año que no hablan), pero también es cierto que, ahora que ya no está, Jean se da cuenta de lo mucho que significó para él. Micky fue un consuelo que Jean creía que siempre iba a estar con él. La canción, cada vez que suena, es una promesa.

Jean aferra el pico con más fuerza y lo baja a gran velocidad para, esta vez sí, partir la piedra. La lluvia se le desliza por el rostro; deja el pico a un lado y se agacha. Y ahí mismo, donde se ha partido la roca, aparece el cuerpo expuesto y retorcido de un gusano. Grueso y rosa, meneándose de un lado a otro.

Micky ya se ha ido. Y Tom (Jean parte el gusano por la mitad) ya no es su amigo.



Cuando empieza a diluviar y la lluvia forma charcos marrón oscuro junto a sus pies, le pega el pelo a la cara y le cae gélida por la espalda, Jean se dirige a la granja.

Desde que se peleó con Tom, ha vuelto con los cerdos. Los saluda y se disculpa por no haber ido desde hace tanto tiempo. Salomé, Isabel II y Muhammad Ali se arrebujan bajo su cobijo, indiferentes como ellos solos. Escogieron esos nombres por votación popular cuando los llevaron a la granja, aunque Jean no sabe muy bien quién votó por Salomé, más allá de David. Se acuerda de cuando pescaron a Mo montando a Sally y David gritó «¡Sexo en la cochiquera!», a lo que los chicos se rieron y, mirando a Hugo, dijeron que no era la primera vez que pasaba. Los tienen por todo lo que comen: restos del jardín, de comida y, cuando se les rompe el cortacésped, hierba. Hasta el día en que dejan de tenerlos, claro. Son cerdos Tamworth, de color marrón claro y orejas atentas e inteligentes. Bueno, suelen ser de color marrón claro, porque ahora mismo están cubiertos por una espesa capa de excrementos más oscuros.

—Vale, chicos —dice Jean—. ¿Qué os contáis?

Lizzie y Sally gruñen. Mo se desvía por ahí.

—Perdonad —se corrige—, quería decir «señoritas».

Piensa si debería lavar a los cerdos primero, pero eso dejará empapada la pocilga entera y no quiere tener que limpiar mierda líquida después. Se dispone a llenar el comedero y los observa menear el trasero sucio para hacerse sitio. Los cerdos tienen cierta reputación; hay quienes dicen que siempre están sucios porque son tontos, cuando en realidad sucede todo lo contrario. Los cerdos, como cualquier otro animal, atraen a las moscas. Sin embargo, a diferencia de otros, no tienen colas capaces de ahuyentarlas. Acaban cubriéndose de cualquier sustancia fresca que tengan cerca, ya sea barro o excrementos. Jean se siente culpable por haberlos abandonado para dedicarse a las gallinas.

La lluvia rebota contra el tejado de hojalata y crea una cacofonía. Aparta a golpes sus pensamientos sobre Micky y le permite centrarse en llenar la carretilla de excrementos con la pala; despeja el espacio en el suelo al tiempo que se despeja la mente. Así vuelve a tener sitio para que las ideas se le vayan por las ramas. Hoy dirían que «caen chuzos de punta». Cuando era pequeño quería saber de dónde salía la frase; miraba la lluvia caer y se ponía a pensar qué era un chuzo, si de verdad la lluvia era puntiaguda. Deposita el contenido de la carretilla en el compost que se usará para el huerto de la cocina, el jardín decorativo y los parterres. Fuera, la lluvia no cae con tanta fuerza como indica el ruido.

Años después, en clase de Charles Burrows, se enteró de que un chuzo era un arma con un pincho de hierro en la punta, algo que bien podrían emplear los antiguos serenos, por ejemplo.

Jean llena otra carga de abono. Cuando empezó a ocuparse de la granja la peste le daba arcadas, pero ahora ya se ha acostumbrado.

Por tanto, al decir que caen chuzos de punta uno no se refiere a lo que contiene la lluvia en sí, sino al efecto que causa, que la lluvia se vuelve algo duro y violento.

Le parece curioso lo mucho que puede cambiar el significado de algo. Así es como habla la gente, que dice una cosa y piensa lo contrario. A él casi siempre le cuesta entender a los demás.

Como cuando Micky le dice que siempre estará con él pero se muda a Estados Unidos. Como cuando David le dice que se preocupa por él pero lo hace partir rocas. Como cuando Rosa le dice

que lo quiere pero lo hace llorando. Como cuando Tom lo tilda de hijo bastardo.

Por mucho que haya intentado mantener a Rosa en secreto, sabe que sus compañeros están enterados. Cuando estaban junto al lago y Tom se puso a quejarse de su padre otra vez, Jean le dijo que también detestaba al suyo.

—No odio a mi padre —dijo Tom con total claridad, mirándolo con cara rara.

Jean se ruborizó y explicó que él tampoco, que cómo iba a odiarlo de verdad si ni siquiera lo conocía.

Y Tom lo miró con cara más rara aún, con las cejas arqueadas y una mueca de desdén que le tiraba del labio superior. Para esconder la vergüenza, le habló de Micky. Del Aston Martin, el *home cinema* y la marihuana especial que se traía de México. A Tom se le iluminó la mirada (él también era fanático de Mick Caro, porque ¿quién no lo era?), de modo que Jean le prometió que podían ir a dar una vuelta juntos cuando fuera a verlo. Una promesa que ya no puede cumplir.

Va a por la manguera y limpia la pocilga. Riachuelos de color marrón oscuro que se van desvaneciendo hasta desvelar el duro hormigón gris que escondían.

Ahora Tom creerá que no solo es un hijo bastardo, sino un mentiroso de aúpa también.

Jean apunta con la manguera a los cerdos, que se juntan e intentan evitar el frío chorro. Los excrementos se suavizan bajo la presión del agua y se les derraman por la piel como si de sangre se tratara. Los cerdos gruñen y gimotean. Tom odiará a Jean más aún, y este odia a Micky por ello. El agua cae por la piel de los cerdos. Jean también se odia a sí mismo; debajo de la sensación de haber quedado abandonado se halla el saber que todo es culpa suya, por muchas náuseas que ello le provoque.

Fue hace casi un año: Jean acababa de volver de vacaciones en Provenza con Rosa y estaba a punto de irse a Compton Manor. Tenía dieciséis años y estaba en la cocina de Micky, donde bebían y fumaban. Micky le comentó que estaba más callado de lo normal, y Jean soltó un resoplido burlón. En aquel momento no sabía de dónde le venía la furia, pero, cuando Micky se le acercó, cuando le

acarició el rostro y le dijo «¿Qué te pasa, chiquillo?», Jean apartó la barbilla de golpe. Un rato después, cuando Micky le pasó un brazo por los hombros y le propuso que fueran a ducharse, Jean lo apartó y le dio un golpe en la cara con el dorso de la mano. Micky se quedó petrificado y el miedo y el dolor que mostraba en los ojos se tornaron algo distinto al oír lo que le respondió Jean: «No me toques, maricón».

Dirige el chorro de agua hacia los cerdos y los va empujando contra la pared. Los gritos de los animales suenan a mayor volumen por culpa del pánico, pero no pueden escapar de la fuerza del agua. El trabajo es producto de la fuerza ejercida sobre un cuerpo para desplazarlo.

No volvió a ver a Micky antes de regresar al internado y, cuando volvió a casa por vacaciones, Micky estaba en Europa o en América. Era la primera vez que llamaba «maricón» a alguien y se sorprendió de haberle dado un guantazo a Micky; en aquel entonces, Jean enterró el encuentro en lo más hondo de la mente y se imaginó que todo se iba a solucionar por sí solo. No era para tanto.

Mantiene la posición y obliga a los cerdos a retroceder y amontonarse. Dirige el agua hacia ellos para limpiarles los excrementos de las patas, las pezuñas y el vientre. Gritan y Jean sabe que están asustados. Como él, porque, en la carta, Micky no le ha dicho cuándo tenía pensado volver. Ni tampoco, a diferencia de las muchas veces que se lo había prometido, lo invitaba a irse con él de viaje. No sabe por qué se ha enfadado tanto con Micky; ahora le da vergüenza haberle pegado.

La piel de los cerdos reluce, pero Jean sigue dándoles con el chorro. No se detiene cuando se ponen más frenéticos, sino que pasa a apuntarles a la cara, sin darles tiempo para recuperarse. Con un giro de muñeca, le da a Sally en un ojo. Cuando grita, casi suena humano.

Ya es la hora de comer para cuando vuelve al internado y se cruza con Theo, Percy y Tom. Nada más llegar a Compton Manor, creyó

que iba a hacerse amigo de Theo, porque los dos eran urbanitas, nada acostumbrados a aquellas tonterías rurales, y, cuando Jean se acercó a él, el único chico de raza mixta que había allí, tumbado sobre la hierba y fumando bajo el sol, se imaginó que serían iguales.

Seguramente fue por eso que Jean le preguntó con toda la confianza del mundo si quería fumar algo más fuerte, y, cuando el otro chico se tensó, Jean no se percató de ello. Si lo hubiera sabido ver, no se habría puesto a hablar del nuevo disco de Gregory Isaacs, de la zona de Westbourne Grove o de que se moría de ganas de salir de aquel estercolero. Theo, con la voz fría y tensa, le dijo que no quería nada, gracias, y se marchó.

Después de aquello, Theo no volvió a hablar con él, al menos de forma directa, y Jean dejó de intentar hacer amigos. También estaba Samuel, claro, pero nunca lo contaba como amigo de verdad (y también es verdad que Samuel hizo las mismas suposiciones erróneas en cuanto a él), y luego Tom. Pensándolo ahora, ¿sería Theo el que le dijo a Tom que Jean tenía maría? Theo se queda cerca de Hugo y es el que más se ríe con sus payasadas.

Percy es delgado, con cabello oscuro y tez olivácea, habla poco y no es capaz de mirar a nadie a los ojos. Al igual que ocurre con muchos otros alumnos, es dado a los arrebatos violentos, aunque en su caso dirige dicha violencia hacia sí mismo. Tiene cicatrices en los brazos. Es de esos chicos con los que se meterían los que son como Hugo y Theo, solo que en este caso Theo conocía a Percy de antes, por lo que está protegido.

Theo se tapa la nariz y Percy desvía la mirada al suelo.

—Joder, macho —dice Theo—. Sabes que no tienes que follarte a los cerdos de verdad, ¿no?

Percy se echa a reír; una carcajada entrecortada.

El moretón que tiene Tom en el ojo ya es de color morado oscuro y sigue con el labio hinchado, como el botón cerrado de una flor. Se queda mirando a Jean sin decir nada.

La puerta de Charles Burrows está entreabierta y Jean llega a oír la voz del profesor y la de Hugo, inconfundibles. La de Charles suena a gran volumen y la de Hugo, insistente, pero Jean no entiende qué dicen. Entonces Hugo sale con fuerza del despacho y, al ver a Jean,

le cambia la expresión; cuando se abre paso por su lado, le dice que si tiene monos en la cara. Sin embargo, antes de eso, Jean ha captado algo. ¿Qué era? ¿Felicidad? ¿Emoción, tal vez? Cuando pasa por delante de la puerta de Charles, mira a través y ve al profesor de pie junto a la ventana, con la mirada perdida por los terrenos.

CAPÍTULO SEIS

A los alumnos se les permite celebrar una fiesta por trimestre y, aunque queda poco para los exámenes, es lo que toca hoy. Es el solsticio de verano, la época favorita de David.

Los rituales previos a la fiesta comenzaron anoche, cuando David llevó a los alumnos al estanque, donde saltaron uno detrás del otro. Era San Juan, como se conoce en el calendario cristiano, y, según David, también marca el nacimiento de Juan el Bautista. Al meterse en el agua, los chicos representaban el bautismo de los difuntos niños paganos. Jean sabía todo eso porque estaba prestando atención mientras David lo explicaba, pero la mayoría de los estudiantes solo estaban animados porque hacía calor y les iba bien la excusa para mojarse.

Cuando le llegó el turno, Jean dudó. No es que sea muy religioso (nunca ha celebrado las fiestas judías y, por encima de todo, no está circuncidado), pero no le parecía correcto participar en un bautismo falso. David estaba en la orilla, recitando un pasaje de la Sagrada Escritura en voz monótona. Era una cálida tarde de junio, con el sol aún cayendo sobre las montañas, y los mosquitos hacían vibrar el aire. Los demás se pusieron impacientes y un tenue cacareo que comenzó a sonar detrás de Jean se tornó un gallinero entero. Era consciente de que todos lo miraban y de que lo único que llevaba era el bañador.

Dio unos pasos atrás, hasta llegar a los chicos que lo llamaban «cobarde», y pasó el peso a la punta de los dedos (mientras el ruido a su alrededor cambiaba de sonidos de gallinas a gritos) y dio tres largas zancadas por el pontón para lanzarse hacia delante. Alzó los brazos, juntó las piernas y surcó el aire en una trayectoria curva hasta atravesar la superficie del agua con un leve salpicón. Salió rodeado de vítores. Jean detestaba las piscinas, pero las vacaciones que había pasado en lagos franceses le habían enseñado lo divertido que era nadar. Se le daba bien zambullirse y notaba el placer y la sorpresa de los demás.

Captó la mirada de Tom. Y el moretón que tenía, como una mancha de tinta.

Hacía diez días que se habían peleado, una semana desde su castigo de partir piedras. Ha pasado ese periodo construyéndose un campo de fuerza a su alrededor; las pocas veces que se ha cruzado con Tom en el comedor o en clase y han cruzado la mirada por casualidad, notó que Tom veía a través de él, por lo que Jean también había mantenido el rostro inexpresivo.

Hasta que Tom le sonrió al verlo en el agua.



Ahora que ya están «purificados», van a dedicar el día a preparar la fiesta de la noche. Habrá un festín, una hoguera y música. Y chicas también: es una de las pocas veces en las que se permite que vayan chicas al internado y la tensión se palpa en el ambiente. Los chicos deambulan por los terrenos. Han cancelado las clases y dividido a los alumnos; a Jean le ha tocado el equipo de la madera y recoge ramas y corta leña para la hoguera. Ha sido un día gris hasta el momento, pero, conforme coloca los leños en un patrón hexagonal, sale el sol para iluminar la estructura y hacer que parezca que ya le han prendido fuego.

Recuerda haber visto a los alumnos mayores saltar por encima de la hoguera en otras fiestas del solsticio. Recuerda las expectativas del antes, la incredulidad del durante, la emoción del después. Más adelante, mucho más, cuando las llamas ya solo eran ascuas y el cielo estaba oscuro de verdad, los más jóvenes saltaban por encima del intento de hoguera para demostrar que también eran capaces. Y claro que lo eran; el problema es que no es lo mismo hacerlo con el internado entero mirándote. Este año, como ya es uno de los mayores, Jean formará parte de la ceremonia.



David les explica que hay muchas formas de celebrar el solsticio. En Egipto hace miles de años que veneran al dios del sol, Ra, y Charles pone música de Sun Ra durante todo el día mientras termina de

preparar los tocados que se pondrán. Cuando Jean pasa por delante de él, lo ve con los ojos cerrados, meciéndose al ritmo de la música, rodeado de lana, plumas, hojas y un par de cuernos de ternero. Sus conejos parpadean desde debajo de la mesa, con ojos que parecen hechos de carbón.

Anoche, después de nadar, la cocinera repartió chocolate caliente en la sala común.

—¿Sabéis que en Italia el solsticio es un día muy importante para las mujeres jóvenes que aún no se han casado? —les explicó David. Bebió de su taza y se manchó el labio superior de color marrón claro —. Dejan un vaso de agua con una clara de huevo dentro y, por la mañana, la forma del albumen les predice el destino. Una vela de barco les promete casarse con un marinero rico; una hoz, que serán granjeras, y un ataúd, que morirán.

—¿Sabíais también…? —empezó Charles después de que David ya se hubiera ido a la cama—. ¿Sabíais que en Italia toman esta fantástica bebida?

Fue pasando la petaca, primero a Hugo y luego a los demás: Tom, Jean, Percy, Samuel, Colin y Theo. Si bien no era ni de lejos la primera vez que bebía, Jean tosió por aquel sabor amargo y como a medicina.

—Se recogen las nueces en noviembre, cuando aún no están maduras —explicó Charles—. Y luego se prepara el *nocino* durante ocho meses.

Los demás, para el gran alivio de Jean, también tosieron.

—Los nogales son muy poderosos —siguió el profesor—. Dicen que es donde las brujas hacen sacrificios. Y vosotros estáis a punto de haceros hombres, que os marcharéis después del verano. Brindemos por ello.

Se fueron pasando la petaca, con ese líquido que les ardía en la garganta. Tom tenía la cara sonrosada; llevaba su bañador corto y una camisa vieja desabrochada hasta el vientre, a rayas blancas y rosas, como un bastón de caramelo.

David les cuenta que en la antigüedad se creía que el tiempo se detenía, que el Sol dejaba de moverse y la Tierra se daba media vuelta durante el solsticio. A Jean le gusta la idea, aunque no tiene lógica: el tiempo se detiene a menudo, no solo un día al año. A veces transcurren horas enteras a una velocidad vertiginosa sin que Jean se mueva. David también les cuenta que el límite entre nuestro mundo y el mágico se vuelve poroso, por lo que las hadas y los duendes pueden traspasarlo con sus movimientos danzarines. El problema es que eso también permite el paso a los espíritus malignos, y se les debe expulsar mediante canciones y bailes. Y eso también es absurdo: el límite entre este mundo y el otro siempre ha sido muy fino. Si no, ¿cómo es posible que Jean se comunique con Bruce Lee? ¿Cómo podría leer las señales que lo rodean? Aun así, sí que está dispuesto a aceptar que esta noche tendrán un mayor acceso a la magia, que dicha magia será más potente. Charles les habla de la celebración del Midsummer, que es parecida pero no igual a la Noche de San Juan, y de *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare. Hombres que se transforman en bestias, la luna convertida en ladrillo; se vuelven locos y se enamoran unos de otros; las hadas no son amables, sino rencorosas.

David les explica que, en la filosofía china, se considera que el día está cargado de energía *yang* (el sol, el calor, la masculinidad, el caos, la inserción, la ladera sur de una montaña, la ribera norte de un río), de modo que se centran en generar más energía *yin* (la luna, el frío, la feminidad, el orden, la tierra, la absorción, la ladera norte de una montaña, la ribera sur de un río). David lleva un vestido, un atuendo rojo de los años cincuenta, y barra de labios. Otros chicos rebuscan en la caja de disfraces del director hasta que Tom, Hugo, Theo y Percy se pasean con faldas y blusas, aunque su confiada energía *yang* sigue quedando de manifiesto de todos modos. Si bien Jean opta por no hacerlo, ya ha meditado por la mañana, con lo que se ha ayudado a restaurar el equilibrio interior.



Un chico, a pecho descubierto, con plumas en el pelo y una cola

bermellón hinchándose tras él, grita y corre ladera abajo, perseguido por otros tres, con el rostro pintado de amarillo, verde y morado.

Otros salen del agujero en el que irá la piscina, desnudos y cubiertos de barro.

Charles está sentado en el alféizar de la ventana, fumando, y sus gafas de sol efecto espejo relucen bajo la luz.

David encabeza una fila que danza por el campo, dándoles a los tambores y cantando.

Un chico en una silla de ruedas adornada con flores y hierba baja a toda velocidad por la ladera, entre gritos teñidos por el terror.

Gordon está en el borde del bosque con otros tres, descalzos y con los pies metidos en la tierra y los brazos estirados, para hacer de árboles.

David, con el maquillaje corrido por el sudor, se queda junto a la caliente hoguera sobre la que gira el cuerpo de Mo, con esa carne rojo oscuro que gotea grasa.

La hoguera que ha terminado de montar Jean está detrás del internado, en lo alto de la colina. Desde abajo, oye a otros alumnos practicando (la percusión de los tambores, el rasguido de una guitarra) y huele la carne humeante. Ve por las montañas hasta Furlwood Ridge; le encanta el paisaje: los movimientos ascendentes y descendentes del terreno, las montañas verdes que parecen sacadas del dibujo de un niño pequeño, moteadas por arbustos, por huellas amarillas y tramos más oscuros que indican dónde están los bosques. A lo lejos, el mar parece flotar como un espejismo, un tramo de color más claro que se entremezcla con el firmamento para unir cielo y tierra. Jean se estira, anquilosado por llevar tanto rato agachado. Los dos alumnos más jóvenes que lo han estado ayudando ya se han marchado. Ojalá fuera así siempre: un día sin puesta de sol. Sin embargo, sabe que, por mucho que tarde en llegar, la oscuridad siempre estará ahí.

Primero comen.

El comedor está decorado con ramas de sauce que cuelgan de un modo un tanto transgresor sobre los austeros cuadros. Han juntado las mesas para formar una escena de banquete y alguien ha desenterrado unos manteles de donde estuvieran, con un encaje blanco que ya se ha tornado amarillento por el paso del tiempo. Unos tramos de luz anaranjada salen de gruesas velas que van goteando cera por la superficie. Hay bandejas plateadas con bollitos y, en lugar de la cubertería mezclada de siempre, han sacado la de plata, así como la vajilla de verdad. Las ventanas parecen más iluminadas que nunca, como si alguien las hubiera limpiado, y cada rombo es de un color azul oscuro.

Cuando traen el cerdo asado, todos contienen la respiración. Lo colocan entero en una bandeja de plata, rodeado por frutas y verduras similares al sol (limones, naranjas, melocotones, albaricoques, calabazas, maíz y tomates) y se necesitan ocho chicos para transportarlo. Lo muestran con orgullo, caminando tiesos junto a la mesa, sonrojados por el esfuerzo y la responsabilidad. Hace no muchos años, habrían sacrificado al cerdo en el patio; lo habrían degollado para drenarle la sangre y le habrían lavado los intestinos para usarlos como piel para las salchichas. Ahora, sin embargo, debido a «tecnicismos jurídicos aburridos» (palabras textuales de David), se ven obligados a sacrificar al animal fuera de los terrenos del internado. Hoy se van a sentar según han planificado los profesores y Jean ocupa la mesa principal, junto con los otros alumnos mayores. Tal como les explica David, la velada no es solo para celebrar el sol, sino el proceso en el que los chicos se convierten en hombres.

—Dentro de muy poco, los compañeros que veis en esta mesa nos dejarán para adueñarse del mundo. Guiémoslos con sabiduría.

Se oye el griterío por el comedor. Charles se sirve *nocino* en la copa y le echa también a Hugo.

—Nuestra familia cambiará —sigue el director—, pero ¡seremos hermanos de Compton hasta el final!

Alza la copa y los demás se ponen de pie para celebrar.

—«El que ama a su hermano permanece en la luz y en él no hay

tropiezo. Mas el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y es entre ellas donde camina. No sabe a dónde va porque las tinieblas lo ciegan». Hoy, queridos alumnos, ¡ayudémoslos a salir de las tinieblas para guiarlos hacia la luz!

El cerdo está bien: jugoso y tierno, cargado de una fragancia ahumada y a ajo. Los alumnos comen con las manos y les cae grasa por la barbilla. Tom ocupa el lado opuesto de la mesa, tres asientos a la izquierda de Jean, y tiene la boca reluciente y llena de trocitos de carne. Cuando David se levanta para hacer su ronda, Charles se inclina para servir *nocino* en la copa de los alumnos.

—*Salut!* —dice.

—*Santé!* —añade Colin.

—*Nostrovia!* —dice Tom, y a Jean le da un vuelco el corazón. ¿Lo habrá dicho en ruso por él?

—*L'chaim!* —brama Samuel en yidis, y Jean se ruboriza y evita las sonrisitas de los demás según alza la copa.

Luego llega el paseo a ciegas.

Charles vuelve con los siete tocados. A Samuel le da uno de sauce, adornado con rosas y hiedra. Colin y Theo llevan coronas de cerezo, decoradas con vainas de maíz y tallos de trigo. El de Percy es bastante sencillo: una cinta con tres plumas negras, al igual que el de Tom, aunque el de este tiene plumas blancas. El de Jean, por su parte, tiene plumas, flores y fruta. Hugo es quien recibe los cuernos de carnero. También se les otorga una runa: una tira de cuero con una piedrecita plana en la que han grabado un extraño símbolo. Charles explica el significado de cada uno con una voz cargada por la bebida. La mayoría han recibido el símbolo *Sowilo*, que significa «sol», una época de júbilo y abundancia, de éxito y prosperidad. Hugo besa su runa y se pone de pie ante los vítores del comedor. Tom ha recibido *Raidho*, que significa «rueda» o «viaje». A Jean le ha tocado *Perthro*, que, según dice Charles con una pausa dramática, quiere decir «destino».

David encabeza la fila de alumnos, con los siete mayores al frente,

para salir del comedor mientras entona «la tierra es mi cuerpo, el agua es mi sangre, el aire es mi aliento y el fuego es mi espíritu», cántico que se va extendiendo por la fila. Nota la palma sudorosa de Samuel en la mano derecha, y la seca de Colin en la izquierda. La procesión se desplaza por el pasillo hasta llegar al vestíbulo, cruzar las enormes puertas de madera y salir a las escaleras de piedra y a los parterres para atravesar el campo, pasar por delante del estanque y llegar al prado. Allí les vendan los ojos a los siete y los dejan a solas de repente. La canción se va alejando con cada paso amortiguado que dan los demás.

Entonces suena el tambor: estruendoso, lejano. Jean da un ligero paso en la dirección del sonido, ladeando la cabeza para oír mejor, con lo que se le tuerce el tocado. Las flores y hojas le tapan las orejas y se desorienta.

¡Le han puesto cardos y todo!

Conforme Jean se tambalea en dirección al tambor, que ha aumentado la frecuencia del repiqueteo, se acerca y aleja de sus hermanos. Avanza gateando, porque es más fácil navegar a ciegas si tiene más partes del cuerpo en el suelo. Por ahí nota la elevación de una madriguera de topo, luego el descenso y, a continuación, un tramo de hierba más grueso. Advierte la presencia de alguien cerca y se aparta, con la esperanza de seguir acercándose al tambor. Al hacerlo, choca con otro compañero y se les enreda el tocado. Alzan la mano al mismo tiempo para sentir las plumas pegadas a otras plumas, para rozarse con los nudillos y entrelazar los dedos según se apartan en silencio. Es el perfume lo que identifica al otro chico para Jean, la dulzura del barro, el olor a carne salada y algo más, aromático como el romero. A eso se refieren con la magia. Entonces se liberan y el aire entre ellos se torna fresco. Tom le roza la mejilla con los dedos, luego el hombro, le encuentra la mano y le da un apretón antes de alejarse.

Después, cuando se quiten las vendas, se reirán de la poca distancia que han tenido que recorrer desde el punto de partida hasta la hoguera. Sin embargo, durante el paseo a ciegas, este se hace infinito. El tambor disminuye tanto de volumen como de frecuencia, con lo que indica que se acerca el final del desafío, y

Jean teme no llegar a tiempo. Solo que sí que lo consigue, al igual que los demás, incluso Samuel (con la ayuda de un par de guías), y emergen parpadeando y sin aliento ante la calidez de la crepitante hoguera y el rostro expectante de los demás alumnos.



Luego llega el salto.

Jean lo hace con carrerilla y se eleva por encima de las llamas con un grito salvaje, extasiado.



Y, por último, la fiesta.

Las chicas los esperan en los bordes del comedor, con unos vestidos de algodón blanco y fino y flores en el cabello, para verlos entrar pavoneándose. Ha pasado cierto tiempo desde la última vez que vio a una chica (la cocinera y la gobernanta no cuentan), y estas, al removerse nerviosas jugando con el pelo, tirándose del borde del vestido, pellizcándose la grasa del vientre e inclinadas con la cadera en pose seductora, lo hacen echar de menos a Kelly.

Una chica se separa de las demás y corre hacia ellos, con el cabello agitándose por detrás y el pecho subiéndole y bajándole por el esfuerzo.

Kelly, con su cresta en punta y el rostro pintado, sin nada más encima que la ropa interior, una camiseta rasgada y un par de botas de punta de acero. Kelly, con una botella llena de una mezcla aberrante que le hace arder la garganta y un par de pastillas que lo marean. Kelly, que lo llevaba por el laberinto que era el transporte urbano de Londres para ir a los lugares más variopintos del mundo (Acton, Bow, London Fields), o a su casa desvencijada, con el papel pintado medio salido y llena de humo y personas. O por un callejón, debajo de unas escaleras, para meterse en cualquier antro. Kelly, bailando y restregando el culo contra la entrepierna de hombres cuyos porros son tan grandes que Jean se coloca solo de verlos. Kelly, que nunca se levanta antes del mediodía. Kelly, que vive a base de alubias cocidas.

La chica que Jean reconoce como Millie rodea a Tom con los brazos y le da un beso en la mejilla.

—¡Eh, eh!

Kelly se reiría de esas chicas con sus vestidos *hippies* y trenzas, en especial de Millie, cuyo cabello rubio oscuro le cubre la cara cuando le susurra algo a Tom. Cuyo vestido se le levanta un poco para revelar unos muslos gruesos y rosados.

Solo que no lo haría, no. La última vez que la vio, Kelly le daba la espalda desnuda, tumbados en la cama de la madre de ella, con las sábanas arrugadas bajo ambos. La noche anterior habían ido a ver a un grupo de ska en Shepherd's Bush, cerca de la casa. Habían fumado hachís y se habían metido un litro de ron entre pecho y espalda; Jean había estado encantado de la vida de hallarse en aquella discoteca subterránea con ella. De aferrarle las caderas mientras bailaba pegada a él. Normalmente se avergonzaba de lo alto, larguirucho y blanco que era, pero Kelly no tenía el mismo problema. Si bien su madre es irlandesa, afirma que su padre es de Trinidad, aunque no lo conoce. Aun así, siempre ha sabido qué hacer en esas discotecas. Aquella noche, la sala estaba tan llena que Jean no tuvo más remedio que pegarse a ella y la falta de espacio no dejaba lugar a la vergüenza. Conforme se frotaba contra él y la sala se iba caldeando más y más, con hombres y mujeres medio desnudos por el calor, Kelly había dejado de ser Kelly. Se había convertido en otra persona; Jean le aferró las caderas con más fuerza y ella se lo acercó.

Sin embargo, lo que fuera que hubiera ocurrido en la pista de baile no llegó hasta el lecho. Tumbada en la cama de su madre, Kelly volvió a ser Kelly, con todas las partes de ella a las que tanto quería y con aquellas a las que no. A la mañana siguiente, ella le preguntó qué tenía de malo y, cuando él no respondió, le dijo que ya no quería que fueran amigos.

Millie apoya la cabeza en el hombro de Tom, quien le rodea la cintura sin mucha fuerza. La adrenalina del día va abandonando a Jean. Se oye un ruido, un gritito que suena humano e inhumano al mismo tiempo, y Salomé, la cerda, seguida de David, el director, entran en el comedor.

—¡No te dejes embaucar! ¡No te dejes seducir!

Jean se queda en la parte de atrás y observa cómo se desarrolla la escena, ve que Millie entierra el rostro en el pecho de Tom, que este la acaricia.

David persigue a la cerda por el comedor durante una, dos y tres vueltas hasta que consigue sacarla por las escaleras delanteras. Después traen la tarta y Jean lo entiende todo. Unos charquitos dulces de mermelada roja se juntan bajo una barbilla de glaseado y unas frutas moradas y rosas están aplastadas en el borde. Se supone que es Juan el Bautista; es una de las bromas cristianas de David que no entiende nadie. También hay unos orbes de gelatina iridiscente en tono amarillo, verde y naranja. Lo hacen pensar en los insectos encerrados en ámbar, en que se supone que hoy se va a detener el tiempo. Ojalá se detuviera conforme Tom aferra mejor la cintura de Millie, conforme Charles Burrows recorre el comedor con vasos para el ponche y David se dirige al escenario para dar la bienvenida a los duendecillos a la noche más mágica del año.

Los Larks suben al escenario para tocar: Tom, Theo y Percy se han quitado los tocados, pero Hugo, el líder del grupo, sigue con sus cuernos. Se ha pintado una raya en la cara a lo David Bowie y encorva el cuerpo, más flexible de lo que parece, hacia el micrófono. Tom toca el bajo; Theo, la guitarra, y Percy, la batería. Los más jóvenes, pequeños y nerviosos, se hacen a un lado, mientras que los mayores se aventuran al centro. Las chicas los observan de reojo, mirándolos sin reconocer su presencia, y ambos grupos se mueven alrededor el uno del otro. Led Zeppelin, Bowie, Cream, The Kinks, Pink Floyd y una versión horrible de *Bohemian Rhapsody*, de Queen. Música que Jean no habría escuchado ni por asomo en Londres. Algo que no ocurriría porque no iba a estar allí. En su lugar, oiría a The Clash, Sex Pistols, Ramones, Ed Banger y Nosebleeds, grupos que le presentó Kelly y que ambos siguen con fervor. Kelly formó su propio grupo, se lo contó aquella noche de la discoteca. Como The Slits pero más punk. ¿Quién será el novio de Kelly ahora?

La música es horrible, pero le gusta cómo Tom, sin camiseta y con su larga falda a cuadros, sostiene el bajo por debajo de la ingle. Tom ha saltado por encima de la hoguera con la falda ondeando a su

alrededor y la mirada fija en un punto por delante de él, como si buscara a alguien entre el público. Tiene la misma mirada ahora que toca el bajo y, con cierta satisfacción, Jean ve que no mira a Millie. Ella sí que lo mira, eso sí.

Entonces se ponen a tocar la canción de Micky, *El chico espacial*, la que habla de Jean, y este sale del comedor.



La chica se llama Sandra, va al instituto de la zona y su prima Millie la ha arrastrado a la fiesta, según le cuenta a Jean mientras se fuman un porro en la parte de atrás. Como le dijo que tenía que ir de blanco, se ha puesto lo único que tenía, el vestido de látex que se señala.

Estuvo en Mánchester cuando los Sex Pistols pasaron de gira y hasta tenía entrada, pero se emborrachó y se lo perdió todo. Sandra habla en voz baja y deprisa, de modo que Jean tiene que acercarse a ella para oírla bien. Pasa la mirada del rostro de él al suelo y respira con bocanadas breves y rápidas. Es más baja y delgada que Kelly, tiene más greñas de la cuenta y el maquillaje no le queda bien debido a la forma de su cara. En el caso de Kelly, por muchos *looks* que haya adoptado a lo largo de la vida, todos ellos siempre han transmitido la sensación de que los consigue sin esfuerzo. Le resulta imposible imaginársela de pequeña, sin maquillar, sin el cigarro o esa sonrisa que puede con todo. Sandra se ajusta el vestido y el tejido le chirría contra la piel.

En el comedor, los Larks ya han terminado de tocar y se han sentado en el escenario para gozar de la atención. David está en un rincón con Charles, con el vestido rojo ya mugriento y la barra de labios menos visible. Charles pasa la mirada por la estancia sin fijarse en nada. Hace mucho calor y los alumnos van saliendo de las sudorosas profundidades del comedor. La tarta es dulcísima, al igual que el ponche. Millie está abrazada a Tom y los dos se mecen al lento ritmo de la música; Hugo rodea con los brazos a una morena y Samuel se aferra al generoso trasero de una chica que le saca más de medio metro. Por su parte, Jean acaba arrastrado a la pista de

baile a manos de Sandra.

Tan fascinado como horrorizado, observa a Tom y a Millie acercarse más aún. Él le baja las manos por la espalda hasta posárselas en el culo y, en lo que giran, Jean nota el bulto en la falda de Tom. Se imagina cómo se sentirá Millie, tan cerca de Tom, rozando ese grosor que le llega a la altura del muslo, la solidez del pecho de él. El látex de Sandra le da calor y lo hace sudar; se imagina que no es el cuerpo de ella el que se le pega, sino el de Tom, que la cálida mano que le rodea la nuca es también la de él. No está seguro de quién da el paso primero, si lo hace para no tener que ver a Tom haciéndolo, si es porque lo ha visto hacerlo a él o solo para acercarse más a Tom, para hacerlo al mismo tiempo; en cualquier caso, Tom le mete la lengua a Millie hasta la garganta y viceversa, y Jean hace lo mismo con Sandra. Se imagina que es Millie mientras besa a Sandra, que ella es Tom.

La luna arroja una luz brillante y clara que tiñe el campo de color azul oscuro y los hace relucir. La sombra de Jean se extiende tras él y ya está a medio camino cuando se da cuenta de que el día ha terminado.

Kelly, según razona para sus adentros, es su hermana. ¿No fue ella la que mandó a la mierda a aquellos chicos del instituto un día, la que le pegó una patada en la entrepierna a uno con sus botas enormes? La que después lo ayudó a lavarse la cara y lo llevó al bar. Durante aquella época horrible entre los trece y los quince años, Kelly cuidó de él, se saltaba clases y le mostraba lo que ella denominaba «la Londres de verdad».

Aquella mañana, cuando le dio la espalda con el cuerpo desnudo y tenso, intentó explicárselo: eran hermanos, no estaba bien. Y supo que estaba llorando porque le notó la voz entrecortada y tensa cuando lo mandó a la mierda.

Sin embargo, Sandra no es su hermana; debería haberse quedado, debería haberla llevado fuera, como ha visto que hacía Hugo. Hugo y Tom. En su lugar, le ha dado la excusa de que tenía que ir al baño

y ha puesto pies en polvorosa.

El trayecto hasta el claro se le hace mucho más largo a oscuras. En un momento dado, le da vueltas a si debería regresar, pero, cuando se da media vuelta, se desorienta de inmediato. El lago reluce como un barniz de los caros a su lado. Si lo sigue hasta el final, debería llegar al claro, y eso hace. Es como una escena en una obra de teatro o en una película, perfectamente iluminada.

Después de haber saltado por encima de la hoguera y pasado por el humo de salvia, de que David los consagrara con agua bendita y Charles los pintara con jugo de granada, los chicos han vuelto a cantar. El ruido de las voces individuales ha crecido hasta formar un único sonido («la tierra es mi cuerpo, el agua es mi sangre, el aire es mi aliento y el fuego es mi espíritu»), de modo que Jean no se oía cantar. David les ha dicho que estaban pasando de una fase a la siguiente, que la fiesta de esta noche era el punto intermedio. Sin embargo, mientras Jean se planta bajo la luz de la luna y recobra el aliento, con ese aire cálido y oscuro que le llena los pulmones, no se siente distinto. Está igual que siempre, igual que cuando estuvo con Kelly, igual que estará siempre. Es por eso que ha huido de Sandra.

Busca una roca plana y coloca el cuerpo en un ángulo paralelo a la suave superficie del agua antes de lanzarla. Se hunde con un *ploc* pesado. Lo intenta otra vez y tampoco le sale bien. Sin embargo, en el quinto intento, la piedra rebota un par de veces. Para el vigésimo, ya sabe hacerlas bailar.

¿Es el ruido de los guijarros (al recogerlos y lanzarlos) o el recuerdo de lo que le ha susurrado Sandra lo que lo distrae? En cualquier caso, no nota que Tom se le acerca hasta que se mueven las plantas que tiene al lado y ve que está ahí plantado. Parpadea sin decir nada, a la espera de que sea Tom el que abra la boca, de que Millie aparezca por detrás de él, pero ni dice nada ni la otra aparece, de modo que al final es él el que rompe el silencio.

—¿Dónde está Millie?

—Las chicas se han ido; David las ha pescado bebiendo.

Jean lanza una piedra. Se hunde.

—Tienes que hacerlo con un giro de muñeca, así.

Jean recoge otra piedra.

—No, esa no. Toma, esta es mejor.

La sopesa y pasa el pulgar por la superficie rugosa. *Es como piel*, piensa, y, cuando hace el giro de muñeca, se corrige. *Como un cuchillo.*

—Eso está mejor.

¿Por qué ha ido Tom? ¿Lo ha seguido o es que sabía que iba a estar ahí? Todo está a oscuras y no le ve bien la cara.

Tom se deja caer sobre la hierba.

—¿Has…?

No es lo que se imaginaba. Ese reencuentro. Pensaba que se iban a pelear o a pedir perdón y tiene el cuerpo preparado para ello, pero a Tom lo nota tranquilo, compuesto, acomodado sobre los codos y con la vista fija en el lago. Jean abre su cajita. Tom siempre está tranquilo y compuesto, paseando por el internado como si fuera el dueño, dándole palmadas en la espalda, el brazo o el hombro, como si no significara nada para él porque, según se da cuenta Jean, de verdad no significa nada.

Y por eso le resulta tan fácil volver a una conversación normal, ponerse a charlar sobre los sucesos de la velada. El límite entre la realidad y la magia, el amor y el odio y el *yin* y el *yang* es fino, pero solo si a uno le importa. Solo si, como es el caso de Jean, uno se deja llevar por un deseo tan potente que no lo deja ni dormir. Sin embargo, si se es como Tom, que va por la vida sin inmutarse, esos conceptos binarios no existen. No hay amor ni hay odio; Jean no es el enemigo de Tom, ni tampoco su amante.

Tom sigue con la falda, aunque ahora se ha puesto una camisa. Jean enciende el porro y Tom sigue hablando: sobre la cena, la tarta, la hoguera; sobre que cree que les ha ido bien en el escenario, pero que podrían haberlo hecho mejor, y sobre Charles.

—Estaba borrachísimo, ¿lo has visto?

Después de que Jean se marchara de la fiesta, se ha encontrado a Charles rodando por la hierba, riéndose. Y le ha contado que *Perthro*, el símbolo de la runa de Jean, no significa «destino» en realidad, sino que es un símbolo especial porque los académicos no saben qué significa. Para algunos implica la pérdida de la fe, mientras que para otros significa «nada». Charles hablaba deprisa,

emocionado por lo que le decía, y Jean se ha dado cuenta de que se había metido algo mucho más fuerte que el *nocino*. Se ha alejado de Charles entonces, pero ahora entiende lo que significaba de verdad el absurdo dato curioso que le ha revelado: Jean no es el enemigo de Tom ni tampoco su amante, porque Jean no es nada.

—Debe de ser por el garrafón ese —añade Tom.

En vista de que Jean no contesta, sigue y se pone a hablar de la comida y de las runas y le pregunta si de verdad cree en esas tonterías, aunque no le deja un momento para responder. Jean se regodea en su mal humor y deja que Tom hable porque no está ahí en realidad, solo es una cajita con maría, que es lo que quiere Tom. Y él habla y habla: le cuenta que un año, antes de que llegara Jean, sacrificaron al cerdo en el jardín de delante justo cuando llegaba un periodista de la zona. Que dio media vuelta con el coche sin llegar a bajarse.

—Tendrías que haberle visto la cara; quemó goma para salir pitando de ahí. Luego el consejo quiso cerrar el internado.

Se le pone a hablar de la cerda Salomé y de que ha oído a David preparándola para «el gran día».

—¿Crees que está loco? Mira que ponerse a hablar con un cerdo. Porque no hablaba sin más, sino que le leía la Biblia. Está como una cabra el hombre.

Mientras Tom sigue hablando, algo cambia en Jean. No deja de hablar («¿Crees que Rusia nos lanzará una bomba atómica? ¿Vamos a morir?») porque no es capaz de callarse.

No es como antes: está nervioso.

Jean acepta lo poco que queda de porro y lo sostiene. Tom está nervioso, y a Jean le sale un resoplido al pensarlo.

—¿De qué te ríes?

—De nada.

Tom se queda callado al fin y lanza una piedra al agua.

—Pues lo odio.

—¿El qué?

—Que se rían de mí.

—No me reía de ti.

—Cuando era pequeño —dice Tom con prisa, como si confesara

algo—, mi padre nos obligaba a George y a mí a hacer carreras. Solo que mi hermano es mayor que yo y yo además tenía mis ataques, así que… Total, que se reía cuando me veía perder.

—¿Cuándo me he reído de ti?

Tom se queja y se echa atrás.

—Cuando Hugo me dijo aquello el otro día —dice a toda prisa, cubriéndose la cara para hablar entre los dedos.

Al darse cuenta de a qué se refiere, a que Hugo lo tildara de virgen, casi se echa a reír otra vez. Se coloca el porro entre dos dedos y da otra calada.

—No tienes por qué preocuparte.

El ambiente entre los dos se espesa. Jean es incapaz de inhalar y el humo le va saliendo en alientos entrecortados.

—Sandra te estaba buscando.

—Pues que siga buscando.

Tom suelta un silbidito.

—Tienes un corazón de hielo, rubito.

Un corazón que le da un vuelco, más bien.

—¿Tienes algo mejor esperándote en Londres o qué?

Jean se sonroja y da gracias de que estén a oscuras.

—¿Y Millie qué? —quiere saber Jean.

—La tenía suplicando, eso sí.

—¿Qué problema hay entonces?

Sentados el uno al lado del otro, de cara al lago, casi se rozan con la rodilla. Cuando Tom le quita lo que queda de porro, se tocan con los dedos; no, de hecho, Tom le entrelaza los dedos, con lo que la punta ardiente del porro roza la palma de Jean, quien suelta un grito ahogado por ese dolor repentino y abrasador.

—Ningún problema —dice Tom, echándole la mano hacia atrás y girando, de modo que Jean se vea obligado a seguir el movimiento hasta quedar tumbado.

Jean tiene la boca seca, pero la de Tom es cálida, hirviente, como la de Sandra, pero también como la de Millie. *Estoy besando a Millie*, piensa Jean, y permite que lo empuje contra el suelo.

El punto intermedio que es esa noche se extiende entre ellos y Jean deja que Tom le lleve la mano hacia donde nota, a través de

los pliegues de la falda, que se le ha puesto dura. Deja que Tom le quite la ropa; la camisa, los zapatos, los pantalones cortos y la ropa interior, cada prenda retirada con ternura y prisa, como si Jean fuera un nudo que está deshaciendo.

Después de esto, las noches no van a volver a ser tan largas.

Tom se alza sobre él para quitarse la camisa por encima de la cabeza, seguida de la falda, y luego se coloca sobre él, con una rodilla a cada lado de la cara. Jean se la mete en la boca; la saliva se le desliza por los labios y la barbilla. Tom tiene un sabor amargo y salado y, cuando Jean mueve la cabeza, le llega el olor. Hace que le den arcadas, pero no se detiene. Se mueve más deprisa.

—Joder —dice Tom, y se retuerce de modo que él también pueda devolverle el favor.

Jean se mueve de forma involuntaria; todo eso es nuevo para él. La sensación de placer recíproco que le irradia desde el centro del cuerpo, a través de las piernas. Guarda silencio; no gime ni jadea ni gruñe, aunque no sabe si debería; está sorprendido y nervioso por si lo está haciendo, o recibiendo, mal. Copia a Tom, le imita los movimientos, la forma en la que usa la mano, y siguen moviéndose así, uno encima y el otro debajo. Relucen bajo la luz de la luna, dos chicos sumidos en la oscuridad. La mente se le queda en blanco y le supera el placer cálido y húmedo que es la boca de Tom, hasta que una sola frase le queda en los pensamientos: *No soy nada. No soy nada.*

CAPÍTULO SIETE

No hay nadie en todo el internado que no se haya enterado; es lo más gordo que ha sucedido desde que aquel alumno intentó suicidarse hace dos años. Las miradas pasan de un lado a otro, con la siniestra sonrisa propia de los escándalos detrás de cada una. Jean mantiene la cabeza gacha y evita todo contacto visual, pero le siguen llegando los comentarios, como una maldición que pasa de boca a oreja. Jean lo oye de parte de Samuel, a quien se lo contó Hugo, quien lo sabe porque se lo

dijo el propio Tom.

El hermano de Tom, George, estaba volviendo de una noche en la ciudad con su descapotable MG cuando le derrapó, se salió de la carretera, el coche dio una vuelta de campana. Y murió.

Es el día después del solsticio y los chicos están en el aula de Charles. El profesor, con las gafas puestas y un conejo en el regazo, se mantiene completamente inmóvil. A su alrededor, los restos de los preparativos de la fiesta: lana, cordeles, hojas, ramas, pegamento, pintura y plumas. Jean perdió el tocado en algún momento de la noche y se muere de ganas de saber dónde está, por mucho que se sorprenda. ¿Estará en el comedor o donde más vergüenza le daría, en el claro? ¿El de Tom también estará allí, con las plumas entrelazadas con el suyo y los frutos aplastados?

Ya se han olvidado de la tarea asignada, ¿o es que Charles no les ha pedido que hicieran nada? El asiento de Tom permanece vacío. Colin talla algo en el rodapié que hay junto a la puerta y Theo intenta hacerle un tatuaje casero a Percy. Charles se enciende un cigarro y el conejo menea la nariz. Sale un humo espeso y embriagador que le da náuseas. Nota un dolor apagado y repetitivo en el cerebro, tiene la boca seca y el cuerpo, pesado. Demasiado *nocino*, muy pocas horas de sueño.

Tom volcó el Austin de la gobernanta el año pasado, durante las vacaciones de verano. Es de todos conocido que las vacaciones son mejores en Compton Manor, porque se aplican menos las normas y no hay ninguna clase; lo que sí hay son viajes al pueblo, noches en el bar de la zona, hogueras en el bosque, días junto al mar. El único problema es el transporte, por eso Tom y Hugo habían empezado a usar el coche de la gobernanta. Tom afirma que era Hugo el que conducía y viceversa. Fuera quien fuere surcó el campo a una velocidad endiablada, chocó contra una valla y volcó el vehículo, que aterrizó bocabajo en una zanja. Salieron del accidente con unos pocos rasguños y una leve conmoción; cuando la grúa sacó el coche, estaba prácticamente intacto.

Pero no fue así con George, ¿no?

Jean se imagina los cristales rompiéndose, el metal deformándose,

el coche dándose la vuelta; intenta fijarlo así en la mente, dando vueltas de campana sin cesar, para alejar el inevitable resultado. Si bien no ha llegado a conocerlo, según las descripciones de Tom, se imagina a un hombre de amplia frente y nariz ancha. Con manos enormes que aferran el volante con fuerza e intentan girar, por mucho que esté bocabajo.

Charles deja que el cigarro se consuma sin fumárselo; Hugo, pálido y empapado en sudor, apoya la cabeza en la mesa. El ambiente del aula está húmedo y estancado, lleno del roce y los golpes metódicos de lo que Colin esté tallando.

A Jean nunca se le ha muerto ningún conocido. Sus abuelos sí fallecieron, solo que antes de que él naciera, por lo que siguen siendo unas siluetas sombrías y desconocidas para sus adentros, porque a Rosa no le gusta hablar de ellos. Sabe que ella se subió a un tren a los dieciséis años y que no volvió a verlos. Que tampoco volvió a ver su ciudad natal, Berlín, ni su país. Sabe que a su abuelo lo mandaron a un campo de concentración, aunque no a cuál en concreto, y que su abuela pudo marcharse a Suiza, donde pasó el resto de la vida convaleciente en un spa.

Más datos que conoce: su abuelo era moreno y se ganó una Cruz de Hierro en la Primera Guerra Mundial. Su abuela era rubia y veinticinco años menor que su abuelo. Él nació en Hungría y ella, en Ucrania, aunque ninguno de los dos países existía por aquel entonces. A él le gustaba jugar al ajedrez y escuchar a Wagner; a ella le gustaban las fiestas y romper platos. Rosa lo idolatraba a él y le tenía pavor a ella. Son los retales de información que Rosa le ha ido dando a lo largo de los años, sin pensárselo, como si hablara sola. O lo que es más común aún: se ha enterado de todo ello gracias a Dinah durante las noches en las que Rosa perdía el conocimiento de tanto beber y ella, cuando iba a acostarlo, le contaba historias sobre su pasado. Sin embargo, hay muchísimo que no sabe, como el sonido de la voz de sus abuelos, cómo se movían por una sala, qué humor tenían.

Cuando tenía siete años, le preguntó a Rosa cómo eran. Ella estaba en su estudio, con la mirada fija en el lienzo; llevaba la chaqueta abierta y unas motitas de pintura blanca manchaban el

vestido de algodón negro que tenía debajo. Jean lo volvió a intentar y, una vez más, ella no le hizo ni caso. La tercera vez, dio un fuerte pisotón en el suelo, y qué rápido se levantó ella del taburete para aferrarlo de la muñeca. Cuando se enfadaba, lo más normal era que se pusiera roja y con cara de mal humor, pero aquella vez fue distinto: la tez se le puso de un tono pálido verdoso y, cuando le dijo que estaba ocupada, su voz fue apenas un susurro.

También tiene a otras personas que siguen con vida y que no existen para él, como su padre y su tío. El silencio de Rosa en cuanto a esos hombres es distinto, menos consistente. Perforado por pequeños recuerdos, por el profundo dolor. Su padre los abandonó, pero, hasta donde él sabe, el único error que cometió su tío fue no entender el arte. Era una persona industrial en lugar de estética: dedicó la vida a desarrollar máquinas textiles automáticas, se cambió el apellido para aparentar ser más británico, Rembrandt le parecía deprimente, comía pan blanco, escuchaba a Sinatra y tenía un perrito que no dejaba de ladrar. Rosa listaba todos esos datos como pruebas no solo del mal gusto de su hermano, sino de algo más. De una carencia moral con la que ella no era capaz de lidiar. Como si con todo eso su hermano traicionara su forma de existir. Hablar con él era, por tanto, una suerte de violencia. Cuando Rosa y él eran adolescentes, no se llevaban bien, y ahora que son adultos, ni siquiera se conocen.

Todas esas ausencias carcomen a Jean cual termitas y le dejan túneles a su paso. Casi llega a estar celoso de Tom porque la muerte es, en ciertos sentidos, algo sólido. Las conversaciones, las discusiones, las carcajadas, las birras, los viajes al mar, el viento en un MG descapotable.

Rosa diría que todo eso es absurdo, que después de la muerte no hay nada. Entierran el cuerpo y adiós. Bruce Lee, por su parte, tiene una teoría distinta: los humanos y la naturaleza ya estamos en contacto. Cuando morimos, quizás unos animales se nos comen el cuerpo, pero el espíritu permanece intacto para alimentar a más sistemas vitales. Pasto para gusanos, y volvemos y volvemos y volvemos a volver. Como el coche que gira en la imaginación de Jean.

Una chimenea de ceniza se forma alrededor del cigarro de Charles. Hugo sale corriendo del aula con una mano en el estómago. El coche sigue girando, flotando, suspendido.

Hay quienes dicen que Bruce Lee fue asesinado por unos gánsteres, otros que lo envenenaron y unos pocos creen que murió en pleno acto sexual con su amante. La causa de muerte oficial es edema cerebral. A Jean no le gusta reducirlo al plano físico.

A Charles se le hunde la cabeza hacia el pecho y el cigarro cae al suelo. Jean lo recoge antes de que empiece a apagarse y fuma por la ventana, hacia el ambiente cálido y lleno de estática.

Cuando ha visto a Tom antes, muy pálido y acompañado por David por el pasillo, ha querido decirle que, por absurdo que parezca, la muerte no es el final. Lo único que tiene que hacer es mirar en derredor: los juncos, el lago, los peces, las ranas, las hojas, la hierba. Hay indicios, siempre que uno sepa verlos. Técnicamente, Bruce Lee murió el 20 de julio de 1973. Jean estaba con Kelly en la sexta planta del Biba, donde se montaba el bufé de los Hare Krishna y uno podía comer todo lo que quisiera sin pagar.

Después de comer, Jean fue a mostrarle los flamencos del jardín del tejado.

—¿Cómo han llegado aquí arriba? —quiso saber ella.

Justo entonces, una de aquellas aves tan largas y rosa extendió las alas, de casi un metro cada una, y alzó el vuelo. El cuello que tenía lo hacía parecer más largo, y lo mismo con las finísimas patas que juntaba. Al pasar sobre ellos, la sombra los dejó en penumbra y Jean vio que la parte de debajo de las alas no era rosa, sino negra.

—Tienen las alas recortadas —le explicó Jean—, para que no se vayan volando.

Si aquello no fue una señal de que Bruce seguía con ellos, no sabía qué más podía serlo. Eso era lo que quiso decirle a Tom en el pasillo, pero este lo ha mirado sin verlo y Jean ha cambiado de parecer. Quizá no fuera tan buena idea decirle que su difunto hermano había pasado a ser una rana o vete a saber qué.

—¿Eh? —murmura Charles, incorporándose de pronto.

Desde donde está sentado, en la ventana, Jean ve el brillante círculo rojo en la piel de Percy. Colin sigue tallando el suelo y Charles

mira en derredor, aturdido. Se da unos golpecitos en el pecho y saca otro cigarro para encendérselo.

—Vosotros a lo vuestro.

¿Dónde han quedado las reflexiones poéticas de Charles? Anoche era su amigo, les llenaba la copa y les decía que se estaban haciendo hombres, y ahora que lo necesitan, brilla por su ausencia. Jean no puede hacerlo solo, no puede seguir sosteniendo ese coche, flotando y dando vueltas, para toda la vida.



Cuando se marchan del aula, porque el aburrimiento y el calor se vuelven insoportables, Charles les murmura algo sobre los exámenes. Nadie le hace ni caso. George ha muerto y no puede existir nada menos importante que la poesía ahora mismo. Fuera del aula, se reúnen en torno a Percy para verle el tatuaje. Y allí, en tonos rojo y negro, hay un uróboro.



Ese mismo día David acerca su Land Rover a la granja, con una vaca muerta atada en lo alto. Los mayores son los responsables de descuartizarla y les toca hacerlo una vez al mes. Ahora es el turno de Jean y de Colin. Se planta delante de ese animal decapitado y despellejado que hace no mucho tiempo había estado rumiando como siempre. David está empecinado en que, aunque no puedan sacrificar a los animales en los terrenos del internado, los alumnos conozcan el proceso.

En primer lugar, se llevan a la vaca en cuestión a una cámara donde la aturden, normalmente con gas. Luego la degüellan para que salga la sangre y muera tan deprisa como sea posible.

Después la despellejan en un proceso complicado que precisa de gran destreza. La ponen bocabajo y le retiran las pezuñas delanteras y las patas a la altura de la rodilla, pasando un cuchillo por las articulaciones, mientras que las de atrás las cortan con una sierra. Le abren el vientre en canal con un solo movimiento y lo mismo ocurre con la piel cercana a las patas de atrás. Luego comienza el

difícil proceso de retirar el pellejo. Insertan el cuchillo en el corte del vientre y tiran del pellejo hacia arriba al tiempo que hacen unos tajos planos y rectos con el cuchillo. Luego toca cortar el esternón en dos y, si es una vaca mayor, lo mismo con la pelvis.

—Recordad el trabajo que lleva todo esto —les explicó David—. El pellejo no sale por sí solo, sino que somos nosotros los que lo retiramos con esfuerzo y pericia.

Una bestia enorme y preciosa a manos de hombres absurdos. El pellejo se lo llevan otros hombres que dan comienzo al apestoso proceso que es la curación. Si el animal es macho, se le retira el pene antes de despellejarlo.

A partir de entonces ya pueden colgar al animal muerto, suspendido por las patas traseras gracias a unos ganchos clavados en la pared.

Luego hay que destriparla. El intestino ciego se retira cortando en derredor y tirando de él por la cavidad de la base de la pelvis. Cuando David se lo explicó, Jean se imaginó el nacimiento de un bebé, aunque ahora le viene a la mente el cuerpo destrozado de George. La parte retirada tiene muchos usos, como el hacer mortadela, el embutido favorito de David. Según lo retiran, los intestinos también salen, otro plato favorito del director. Retiran el ciego y, tras cortar los ligamentos, los intestinos caen a un cubo o, si fallan, al suelo. Retiran el hígado, grande, jugoso y marrón. El corazón de vaca está riquísimo, según le han contado, pero a los pulmones hay que acostumbrarse y es más cosa de los escoceses.

Por último, se decapita a la vaca. La lengua la guardan, por supuesto, y a veces los sesos también.

Y luego se queda ahí colgada, con las patas abiertas y la carne reluciente y rosa, durante un periodo de entre una semana y un mes. Amplios tramos de grasa les dan forma y definición a los contornos, con lo que revelan qué prefería comer, dónde pastaba, cómo cagaba y follaba. La sangre gotea y gotea hasta que no queda nada y, aun así, sigue colgada por las patas, de cara al suelo. Para que se intensifique el sabor. Algunos prefieren madurar la carne con el pellejo aún puesto, pero hacerlo después de despellejar al animal es el método que le enseñaron a David.

Luego parten al animal en dos y es así como llega al internado. Tras horas de trabajo, cientos de tajos distintos y maniobras más grandes o pequeñas que cortan, sierran, recortan y reducen un animal a carne. Rosa le mostró un cuadro de Rembrandt de un buey muerto, uno en el que los tonos rojos oscuros e intensos y la gama de colores crema del animal quedan iluminados por una sola lámpara en un rincón del establo. Cuando Jean lo vio por primera vez, notó una sensación rara en el estómago. Sin embargo, ahora que conoce el proceso, le da la sensación de que el animal está muy lejos de la muerte. El cadáver es una versión agradable y pintada.

Jean ayuda a Colin a colocar los dos lados en el banco del establo, donde despiezan a los animales. Colin ya se ha puesto a retirar excesos de grasa en movimientos raudos a su lado.

Las mitades de la vaca se dividen en distintos cortes: carrillada y pescuezo, morrillo, costillar, brazuelo, falda, solomillo, culata, cadera, tapilla, lomo alto, lomo bajo y morcillo. Palabras que forman una especie de poema en la mente de Jean. Primero ha de dividir la mitad de la vaca en cuatro secciones. Y con prisa, porque Colin ya se ha puesto con el lomo alto y a partir el costillar. Cuando hunde el cuchillo en esa carne gruesa, se acuerda del pecho de Tom, de las costillas que se le marcaban en la piel, de cómo se expandía y contraía con cada aliento. Separa el lomo alto de las costillas, la cadera de la contra, y nota la carne resistente al principio, hasta que cede, y se acuerda de las piernas de Tom, que se entrelazaban con las suyas. Y piensa en que, después de matar a la vaca, extraen el exceso de sangre bombeando las patas delanteras.

—Jean. —La voz de David le interrumpe los pensamientos—. Céntrate.

Colin divide las secciones más grandes en cortes más reducidos. Jean mete el cuchillo en la articulación de la pierna y recuerda que Tom le metió una mano entre las piernas y la pasó por debajo de los testículos hasta encontrar una abertura. Y algo estalló en su interior. Recuerda que se apartó de la mano de Tom que tanteaba porque la sensación fue demasiado intensa, que le ofreció su propia mano como agujero temporal. Corta la cadera, la falda y la pata. Colin aún le saca ventaja, pero al menos ya ha conseguido algo de carne.

Luego ataca el solomillo con el mismo fervor con el que Tom le atacó la mano, dando embestidas con los ojos cerrados, con las manos en las nalgas de Jean para acercarlo más a él hasta que…

—¡Jean! —grita David, y Jean se aparta de la carne de un salto. El cuchillo roto sobresale y se acumula sangre en derredor—. Alrededor del hueso, no a través. ¿Cuántas veces lo hemos hecho ya?

—Perdón. —Jean se encorva para ver el daño que ha causado y esconder su erección.

—Con amor —dice David—. La tienes que tratar con amor.

La carne está magullada, el hueso, partido, y el cuchillo, doblado. Parte del cadáver que cuelga donde sobresale el cuchillo cae al suelo.

Ayer Tom soltó un grito, una especie de sonido ahogado, y una piedra cayó en el interior de Jean. ¿Fue en el mismo momento en el que el coche de George tomó la curva a toda velocidad y derrapó hasta salirse de la carretera y pasar por encima de los setos? ¿Fue en el mismo momento en el que llevaban a la vaca a la cámara, cuando la aturdieron o cuando la degollaron? ¿O fue cuando el coche cayó contra la orilla del otro lado, o cuando dio no una vuelta de campana, ni tampoco dos, sino seis? ¿O cuando George se dio en la cabeza repetidas veces contra el parabrisas hasta que el cristal se le clavó en los ojos, en el cerebro? ¿Fue cuando colgaron a la vaca para decapitarla y la cabeza cayó con un golpe seco y un ruido húmedo al mismo tiempo?

Cuando Jean acababa de llegar a Compton Manor y seguía en su fase de liarse a puñetazos contra las paredes, pasó mucho tiempo en la enfermería, con una venda ensangrentada en el puño. Lo más normal era que fuera el único de la sala, aunque a veces había otros. Si bien no solía hablar con nadie, un día un chico le pidió un cigarro y Jean se sorprendió por cómo se comportaba: hasta entonces, sus compañeros lo habían mirado por encima del hombro, pero aquel parecía agradable, amigable incluso. No sabía por qué había ido, porque no parecía tener ninguna herida, pero tampoco se lo preguntó. Fumaron juntos; el chico junto a la ventana y Jean en la maltrecha butaca del otro lado de la enfermería. Luego el chico se marchó. Unos minutos después se oyó algo que cortaba el aire,

seguido de un estruendo, de algo pesado y denso y lleno que caía sobre la gravilla. El cigarro a medio fumar del chico seguía humeando en el cenicero.

Así que sí, Jean conocía a alguien que había muerto.

CAPÍTULO OCHO

—Hola, cariño. ¿Hola?
—Hola.
—Me alegro de oír tu voz.

—¿Qué tal todo?
—Ya.
—Ay, cuánto me alegro de hablar contigo. Oye, espera un momento, que llaman a la puerta. No te vayas. No cuelgues, ¿eh? ¿Vale?
—Vale.
—No te vayas.
—Vale.
—Te lo digo en serio.
—Rosa.



—¿Hola? ¿Jean?
—Sí…
—¿Hola?
—Aquí estoy.
—Era un vendedor a domicilio. Ya te lo imaginas, con las fregonas y los cubos y los guantes y las esponjas que no se acaban nunca. Y lo presentan todo como si fuera de un valor incalculable, diamantes o algo así muy perverso que no venden en las tiendas corrientes. ¡Porno! No se parecen en nada al pescatero, a Jerry. Qué maleducado que es. Tú sí que sabías imitarlo…, ¿cómo era? «Me llamo Jerry, vete a la mierda»…
—No, no es eso.
—«Vete a la mierda, me llamo Jerry».
—«Hola, soy Jerry. Que tengas un mal día y que la vida te trate de pena».

—¡Eso, eso!

—«Vendo pescado pero a ti ni agua, por imbécil».

—¡Con esa voz de pito que tiene!

—¿Que quiere merluza, señora? ¿Y no le vale el merluzo de mi hijo?

—Ay, Dios…

—Si quiere bonito yo se lo pongo, pero son todos bien feos.

—Para, para, que me…

—¿Un besugo? ¿No le basta con su marido o qué?

— … que me meo.

—¿Para qué vas?

—Ay, no sé, pero al final le compro de todo. La semana pasada le compré medio camión, tuve que congelarlo todo. Aunque sí *que tenía vieiras. Eso estará bien, ¿verdad? Vieiras en el jardín, cuando vuelvas.*

—¿Aún lleva los pantalones esos?

—Ay, sí.

—Con los…

—Horrible.

—Y la sangre…

—Se le huele al llegar.

—Qué asco.

—El de textiles es todo lo contrario, va como una patena el hombre. Y más entusiasmado que nadie. Aun así, le acabo comprando algo para que se vaya. Es lo mismo que me ha pasado ahora.

—Ay, no.

—¿Verdad?

—Es que te ven venir.

—Lo sé.

—La próxima vez ciérrale la puerta en las narices.

—¡Te necesitaba aquí! Necesitaba que mi hijo me salvara del malvado hombre de los textiles.

—Para que te salvara de ti misma.

—Exacto.

—¿Te ha hablado de las criaturas muertas de hambre que tiene en

casa?

—¿Cómo lo sabes?

—No puede ser.

—Ay, Dios.

—Pero si es el truco más viejo de todos.

—Niños.

—¿Eh?

—Que digas «niños», no «criaturas». Qué forma más fea de decirlo.

—Y tú vas y caes.

—Le he dicho que no podía hablar porque tenía a mi hijo al teléfono esperándome y…

—Craso error.

—Y se ha puesto a hablar de su hijo. En cuanto ha empezado a contarme las penurias del pequeño Jimmy, ya no paraba. Que si va a empezar el instituto en otoño, que si está emocionadísimo, pero qué caro el uniforme, ¿verdad? Y los trayectos y…

—Ay, Dios…

—No, que lo decía en serio, Jean. Me lo he creído todo.

—Claro que sí.

—Aunque, ahora que lo dices, sí que parecía demasiado joven para tener un hijo de once años.

—¿Cuánto le has comprado?

—Mejor no te lo digo.

—Ni me imagino.

—Un par de telas y ya está.

—Rosa.

—Y quizás unos trapos de cocina a juego. Y un cubo y una fregona. Y unas esponjas así raras que se supone que sirven para limpiar la grasa y… Ay, qué imbécil es.

—Mira que caer en la trampa.

—Es porque me moría de ganas de volver al teléfono. Eso es lo que pasa cuando no estás aquí, hijo. Que me gasto el sueldo en productos de limpieza y pescado. ¡Te necesito en casa!

—Te han estafado.

—Y todo para volver con mi querido hijo, que sé que le encanta

hablar conmigo.

—No tenías por qué.

—A mí me estafan de cualquier forma, quieran venderme algo o no. Debería poner un cartel en la puerta: «Mujer loca, compra cualquier cosa».

—Creo que ya lo tienes.

—Lo peor es que era del norte. Ay, tendría que haberme visto venir que me estaba engañando. ¿Qué es lo que decías tú? Todo lo que quede más al norte de Watford…

—Ya no digo eso.

— … es el extranjero.

—Tengo un amigo del norte.

—Y tenía el pelo grasoso y una voz tan espesa que casi no se le…

—¿Saben a pescado?

—¿Eh?

—Las vieiras.

—Son pescado.

—¿Y saben a pescado?

—Bueno, son moluscos.

—Pues no me gustan.

—No digas tonterías.

—En serio.

—Si están riquísimas, ya verás.

—¿Me lo juras?

—Tengo que acordarme de sacar el salmón del congelador, que Dinah va a venir luego. No dejes que se me olvide.

—¿Me lo juras?

—Ay, Jean.

—Nah.

—No voy a entrar en eso. ¿Qué ha pasado? ¿Qué he dicho? Con lo bien que nos lo estábamos pasando.

—Las odio.

—¿Cómo las vas a odiar?

—Pues las odio.

—Con lo caras que son.

—Tengo que irme.

—Jean, venga ya.

—Me voy de camping.

—No estropeemos la conversación ahora.

—Tengo que…

—¿De camping? ¿Cuándo?

—Mañana. Lo hacemos todos los de último curso.

—¿Y los exámenes qué?

—Es idea de David.

—¿Dónde irás? ¿Cuánto tiempo?

—Rosa.

—¿Quién te acompañará?

—Está todo organizado.

—¿Será seguro?

—Rosa.

—Jean, es que hay un montón de personas que están mal de la cabeza y…

—Tengo que irme ya.

—Dime cómo estás.

—Pues bien.

—Cuéntame tres cosas.

—Salté por encima de la hoguera.

—¿Que hiciste qué?

—Yo, con mis dos patitas, salté por encima de una hoguera, de esas hechas de fuego.

—Pero ¿qué clase de actividades tenéis ahí? ¿Qué has estado estudiando?

—*Pos* cosas.

—Cómo que «cosas». Y hazme el favor de hablar bien, no me seas vago.

—Vale, a partir de este instante hablaré con propiedad y como Dios manda.

—Ay, hijo. Quizá no lo he dicho como…

—«De tonos dispares, cual caballo picazo».

—¿Que el caballo qué?

—«Motas rosa, alas de pinzón».

—Ya veo.

—«Lo voluble, lo punteado (¿quién sabe cómo?)».

—No seas arrogante.

—«Lo rápido y lo lento, lo dulce y lo amargo, lo iluminado y lo apagado».

—Sabes que tienes los exámenes dentro de dos semanas.

—«Alabado sea».

—¿Sabes escribir redacciones?

—Tengo que…

—¿Estás aprendiendo algo útil?

— … irme.

—Eres tú el que lo necesita.

—Ayer descuarticé una vaca.

—No me jodas.

—Nos pintamos la cara con la sangre y corrimos desnudos por el bosque.

—Te lo digo en serio, Jean.

—Embadurnamos los árboles de mierda.

—Vale, me rindo.

—Y nos intentamos comer los dedos de los pies, porque estamos todos espásticos.

—¿Quién es tu amigo?

—¿Eh?

—Me has dicho que tienes un amigo que es del norte.

—No he dicho nada.

—¿Me lo vas a presentar?

—No.

—Quiero conocerlo.

—No he dicho eso.

—Podrías invitarlo a casa.

—Cállate.

—Es que nunca has invitado a nadie a casa, pero podría venirte bien.

—Joder, qué pesada.

—Oye, no hace falta que te me lances a la yugular tampoco. Solo quiero que sepas que puedes hacerlo si quieres.

—¿Por qué no te callas ya?

—Jean… Solo quiero hablar contigo.

—Pues habla.

—Pero es una conversación, tenemos que hablar los dos.

—Bla, bla, bla, bla.

—Mira que eres impertinente a veces, ¿eh?

—Ahí está la Rosa que yo conozco.

—Cuando vuelvas a casa en verano, te pondrás a trabajar. Porque yo no pienso seguir manteniéndote si…

—No voy a volver.

—¿Cómo dices?

—Que no voy a volver.

—¿Y a dónde irás?

—A China.

—¡Ja! A China, dice. Pues nada, hijo, vete a China.

—Todo es culpa de la madre, claro, como siempre.

—Rosa.

—Como siempre. Anda, échale la culpa a tu madre, venga.

—Rosa.

—No puedo hacer nada bien, ¿no?

—Rosa.

—Nadie me quiere.

—Rosa.

—Nadie me ha querido nunca.

—Para ya.

—Estoy sola.

—Joder, macho.

—No digas palabrotas.

—Pues deja de ser tan tonta.

—Jean.

—Es la verdad.

—Ni siquiera me cuentas cómo se llama tu amigo.

—No tengo amigos.

—Ay, cariño.

—Calla ya y…

—Cariño, seguro que hay muchos compañeros que…

—Cállate la boca. Cállate, cállate ya, joder.

—Jean, tienes que calmarte.

—Eres patética, ¿lo sabías?

—Respira hondo.

—Si ni siquiera trabajas.

—Jean.

—Pintar no es trabajar. Ahí moviendo un pincel con tus otros amigos imbéciles.

—Jean.

—Haciendo dibujitos. ¿Qué demonios es eso? Una mierda, eso es lo que es. Me das lástima. Estás enferma y tu vida es una mierda y estás mal de la cabeza.

—¿A qué viene todo esto, Jean? ¿Qué te pasa?

»*Jean.*

—¿Jean?

CAPÍTULO NUEVE

Jean lleva tres horas caminando. Aún no son ni las ocho, pero el sol arde en el cielo. Ha mantenido buen ritmo y, a pesar de haberse equivocado en algún tramo y de un momento bastante intimidante con unas ovejas, debería llegar a su destino para la hora de la cena.

Todos los alumnos de último curso pasan tres días y tres noches «en plena naturaleza» a solas, donde se construyen su propio refugio, cocinan lo que tengan sobre una hoguera y están en contacto con la naturaleza (lo que equivale a cagar en un agujero, según Hugo). No solo aprenden a sobrevivir, por lo que les cuenta David, sino que se conocen mejor a ellos mismos. Una parte de la excursión es la vigilia nocturna, donde, en la última noche, se les anima a quedarse despiertos (junto a la luz de una hoguera o, en el caso de los más valientes, a oscuras) para reflexionar sobre todo lo que ha ocurrido y lo que va a ocurrir. Los que vuelven tras haberlo logrado lo hacen con una expresión extraña en la mirada, caminan más erguidos y se mueven con más elegancia. Y afirman haber cambiado.

La noche antes de partir, Jean no pudo dormir. Tom, quien había

vuelto al internado tras pasar tan solo cuatro días en su casa, se lo encontró comprobando la mochila y estudiando el mapa en la sala de billar.

Tom estaba más pálido que de costumbre, con la expresión retraída. Quiso preguntarle cómo había ido el entierro, cómo estaba él, pero al verlo sentarse y ponerse de pie por momentos, para ponerse a dar vueltas por la estancia y preguntarle con voz frenética qué se iba a llevar, a dónde iba a ir, decidió que era mejor idea no mencionarle la muerte de George.

—Al mar —le respondió Jean, mirándolo con cautela desde el suelo.

La mayoría había decidido ir en dirección este, hacia el bosque, o en dirección oeste para ir a la montaña, pero Jean optó por un arduo trayecto de cuarenta y tres kilómetros el primer día para poder pasar los otros dos en la playa, nadando y reposando, antes de volver.

—Guay —dijo Tom, sentándose en el suelo, de modo que rozó las rodillas de Jean con las suyas—. Creo que yo también tiraré para el mar.

Tom se concentró en el mapa. Parecía frágil bajo la tenue luz de la sala. Las líneas que tenía en los pómulos y en la mandíbula daban la impresión de que se le había roto la cara y se la había tenido que pegar. A Jean le entraron ganas de acariciarle la mejilla, de acunarle el rostro, pero, cuando se movió, Tom se tensó. Parecía asustado, como si fuera a romperse si Jean lo tocaba.

Tom se puso de pie, hablando en voz alta y con confianza sobre la ruta que iba a tomar, y Jean se preguntó si se habría imaginado la invitación. No lo veía nada triste. No estaba como si su hermano acabara de fallecer.

Ya en plena excursión, mientras se apoya contra un montículo musgoso, se imagina a Tom caminando con él, con los brazos tensos por el peso de la mochila y las axilas y el pecho manchados de sudor. Y la entrepierna. El olor rancio de Tom la noche del solsticio de verano. Casi le dieron arcadas cuando lo tuvo encima, pero, al metérselo en la boca, le sorprendió el sabor. Amargo, sí, y salado, pero también dulce.

Bebe de su cantimplora metálica y disfruta del agua fría que le

llega a la garganta. Debería ponerse en marcha ya; le quedan siete horas de caminata si va a buen ritmo, nueve si va más despacio. En la oscuridad de la sala de billar, Tom señaló como si nada el campo en el que iba a quedarse él, donde Jean podría encontrarlo si quisiera. Jean comprueba las coordenadas en el mapa: un campo a un kilómetro y medio de la granja más cercana, con un riachuelo que lo atraviesa. Y una arboleda también, que les será útil para la hoguera. Jean ha ido recogiendo objetos inflamables por el camino con ese mismo propósito y de momento tiene un poco de lana de oveja y corteza de cerezo. Acaricia la suave lana que lleva en el bolsillo. El sudor ya se le enfría y nota las extremidades tiesas. Mejor que avance ya.

Después de estudiar el mapa juntos en la sala de billar, salieron a fumar. No hablaron y Tom parecía concentrado en lo que daba largas caladas al porro. Miró a Jean con los ojos enrojecidos, como si lo buscara a través de la niebla.

—No tengas miedo, rubito —dijo Tom, con su amargo aliento cerca. Le apoyó una mano en el hombro y Jean se dio cuenta de que creía que era por eso que no podía dormir—. No tengas miedo.

Sin embargo, no le da miedo la naturaleza. Sabe sobrevivir, sabe encender una hoguera con pedernal y acero, manteniendo los dos elementos cerca para que las chispas prendan fuego deprisa. Sabe cómo buscar plantas porque aprendió en sus vacaciones con Rosa, cuando ella iba por delante, señalaba algún que otro arbusto y le decía cómo se llamaba. Hoy mismo ha recogido corazoncillo, que es difícil de identificar porque tiene un tamaño y un aspecto muy similares a los de la hierba cana, que no es comestible. Cuando aplasta los pétalos con los dedos, el característico aceite carmesí se le esparce por la mano; va bien para los golpes y moretones. Los setos emiten la fragancia de la flor de saúco. David estará recolectando los espumosos botones blancos para preparar su famoso brebaje, y Charles, para hacer champán. Imaginárselo reconfortó a Jean mientras paseaba por caminos desconocidos, duros y de superficie irregular, donde el barro, mancillado por las huellas de humanos y animales, se había secado. Los científicos dicen que está siendo el verano más seco desde hace muchos años

y rezan para que llueva; dicen que el planeta se quema, que la Tierra llega a su fin.

Jean no le contó nada de eso a Tom anoche, sino que apoyó una mano sobre la de él y se la apretó contra el hombro.

Tampoco le dijo que estaba emocionado. Una emoción que se le quedaba atascada en la garganta.

Antes de que Tom se lo encontrara en la sala de billar, Jean había estado repasando su conversación previa con Rosa, con esa voz que le martilleaba el cráneo. En aquel entonces le habían dado ganas de darle en la cabeza con el auricular, pero, sentado en la sala de billar, se dio cuenta de que no importaba. Porque al día siguiente iba a salir para su caminata. Era esa idea lo que le impedía pegar ojo.

Jean pasó mucho tiempo muriéndose de ganas de estar rodeado de la naturaleza. Lo único que quiere en realidad es evitar los límites que dividen su vida, como las líneas que marcan la tierra que recorre ahora, y que le dicen dónde puede y no puede estar. En lo que se coloca la cantimplora a un lado de la mochila, comprueba que todos los cierres estén bien puestos, se la lleva a la espalda, le echa un último vistazo al mapa y emprende la marcha por el sendero que rodea el borde del campo lleno de plantas frondosas, le da la sensación de que no solo se aleja del internado, sino de la vida en sí. Se siente como si estuviera desapareciendo.



Y no desaparece, claro. Sigue siendo un cuerpo con necesidades, deseos y hambre. Tanta hambre, de hecho, que se detiene en la linde de un bosque para comer.

El mapa le indica que está cerca de un pueblo llamado Three Cups Corner. El país está lleno de nombres graciosos: el bosque Dallington, Warbleton, Little Sprats, Foul Mile, Stunt's Green, Ginger Green, Cowbeech. Le suenan a destinos para una escapada absurda o para gastar bromas traviesas, no para un encuentro clandestino. Son nombres que parecen salir de los cuentos infantiles que Rosa ilustraba en el rostro de él.

Abre el bocadillo: pan integral, queso, pepinillos. Saca su cuchillo

Opinel (un regalo de cumpleaños de parte de Dinah, acompañado de una nota: «Se supone que no se pueden mandar cuchillos por correo, pero no diré nada si tú tampoco») para cortar un tomate. Cada cuarto queda rojo brillante y jugoso y le mancha el muslo de semillitas.

La noche del solsticio, Tom se giró y metió la cara entre los muslos de Jean. Ahí sí que no desapareció. Todo lo contrario; se sintió él mismo, notó el potencial completo de lo que podía llegar a ser con Tom, el júbilo del placer mutuo. Notó el calor de la parte de debajo de los testículos de Tom y supo que él olía y saboreaba lo mismo. Tom no dejó que Jean se le corriera en la boca, de modo que Jean sigue siendo el único que conoce el sabor de su propio semen.

El pan del bocadillo está seco y el queso suda, pero los pepinillos conservan su sabor intenso y el tomate lo refresca. Bebe un poco más de la cantimplora, con cuidado de no excederse.

Sí, pasó mucho tiempo queriendo estar metido en la naturaleza, en un lugar inexistente en el que él mismo iba a dejar de existir. Sin embargo, desde lo de Tom, ese deseo se ha vuelto más complicado. Aún le gustaría irse a un lugar en el que pudiera experimentar la libertad de sus propios deseos, pero también querría que Tom estuviera allí. Y es esa idea lo que más miedo le da. Porque estar con Tom implica encararse a sí mismo; sabe que debe existir en su propia vida y seguir siendo él mismo, con todos sus defectos a la vista. Y no sabe cómo hacerlo. Aun así, tiene tiempo para aprender. Puede practicar esta misma noche.

Se refresca en un riachuelo, donde mete la cabeza y se humedece la camiseta antes de atársela alrededor del cuello y en el nacimiento del pelo, tal como le enseñó Charles, porque es lo que había hecho cuando estuvo en Afganistán, en la Ruta de la Seda. Del mismo modo que harán Jean y Tom cuando vayan a China.

La Ruta de la Seda, el ferrocarril Transiberiano… Es verdad que esos nombres le parecen más agradables que Catsfield o Marlspit, que es lo que tiene por ahí. Sin embargo, conforme continúa por ese sendero vacío hacia un campo sin nombre en el mapa y sale del bosque para encontrarse con otro campo, este de un tono dorado brillante con heno a la espera de que lo corten y lo coloquen en

balas, se sorprende al recordar la letra de *Jerusalem*. Por fin le llegan las palabras.



El resto del trayecto se le hace más complicado. Se pierde cerca de Ashburnham y tiene que dar media vuelta. Se supone que no pueden ir por carreteras convencionales, pero Jean tiene que optar entre una valla eléctrica o el asfalto. Encuentra el camino de herradura y atraviesa una serie de bosquecitos, cruza por distintos tipos de flores, rodea campos y pasa por encima de setos cuyas ramas le arañan la piel hasta que por fin llega al lugar: el bosque Sweet Willow. El riachuelo discurre hacia el norte y es más caudaloso de lo que se imaginaba, casi hasta se podría considerar río, aunque ve que la sequía lo ha desprovisto de parte de sus aguas. Por allí está la leve pendiente del campo y, más allá, la arboleda. Los marcadores de la valla encajan con la forma que ve en el mapa. Y no está justo en la costa, pero casi.

Jean tiene los hombros en carne viva, arañazos en los brazos y ampollas en los pies. Antes de atender sus múltiples heridas, recoge madera para una gran hoguera esta noche y una más pequeña mañana por la mañana. Saca la comida de la mochila que necesite enfriarse, envuelve beicon, mantequilla y un brik de leche en arpillera, ata el fardo en una cuerda y lo baja hacia el riachuelo antes de atar la otra punta a un árbol. Coloca la tienda de campaña, con chasquidos eficientes de los soportes, y comprueba que el forro interior y el exterior no se rocen, porque, si es así, la tienda se empapará de rocío durante el alba. Fue algo que aprendió a las malas, durante los años de vacaciones de verano con Rosa.

Era el responsable de colocar la tienda de campaña mientras Rosa iba a buscar a quien estuviera a cargo de la zona. Se le daba bien y acababa mucho antes de que volviera ella, de modo que a menudo paseaba por el campamento hasta encontrarla en el bar, ya con media botella entre pecho y espalda. Se ponía a hablar con cualquier hombre, francés, suizo o italiano (nunca alemán) mientras las pulseras se le deslizaban arriba y abajo. Al ver a Jean, le apretaba

los mofletes y decía «Mira qué pequeñín más precioso que tengo». Jean se zafaba y, mientras ella se servía otra copa, meciendo el torso, el hombre se marchaba con discreción. Luego Rosa se pasaba el resto de la noche con la cabeza apoyada en el hombro de Jean, llorando a moco tendido hasta empaparle la camiseta.

—Mi niño guapo, precioso —susurraba después de sonarse en la manga.

A veces sí que ligaba y Jean dormía solo en la tienda. Los peores eran los hombres que se animaban más al verlo a él que a ella. Los que le dedicaban miradas voraces.

Así que sí, Jean lleva años aprendiendo a sobrevivir.

Cava un hoyo para la hoguera y coloca dos leños en paralelo. Luego acomoda la lana y la corteza de cerezo y amontona la madera lo bastante apretada como para que las ramas (más delgadas que cerillas) no se separen, pero tampoco tanto como para que el oxígeno deje de circular. Saca el pedernal y el trozo de acero que le dio David y se posiciona bien. Le gustaría, en la medida de lo posible, no recurrir a la parafina. Ubica el pedernal a un ángulo de cuarenta y cinco grados y da un golpe seco y fuerte por la parte larga. Nada. Repite el proceso y esta vez sí que saltan las chispas, pero no aterrizan en nada que pueda prenderse fuego. Lo intenta otra vez y las chispas se niegan a saltar sobre la lana.

Cuando llegó a Compton Manor, pasó por el examen de la hoguera. A cada alumno le daban solo tres cerillas y Jean nunca había hecho una hoguera. Bueno, sí que había encendido algún que otro fuego, pero con madera seca y llena de clavos en un bidón detrás de un aparcamiento, con el aroma ácido del barniz que le quemaba las fosas nasales, o después de echar gasolina a la puerta de un establo hasta que el cielo nocturno se tornó fluorescente por las llamas. En aquel entonces, no sabía que debía cavar un hoyo para no chamuscar la tierra. No sabía que la mayor parte del proceso consistía en recolectar madera ni que esta debería ser de tamaños distintos, desde ramita a tronco, y que el encender la hoguera, el dar golpes con aquellos materiales, era tan solo el final de unos preparativos tan metódicos. Desperdició sus tres cerillas intentando prenderle fuego a una rama cubierta de musgo. Menuda humillación

al ver las pequeñas hogueras que iban brotando a su alrededor, el rostro iluminado de sus compañeros, mientras él permanecía frío, a oscuras.

Arranca un trozo de lana para que quede más por encima; da otro golpe y esta vez la chispa salta, como por arte de magia, desde sus dedos. Durante el examen de la hoguera, le dio una patada a su pila de madera y se fue enfurruñado para que nadie lo viera llorar. Ahora se alegra de no haber usado la parafina.

Conforme las llamas devoran la leña más fina, él las alimenta colocando las ramas con delicadeza sobre el creciente fuego.

Cuando ya está asentada, con gruesos troncos que relucen de color blanco, naranja, rosa y azul, llena el cubo con agua del riachuelo para hervirla. Añade el corazoncillo, cuyas flores amarillas se marchitan ante el vapor y sueltan su néctar carmesí. Cuando ya ha preparado la mezcla, se la pasa por los hombros y los tobillos, estremeciéndose cada vez que le escuece.

Ya solo le queda esperar. Es por la tarde, está en un campo precioso, sin nada que hacer ni nadie que lo moleste, pero está nervioso. Salta ante el más mínimo ruido. Va ensayando mentalmente lo que va a decir, cómo describirá su caminata, los campos vacíos, el cielo azul, el calor. El anciano con un parche en el ojo que sacaba a pasear a una vaca cerca de la carretera de Dallington. Con su ropa y sus botas hechas a mano, parecía haber salido de un mundo distinto, de una de esas épocas antiguas de las que David siempre les habla. Jean lo ha saludado alzando una mano, pero el hombre ha seguido andando como si no lo hubiera visto, acompañado de la torpe elegancia de la vaca. Ha sido como si sus dos mundos se hubieran cruzado durante una fracción de segundo, dos trenes alineados en un túnel, con el brillo de los otros vagones que formaba un extraño espejo antes de que la oscuridad los engullera. Cuando ha vuelto a mirar, tanto el anciano como la vaca habían desaparecido.

O quizá le contará lo de las ampollas y que se las ha tratado con su propia mezcla de plantas. Tom lo acusará de brujería. O no dirán nada y lo primero que hará Tom será aferrarlo de la nuca y aplastarle la cara. A Jean se le pone dura solo de pensarlo.

Calienta una lata de alubias en otro cubo y tuesta pan pinchado en un palo. Si bien le apetece beicon, decide guardárselo para la mañana siguiente. Moja el pan caliente, crujiente y con los bordes chamuscados en el cubo de alubias. Y pasa un rato así, sentado junto a la hoguera. La cena lo hace sentirse mejor y peor al mismo tiempo, porque le deja el dolor apagado de la decepción.

La hoguera se ha asentado en unas ascuas relucientes, el cielo está oscuro y moteado por las estrellas. Jean esparce las ascuas. Quiere que sigan cálidas, pero que no le prendan fuego a la hierba seca que hay cerca. Desenrolla el saco de dormir, tras decidir que hace el suficiente calor como para poder dormir al raso y que no tiene por qué molestarse en lavarse ni cepillarse los dientes, y se mete.



Cuando se despierta a la mañana siguiente, lo primero que se le pasa por la cabeza es que no esparció las ascuas lo suficiente y que el campo entero se ha prendido fuego, pero, conforme tose y parpadea para desprenderse del humo, ve que la hoguera está perfectamente contenida dentro del hoyo y que a su lado está Tom. Este coloca cuatro trozos de beicon en una sartén, donde se encogen y sisean al tocar el calor. Lo observa vigilando el beicon, la sartén y el fuego durante un momento. Le ve ojeras y tiene la punta de la nariz quemada por el sol; está sentado, con la mirada perdida en las llamas. Cuando Tom nota que se ha despertado, se le endurece la expresión y le lanza una hogaza de pan que le da en el pecho. Casi se le cae a la tierra.

—¿Cuándo…?

—Anoche.

Tom no ha colocado su tienda de campaña; debe de haber dormido al lado de Jean.

—Tenías la nevera en el sol —comenta Tom.

Ayer, cuando Jean hundió el fardo de arpillera en el riachuelo, no quedaba bajo el sol. Pero claro, la trayectoria del sol va cambiando.

—¿Lo vas a cortar o qué? —dice Tom, indicándole el pan con una

mano.

Le duele todo el cuerpo, lo nota tieso por haber dormido sobre el duro suelo, y tiene la boca amarga y entumecida. Se mueve despacio y capta la impaciencia de Tom; mientras Jean busca el cuchillo, Tom le lanza el suyo.

—Tengo té.

—Se me olvidó ir a por agua.

—Menos mal que uno de los dos tiene dos dedos de frente. —Tom señala con la barbilla la garrafa que tiene a un lado—. Y he ido a hablar con el granjero también.

David tiene dos normas: 1) Siempre pedir permiso antes de acampar, y 2) No dejar ningún rastro. Son normas que, según les contó a los chicos impacientes durante el amanecer, había sacado de las tribus de nómadas que recorrían todo el país. No consideraban que la tierra fuera suya ni de nadie. Jean había pretendido ir a la granja, reponer los suministros de agua y pedir permiso para acampar en el campo, porque el problema es que en el Reino Unido sí que existe la propiedad privada. El beicon sisea en la sartén y el aroma se mezcla con el humo. O, mejor dicho, lo que existe es el capitalismo. En el Reino Unido, las personas son dueñas de la tierra y acampar en ella sin permiso es ilegal. También culpa al anciano del camino, el de la vaca. Podría explicárselo a Tom (no ha sido culpa mía, fue la llegada del cristianismo y la destrucción de la propiedad comunal), pero este lo mira con los ojos entornados y Jean no sabe si está sonrojado por el calor del fuego o por el enfado.

Tom prepara los bocadillos mientras Jean hace el té. El pan sabe ahumado y a carbón, mientras que el beicon está salado y crujiente. No tienen ninguna salsa y es el plato más delicioso que Jean ha probado en la vida. Tom fuma un cigarro y escupe sobre un tronco ardiente.

—¿Qué hora es? —pregunta Jean, que por fin se siente más despierto.

Sin embargo, Tom, en vez de contestarle, mueve un tronco con la bota, con lo que otro se aparta y el humo se esparce hasta hacerle escocer los ojos a Jean y obligarlo a moverse.

—No pueden ser más de las siete —prueba Jean de nuevo.

Mientras Tom ha pensado en todo lo práctico, como el agua y su seguridad, ¿qué ha estado haciendo Jean? ¿Será este el verdadero motivo por el que la noche antes de irse Tom le sugirió que quedaran en plena excursión? No porque le apetezca verlo, sino porque cree que no va a poder con el campamento. ¿Es por eso que no le habla ahora?

Tom arroja los posos de té al fuego, con lo que aumenta tanto el siseo como el humo.

—No me mires así, anda —dice—. Venga, vámonos ya.



Caminan hasta Bexhill, la ciudad más cercana y también donde está el mar, que es lo que cuenta. A pesar de que no está muy lejos de donde han acampado, tienen las piernas y la espalda cansadas por la caminata de ayer. Jean va señalando distintas hierbas y le cuenta a Tom para qué se usan, con lo que intenta redimirse en cierto sentido, demostrar que no será un cero a la izquierda cuando estén en un acantilado en Rusia. Antes de irse del campamento, Tom ha puesto mala cara al ver los restos del brebaje de Jean, hasta que este le ha explicado que era para las ampollas. Jean recoge un tallo verde y largo.

—Pruébalo.

Tom pone una cara de asco bastante cómica.

—Va, en serio.

—¿Y si sabe a meado de perro?

Jean rompe un trozo y se lo lleva a la boca.

—O a meado humano.

—Toma un poco.

Tom da un bocadito con cara de sospecha. En lo que mastica, la nariz, que ha arrugado, se le relaja; pasa a masticar con movimientos más largos y tranquilos y abre los ojos por la sorpresa.

—Joder.

—Ya te decía yo que estaba bien.

—¿Qué es?

—Un ajete.

—No, me refiero al sabor. Es como…

—Como ajo.

Tom le da una palmada en la espalda y, aunque le duele por las rozaduras, Jean sonríe.

—Joder.

Tom sabe pescar y cazar y disparar, sí, y también entiende de aves y ranas y conejos, de manzanas y bayas varias, pero ¿de plantas? De plantas comestibles que se encuentran a un lado del camino incluso.

—Es fabuloso, en serio —sigue Tom—. No, en serio, es genial. ¿Dónde has aprendido esas cosas?

Cuando iban de vacaciones, Rosa estaba lista y dispuesta cada mañana, por mucho que hubiera bebido la noche anterior. Preparaba el café en su hornillo mientras la niebla matutina se alzaba por el paisaje. Luego salían a pasear, a veces durante tres o cuatro horas, a través de campos desconocidos, caminos costeros y densos bosques de pinos. Rosa, con el bañador y una camisa de lino, todo acompañado de un sombrero de paja que le arrojaba sombra sobre la cara, tiraba de una u otra hoja. Hablaba en voz baja y las nombraba como si fueran conocidas de toda la vida, le explicaba para qué servían y para qué no.

Cuando era pequeño, ella lo convirtió en un juego: se agachaba y abría bien las manos para mostrarle cinco hojas distintas. Él se agachaba también aferrado al brazo de ella con una manita, mientras Rosa le contaba una historia e iba señalando las hojas: esta era una princesa, esta un príncipe, un ogro, un mago y una poción mágica. Y luego cerraba la mano de modo que solo se asomaba un cachito verde entre los nudillos. El desafío para Jean era volver a encontrar cada hoja en concreto, algo que hacía repitiéndose la historia en voz baja conforme marchaba por la hierba que se extendía hasta el horizonte. Cuando él terminaba de recogerlas, Rosa, ya sentada en el suelo con las piernas cruzadas, ponía a Jean sobre su regazo y las repasaban. Fresno, endrino, higuera, valeriana y, la favorita de Jean, salvia rusa. Flora que crecía en terreno mediterráneo. Le gustaba que las plantas adoptaran otras identidades, que se transformaran en personajes que le danzaban

por la mente.

Cuando ya no era tan pequeño, Rosa omitía la parte de la historia, pero sus mejores conversaciones, tanto en vacaciones como en casa, siguen siendo sobre plantas. Jean es capaz de nombrar cientos de ellas, en Francia y en el Reino Unido, porque tiene los nombres grabados dentro de los párpados. Incluso sabe cosas que ella no; Rosa se llena de sorpresa y felicidad a partes iguales cuando Jean identifica algo que ella no conoce.

—No sé —le contesta a Tom. No quiere mencionar a Rosa. Ni a Francia.

—Qué misterioso te pones siempre, rubito —le dice él, rodeándole los hombros con un brazo.

El sol brilla directamente encima de ellos y sus sombras son diminutas a sus pies. Tom es más bajo que Jean y el ángulo en el que lo abraza implica que este nota la humedad de su axila, que la huele. Jean le devuelve el gesto y le aferra la parte del hombro en la que el músculo se une al hueso. Van chocando con la cadera conforme caminan y le gusta esa sensación de ir chocándose con Tom. En cuanto aparecen las primeras viviendas, sin embargo, Tom lo suelta.

Qué anticuadas son las tiendas comparadas con las de Londres: el tono rojo desgastado del tónico para la tos de la farmacia queda más descolorido aún por el viento cargado de sal, los productos iridiscentes de la pescadería llegan hasta la calle y la tienda de dulces tiene filas de joyas de colores, algunas cubiertas de azúcar y otras sin.

Tom lo lleva a comprar comida antes de nada, con el dinero de los dos. Más pan, huevos, un tomate y tres botellas de cerveza. Es Tom el que habla por ambos y Jean se percata de que pone acento del sur. Sí, van a acampar por ahí mismo, que es algo del estilo del premio del duque de Edimburgo, que son de un internado de la zona. No, del *hippie* no, menos mal. De otro, del Saint Barnard. Ah, sí, es que es muy pequeño y exclusivo, seguro que no han oído hablar de él, pero muchas gracias por la manzana gratis, que estamos en edad de crecimiento. Y listo, hasta luego.

Se compran una bolsa de patatas fritas que comen mirando al mar.

Son gruesas y crujientes y a Jean le duele la boca de comer tantas de golpe.

—¿Por qué no se parece en nada?

—¿Eh?

—El ajete ese que decías. No se parece nada a un ajo.

Jean retira la corteza crujiente de una patata y deja a la vista el centro, más blando.

—Es que no es lo mismo.

—¿Y qué es?

—Las cebollas, los puerros, los ajos, el cebollino…

—¿Cebollino?

—Son parte de la misma familia.

Tom recoge un puñado de patatas y se las mete en la boca; le brillan los labios por el aceite. Están sentados el uno al lado del otro y casi se rozan con las piernas. Jean observa la playa: cuerpos embutidos en bañadores de colores brillantes, todos ellos juntos. Niños que gritan al jugar, padres que gritan al regañar. Vendedores de helados que se cuelan entre los demás para hablar por encima de todos: ¡chocolate y menta, sorbete de limón, vainilla! Un perro salta para atrapar un *frisbee* al vuelo y echa arena sobre una pareja bronceada. Más allá de todo ello, el mar. No es el tono azul del Mediterráneo, pero brilla de todos modos.

—Vamos a nadar.

Doblan bien la ropa sobre la compra y echan una carrera, en calzoncillos, hacia el agua, más allá del rompeolas. Cuando Jean se da media vuelta, el ruido de la playa queda amortiguado por el vaivén del mar. Tom flota a su lado, con el cabello reluciente por el sol. Jean hace el muerto y cierra los ojos, de modo que el movimiento del agua le llena los oídos. Cuando los vuelve a abrir, le da la sensación de que Tom está más cerca. Le ve las pecas, la pequeña cicatriz encima de la ceja, el tono sonrosado de las mejillas. Sonríe, jadeando y sin aliento por estar manteniéndose a flote.

Después de salir, se secan sobre la arena. Jean se sorprende cuando Tom se quita los calzoncillos empapados y se queda sin nada debajo de sus vaqueros cortos; él se da media vuelta y se cambia con más modestia. No solo porque le dé vergüenza, sino porque no

puede dejar de pensar en las nalgas de Tom, pálidas y suaves. Caminan por el paseo marítimo y, si bien no está seguro, cree que se desplazan más cerca que antes, que la tensión y la separación que ha notado durante el desayuno se han evaporado con el sol. ¿Lo habrá perdonado Tom? Con la frente y la nariz del color de un melocotón maduro.

—¿Qué pasa? —pregunta Tom.

—Nada. ¿Por qué?

Tom le pasa la mirada por los labios un par de veces, hasta que alza una mano y Jean se inclina hacia delante; Tom le desliza el pulgar por encima del labio superior.

—Tenías un trozo de alga.

Vuelven al campamento, ya con largas sombras por delante. A pesar de que el camino es cuesta arriba, no es el esfuerzo físico lo que le acelera el pulso a Jean. Conforme las viviendas se van cambiando por setos y la escalera de la valla aparece por delante de ellos, ya está sin aliento: ansioso y, al mismo tiempo, reticente. Caminan en silencio. Por poco común que sea en él, Tom no ha vuelto a tocarlo, ninguna palmadita en la espalda, el brazo ni el hombro, como si él también tuviera sus zozobras.

El trayecto por el campo se le hace infinito. ¿Se meterán en la tienda de campaña o Tom lo empujará contra la hierba cerca de la hoguera? ¿Se irán al bosque, donde tienen más cobijo? Si Tom quisiera ahora mismo, Jean se tumbaría en el suelo y se lo daría todo. Tom lo adelanta muy decidido. Cuando llegan, se arrodilla junto a la hoguera, donde apila madera y saca lo que han comprado. Jean parpadea en lo que se desprende de la decepción, aunque el nudo en la garganta no se lo quita.

—¿Quieres cenar? Me muero de hambre —dice Tom.

Él no le responde que lo último en lo que está pensando ahora es en comer. Ahora que se han quedado solos, es como si hubiera más distancia entre los dos. O quizá siempre ha sido así y Jean se ha imaginado… ¿qué? Como cuando Tom le ha acercado el pulgar al labio.

Para cuando han cenado y se han fumado un par de porros, mientras Tom ocupaba el lado opuesto de la hoguera y le hacía preguntas sobre qué otras plantas comestibles hay por allí y luego sobre cuáles son venenosas, tema que se le hace más interesante, Jean ya ha perdido la esperanza. No era lo que se había imaginado: la primera noche la desperdició al quedarse dormido y ahora Tom parece conformarse con pasar la segunda noche recopilando una enciclopedia de plantas silvestres del país. Si hubiera sabido que Tom iba a ser tan buen estudiante, no le habría dicho nada del ajete.

Por tanto, no se imagina que va a pasar nada cuando Tom le propone darse un chapuzón en el río. Los dos siguen cubiertos de sal marina, del humo y el sudor de la hoguera. Aún no ha anochecido y sigue haciendo calor. Cuando llegan al agua, Jean se sorprende tanto por el frío del agua como por la desnudez de Tom. Esta vez no aparta la mirada.

En el internado tienen duchas comunales y siempre hay alguien corriendo desnudo por el pasillo, con otro dándole con una toalla, pero esos cuerpos siempre están acompañados del ruido y el caos propios de la adolescencia. Jean nunca lo ha visto así, de pies a cabeza. No es solo el largo pene de piel rosa oscuro rodeado de rizos, sino la cabeza, el cuello, la espalda, los muslos, los brazos, las pantorrillas, los tobillos. También es consciente de que será la primera vez que Tom lo vea a él. Lo nota mirarle los brazos largos y delgados, el pecho cóncavo y el pene, rodeado de pelo más claro. ¿Sentirá lo mismo que Jean al verle la curva de la clavícula? O la parte blanda del antebrazo.

Tom está más pálido aún por el frío y Jean se acuerda de algo que sucedió hace meses, cuando David los metió en su Land Rover y los llevó al palacio de Fishbourne. En el centro estaba la estatua, un mármol pulido acompañado de líneas marrones y azules, como la piel de Tom ahora mismo. Jean se acerca a Tom; en esa zona el agua no cubre mucho, de modo que Jean se agacha, cerca del lecho del río.

—¿Quién era?

—Nerón. —Tom agita la cabeza y unas gotitas le caen en la cara a Jean—. Menuda pieza estaba hecho ese.

—¿Sí?

Tom se hunde en el agua y, cuando le flotan las piernas, Jean se las atrapa.

—Hizo algo horrible ¿no? —pregunta Jean.

A pesar de que se imagina que Tom se va a echar atrás, le permite acercárselo más y sus manos hacen que la corriente ondee.

—Intentó matar a su madre.

—¿Cómo?

—Bueno —empieza Tom poco a poco—, primero intentó envenenarla.

—¿Con qué?

Tom está medio sentado en el agua, con las piernas alrededor de la cintura de Jean, pero sin apretar, y el cuerpo erguido y los brazos estirados. Jean le rodea el torso con los brazos y nota que se le tensan los músculos de la espalda.

—No sé, el brujo de las plantas eres tú.

Jean hace como que se lo piensa, con la mirada entornada hacia el cielo.

—Pues podría ser cualquier cosa.

—¿Qué usarías tú?

—¿En la antigua Roma?

—Cuando sea.

Cuando David les había contado que iba a llevarlos a un palacio, Jean se había imaginado un edificio enorme, lleno de columnas y cúpulas, por lo que aquella caverna subterránea lo tomó por sorpresa. La superficie se extendía hacia las tinieblas, moteada por baldosas desgastadas. David, en la penumbra, les explicó que lo que veían era tan solo una fracción de la construcción original: la estructura había quedado enterrada por el paso del tiempo, con cuerpos cubiertos de otros cuerpos, tierra, cloacas y viviendas. Las luces del suelo arrojaban unas sombras largas y oscuras por el rostro del director, hacían el efecto de que tenía los ojos huecos y le invertían la curva de la barbilla. En aquel palacio subterráneo, Jean fue consciente por primera vez de su propia mortalidad; es así que ahora, al notar la solidez de los muslos de Tom alrededor de las caderas, los bultitos de su columna, el agua helada, se siente vivo.

—No sé, supongo que cicuta —responde Jean.

—Pues eso mismo sería.

—La verdad, brota por todas partes. Justo hoy he visto en el bosque.

—Ah, debería andarme con cuidado, entonces.

Tom apoya un poco las manos en las caderas de Jean, y luego con más firmeza. El agua es menos profunda que en el mar y rozan el lecho del río con las piernas.

—Con mucho cuidado, sí.

—¿Cómo es la cicuta?

—Tiene el tallo verde y las flores blancas.

—Qué descriptivo. Pero bueno —añade Tom—, que al señor en cuestión no le funcionó.

—¿Qué pasó?

—Que luego intentó matarla con una roca.

Ahora que ya le ha pasado la sorpresa inicial, el frío desaparece y una calidez gloriosa le recorre el cuerpo. Nota la erección de Tom contra el muslo. Un ruiseñor se pone a cantar.

—Pero eso tampoco le surtió efecto, así que la metió en un barco.

—¿En un barco?

Tom pasa de un lado del rostro de Jean al otro y le roza los labios con los suyos. Lo aferra con más fuerza, para juntarlos y darle la respuesta.

—Un barco hecho para hundirse —le susurra antes de echarlo atrás.

A Jean se le mete agua por la nariz cuando pierde el equilibrio; casi se queda sin aire y se marea. Se intenta zafar, pero, por cómo ha cambiado el peso Tom, tiene los pies plantados en el fondo del río y las piernas aferradas a la cintura de él, que no puede liberarse. Nota una presión en el pecho que se va convirtiendo en histeria. Si abre los ojos, ve el rostro de Tom por encima del suyo, distorsionado a través de la furia deforme del agua, como en un espejo de feria.

Lo que Jean se había tomado como una broma pasa a ser más serio: la sensación de estar atrapado y las risas de Tom le recuerdan a otro momento en otro lugar. Al verano pasado, en Provenza, hace ya casi un año. El amigo de turno de Rosa era un hombre bajo del

centro de Roma (así que como Nerón) que se la cameló al describirle la pesadilla que era la Fontana di Trevi en temporada alta. Al día siguiente, el italiano se encontró con Jean en la cafetería en la que este iba comiendo un cruasán seco. Jean no quería ponerse a hablar con él y mucho menos ponerse a jugar una partida de tenis de mesa, pero Rosa estaba por ahí dibujando y él no se sentía con potestad para negarse cuando el hombre se lo propuso.

Cada vez que Jean se anotaba un tanto, el hombre le daba en el trasero con la pala. De modo que intentó perder, pero le daba la impresión de que el tipo lo dejaba ganar. Al italiano se le formaba sudor encima del labio y se le notaba la panza ceñida en su camisa de patrones coloridos. Jean no sabe por qué se quedó, por qué seguía dejando que el hombre le diera. ¿Fue por lealtad, por una suerte de vergüenza? O quizá porque notaba lo mismo que el italiano notó en él. Porque quería que lo notara. Algo lo retuvo allí del mismo modo que Tom lo retiene ahora, mientras las burbujas le pasan por delante de los ojos. Joder, no quiere que sus últimos pensamientos en este mundo sean sobre el italiano aquel. Solo que entonces Tom cede y el mundo vuelve a Jean y este sale del agua, gritando como un recién nacido.

—Serás cabrón —tose Jean mientras lo sigue a la ribera.

El aire le da la sensación de que el cuerpo se le ha prendido fuego. Tom se sigue riendo y los últimos haces de luz del día lo tiñen de naranja oscuro.

—Tampoco le surtió efecto —sigue explicando él, alzando las manos en señal de rendición.

Jean se le sienta encima y le atrapa los brazos.

—La madre de Nerón nadó hasta la costa.

—Imbécil.

—¿Yo? —dice Tom, intentando zafarse, pero Jean lo tiene aferrado entre los muslos—. El imbécil es ese, que se folló a su madre.

—¿Cómo?

—Nerón. Se follaba a su madre.

—¿Qué dices?

Jean se echa atrás, asqueado, y Tom aprovecha para darle la vuelta y retenerlo contra el suelo. Jean se defiende con las piernas,

pero solo le da al aire.

—Todos se lo montaban con todos en aquel entonces. —Tom se le acerca más—. Hombres y mujeres, hombres y hombres…

El canto del ruiseñor sigue sonando con notas que se repiten, que suenan por encima de sí mismas. Tom se le acerca más aún, hasta que se rozan con la nariz. Jean tiene frío; ya ha pasado el calor del día y él sigue mojado. Un escalofrío le empieza en el esfínter y le llega al torso, a los hombros, a la garganta y por último a los labios cuando Tom lo besa. Le nota los labios suaves, porque apenas lo roza, y las ansias y las ganas lo hacen temblar otra vez. Estira el cuello para besarlo bien.

La noche del solsticio, Tom no lo besó. Se sorprende al ver lo bien que encajan sus labios; se sorprende y también se siente justificado. Podría pasarse la vida entera besándolo. Aún tiene los brazos retenidos a ambos lados, y esa sensación, la de sentirse desesperado y abrazado al mismo tiempo, hace que el beso sea más placentero. Nota las nalgas de Tom en la entrepierna, cálidas, pero las gotitas de agua que le caen encima están heladas. La canción del ruiseñor va aumentando de volumen y, a pesar de lo tarde que es, a Jean le da la sensación de que el mundo se acaba de despertar. Tom lo suelta y Jean tira de él para colocarlo mejor encima de su cuerpo. Tom le aferra la cadera con una mano al tiempo que le enreda la otra en el pelo y se apoya en el suelo con un pie. Siguen moviéndose así, medio besándose y medio peleándose; a veces con los dos incorporados, con las piernas entrelazadas, o con uno de los dos en el suelo, con los brazos retenidos. Quedan cubiertos de tierra y hierba, con los pies ya embarrados por el río, y Jean piensa en los soldados romanos que combatieron en ese mismo lugar, aferrándose unos a otros con la misma ferocidad.

Tom lo sostiene bien contra el suelo con la mano izquierda y le lleva la derecha a la entrepierna. Es eso lo que hace que Jean se rinda al fin. Con la mano que le queda libre, se acerca la frente de Tom a la suya. Cuando no se besan, respiran en la boca del otro: alubias, humo, río. La ribera está húmeda y fresca; el sol se ha hundido por detrás de los árboles y, cuando Jean abre los ojos, ve a Tom como a través de una película, aplanado.

El ruiseñor termina su canción. A su alrededor, empiezan a cantar los grillos y, más lejos, suena el agudo chirrido de una máquina. Ruidos que se amplifican y retroceden conforme Jean aferra el hombro de Tom y lo muerde para impedirse hacer ruido. Tiene el cuerpo húmedo, una piedra se le clava en un costado y le ha dado un calambre en el pie, pero no nota nada de ello, sino tan solo un movimiento que lo hace girar hacia el cielo teñido de rojo.

Después de eso, Jean se acomoda de espaldas y forma un puño para que Tom se lo folle, pero, por lo que sea, cuando Tom se coloca en posición, no encajan. Cuerpos que antes estaban sincronizados ahora se mueven con torpeza, hasta que Tom se echa atrás entre maldiciones. Llega el frío y algo cambia en la mirada de Tom. No sabe si será por eso, porque le da miedo que no sea feliz, o porque se siente culpable por haber sido el primero en correrse, o porque Tom le ha estado hablando de hombres follando con otros hombres, pero Jean acaba sugiriéndole que, si quiere, pueden hacerlo de verdad.

Si quiere.

La primera vez que lo prueban, el dolor es horrible. Jean levanta las piernas para que Tom lo frote con saliva y luego nota algo que entra en él a la fuerza, o quizá que quiere salir de él. Como la mierda más dura que haya cagado en la vida. Jean se muerde la mano, pero Tom insiste con más fuerza, hasta que no puede evitar quejarse de dolor. No es tan fácil como se había imaginado.

—Espera un momento —le pide Tom.

Conforme parpadea hacia el cielo despejado, las ansias le crecen por dentro. ¿Era así como se sintieron los soldados romanos al ver que se acercaban a los acantilados de Dover, cada vez más grandes, hasta que les llenaron la visión? Tom vuelve con la mantequilla, suave y derretida por el sol.

La grasa llena las fosas nasales de Jean cuando esta vez, tras dos y tres intentos, Tom entra en él. Le duele, aunque no de la misma forma. Es un olor intenso, embriagador y dulce que hace que le den arcadas. El olor en el baño del campamento también le dio arcadas: mantequilla dulce, aceite amargo, y el aroma a carne particular de aquel italiano. No lograba desprenderse de él por mucho que se

limpiara. Tom arremete con más fuerza y Jean suelta un grito ahogado. ¿Cuánto más va a poder entrar?

La ventana del baño estaba abierta; unos copos de pintura amarillo claro se habían soltado en el alféizar y revelaban la madera podrida de debajo. Jean se centró en eso, igual que ahora intenta centrarse en una parte del hombro de Tom en la que se le juntan varias pecas. Tiene las venas del cuello azules y el rostro rojo. No parece que lo esté disfrutando mucho, como pasó con el italiano. Tom arremete y Jean suelta otro jadeo, otra arremetida y ya lo nota en el vientre. Al menos el dolor lo aleja de Provenza y lo devuelve a su cuerpo en el presente.

Hay algo más debajo del dolor: en el centro, un carbón pequeño y caliente. Es fugaz, pero Jean capta el fuego. Cuando el italiano gruñó al terminar, Jean sintió algo similar, un movimiento en la base de la pelvis. El aroma a mantequilla y hierba dulce queda sustituido por uno amargo, más intenso. La batalla de nuevo. Hombres ataviados en armadura corriendo por un campo embarrado, manchados por la lluvia, la sangre y los excrementos, avanzando a través de la tierra que se les aferra a los muslos, contra el metal que les rodea el cuerpo, hacia una muerte segura.

Se lavan en el riachuelo y Jean está adolorido. Tom no se ha corrido dentro de él, sino en el vientre; Jean estaba cubierto de semen y goteaba mierda y se sintió agradecido de que Tom no se marchara. Se limpia el vientre, el ano, los muslos. Por encima de ellos, los últimos colores del día se desvanecen y el firmamento se tiñe de un azul más apagado, sedoso. Aparecen las primeras estrellas y, más lejos, el primer atisbo de la luna. A Jean le recuerda a una fotografía de exposición doble, una imagen superpuesta sobre otra. Lo nuevo sobre el recuerdo de lo anterior. Se toca distraído, al pensar que estaría bien volver a correrse.



Al día siguiente, trasladan las vituallas a un tramo de playa desierta, ya en la costa. Es otro día precioso, con la arena reluciente y caldeada. Se desvisten y se meten en el agua antes de montar el

campamento: Jean coloca la tienda y Tom prepara la hoguera. Se mueven uno alrededor del otro en silencio y con comodidad. A pesar de no estar hablando, el silencio no es como el de ayer. Cuando echan mano de la cantimplora al mismo tiempo y se rozan sin querer, los dos se apartan avergonzados.

Anoche, cuando volvieron a la tienda, Tom se metió en su saco de dormir y se quedó frito de inmediato. Jean, por su parte, se quedó despierto por la preocupación, pero ese miedo se ha disipado a lo largo del día. Aún hay veces en las que Tom desaparece (se le esfuma la expresión y se le hunden los ojos, como si le hubieran quitado las pilas), pero esos momentos no duran mucho y a Jean no le hace falta saber a dónde va.

Se relajan y nadan por momentos. Tras ellos hay un pequeño bosque en el que, tal como le enseña Jean, una colmena hace equilibrio en las ramas de un falso castaño. Jean lo ayuda a correrse con la boca; Tom, con la mano. Tom va a buscar leña para la hoguera y preparan caballa que han comprado de un puesto junto a la carretera. La piel se les oscurece y les salen ampollas y, cuando ponen el pescado entre dos trozos de pan, el aceite les gotea sobre las rodillas. También tienen cerveza y más tomates. Se tumban en la arena y observan el sol descender más allá del horizonte. Jean quiere saber si el sol se pone en el mismo punto exacto cada día y Tom le explica que no, que se mueve con la Tierra. Apoyado sobre los codos, piensa que les irá muy bien cuando vayan a China: con Tom, no se perderán nunca, y él puede cargar con la tienda de campaña, puede salir a recoger plantas. Se lo cuenta, le dice que se llevará un libro sobre plantas de China, pero Tom está tumbado con los ojos cerrados.

Ya es oscuro del todo cuando Tom se despierta sobresaltado. Jean ha estado observando la luna, intentando ver si es creciente o menguante. Ante ellos se extiende el mar, un tramo de oscuridad más densa. Tom se enciende un cigarro.

—¿Crees que los demás lo estarán haciendo?

—¿El qué?

—La vigilia nocturna.

Jean agrupa un conjunto de leños y expone la parte en la que

arden.

—Ni me lo había planteado.

—Pues deberíamos hacerlo.

—¿Toda la noche?

—¿Por qué no?

A pesar de que Jean tiene sueño por tanto sol y tanta arena, no quiere decepcionarlo. Coloca otro leño encima y sopla hasta que el fuego se aferra a él.

—Podemos intentarlo, aunque a lo mejor nos cuesta.

—He traído algo.

Tom le muestra unas cosas marrones y marchitas. Las sacó de Hugo, quien las sacó de Charles Burrows, quien parece ser que tiene una farmacia entera montada en el internado. Jean abre un botellín de cerveza.

—Vale.

No será la primera vez que Jean se meta setas, pero sí para Tom, de modo que es Jean quien divide el alijo. Podrían preparar té, aunque tendría un efecto menor y, como ya han cenado, están en desventaja. A juzgar por el aspecto que tienen, no hay trufas, solo sombreros.

—Ah.

—Están bien también, solo son menos intensos.

—¿Y si tomamos más?

Tom inspecciona el montoncito que tiene en la mano. Cuando Jean se metió setas con Kelly, ella se convirtió en una muñeca de tamaño real.

—Así estará bien.

La otra vez se las comió con una cucharada de miel, pero, como no tienen, va a tener que ser a palo seco.

—Joder, qué asco —se queja Tom con una mueca antes de tragarse casi toda la cerveza, de modo que Jean tiene que beber agua para quitarse el amargor—. ¿Y ahora qué?

—Ahora esperamos.

—¿Cuánto tarda?

—Pues depende.

Tom tiene la camisa abierta y se le ve el vientre; se le han subido

los pantalones cortos por los muslos. Está rosa de pies a cabeza.

—Necesitaremos visados —comenta Jean.

—¿Para qué?

—Para ir a China.

Tom suelta un gruñido y se tumba de espaldas.

—¿Sabes que George puede disparar a un faisán desde casi cuarenta metros?

—Anda.

—Y es el número seis más rápido del equipo, los demás lo llaman «motor».

—¿Qué equipo?

—De remo. Y sabe montar a caballo.

Es la primera vez que Tom le habla de su hermano desde que murió. Y le habla de él en presente.

—Pero George no se ha metido setas nunca. Y ahora no podrá hacerlo.

—¿Cómo sabes que no lo ha hecho?

—Detesta a los *hippies*.

—Yo no soy *hippie* —se ríe Jean.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Es una tontería.

—Con tus rezos y esas cosas.

—Se llama «meditación».

—Seguro que soy el primero de la familia que se mete drogas —dice Tom. Y añade—: ¿Ya notas algo?

—La meditación no es nada de *hippies*.

—Tengo sed.

—Hay famosos que lo hacen.

—Exacto.

—En China, por ejemplo, que son comunistas. La meditación es lo opuesto a ser *hippie*, todo lo contrario.

Por encima de ellos, las estrellas se despliegan por el firmamento. Jean nunca se hartará de ellas; en Londres no se ven, porque lo más normal es que el cielo esté cubierto de polución. Hoy parecen brillar más que nunca.

—No me imagino al presidente Mao diciendo «paz y amor,

colegas» —dice Jean.

Silencio al otro lado de la hoguera. Cuando se incorpora, lo ve con la mirada fija en las llamas.

—¿Tom?

Al principio, cree que le ha dado otro de sus momentos de ausencia, pero entonces Tom se gira despacio, con los ojos y la boca abiertos. ¿Será una mala reacción? Sin embargo, al ver a Jean, la expresión se le llena de alegría, y él también lo nota, capta esa sensación que le cubre el cuerpo. La arena bajo él, sobre él, el mar que tiene en el interior. El aire, la luna, el fuego. Todo ello adquiere un significado nuevo y colabora en armonía para crear esta noche única solo para ellos. Qué bien se está. Jean esboza una sonrisa enorme que imita a la de Tom, la cual crece hasta que los dos se echan a reír. No recuerda haberse sentido más feliz en la vida. Qué buenas son las setas esas.

Vuelven al mar y se lo pasan pipa sintiendo la arena que se les mueve bajo los pies. Se desvisten en la parte en la que el suelo es más compacto y fresco. Nadan y el agua se les antoja terciopelo. Jean intenta explicarle que la meditación es como el agua, pero ya no se acuerda de cómo lo decía Bruce Lee y, además, Tom se ha echado a reír y él también. Pasan un rato haciendo de valvas, hechos ovillos el uno al lado del otro. Luego son aves que corretean por la playa, soltando gritos, y, por último, peces. Tom cree que en una vida anterior fue pez, pero Jean no lo ve así. Al verle la piel sonrosada iluminada por la hoguera, Jean ve que es un zorro.

—¿Y tú? —le pregunta Tom.

—No sé, ¿tú qué crees que soy?

Tom se lo queda mirando.

—Aún no lo sé.

Le rodea los hombros con un brazo y se lo acerca. Sí, Jean nunca había sido tan feliz.

La noche es larga, sin embargo, y después de elucubrar sobre qué animales serían, de que Tom le haya hablado más de su hermano y Jean, de China, parece que se les han acabado los temas de conversación. Le dan vueltas a la idea de meterse más setas. Jean va a mear a los arbustos que quedan detrás de la tienda de

campaña y es ahí donde lo ve.

—Mira.

—¿Qué es?

—Adivínalo.

—No puede ser.

—Ya te he dicho que crece en todas partes.

—No te creo.

—Mírala.

—Joder —suelta Tom—. No la toques.

Jean gira el tallo entre los dedos, de modo que las flores blancas y esponjosas parecen volverse borrosas y las hojas serradas se despliegan. Le roza la nariz a Tom.

—¿Estás loco?

—¿Y si nos la comemos?

—¿Qué dices?

—Tú y yo, va.

Tom parece asustado de verdad y le tiembla la voz.

—Estás bromeando.

—¿Por qué no?

—Jean, venga ya.

—Gallina.

Jean se lleva la planta a los labios.

—Jean.

Se mete una flor en la boca y aplasta los pétalos con los dientes. Tom se ha quedado pálido, con los nudillos blancos de tanto apretar las manos. Cuando Jean le da un bocado a la siguiente flor, Tom intenta quitarle el tallo.

—¡Se te ha ido la olla! —grita Tom.

—Espera, espera —le pide Jean, intentando esquivarlo, pero Tom no le hace caso y se abalanza sobre él.

Jean corre y Tom lo persigue por la playa, por las tiendas de campaña y otra vez en los arbustos. Tom tiene una expresión salvaje y, cuando Jean se tropieza con una raíz junto al bosque, se le echa encima. Jean intenta zafarse, pero Tom le mete los dedos en la boca, aunque consigue que entre más arena en lugar de sacarle la flor. Sigue gritando y ¿llorando también? Por fin, Jean consigue

quitárselo de encima y decir, entre toses:

—Perejil.

Tom se aferra al pelo y Jean se agacha junto a él.

—Tom, que no es cicuta. Es perejil silvestre.

Lo que sucede a continuación es a cámara lenta. Tom le da un puñetazo en la mandíbula y Jean se cae hacia atrás, con lo que golpea el tronco del falso castaño y tira abajo una colmena. Unas cuantas abejas caen al suelo, donde zumban tranquilamente. Tom, aún tenso por el miedo, entra en pánico y les da golpes a los insectos. Y estos, también por el miedo, contraatacan.



A Tom se le ha hinchado la mejilla hasta alcanzar un nauseabundo color amarillo. A Jean le duele la cara, pero no quiere pensar en eso ahora mismo. Le ha llevado un buen rato calmarlo y él aún no le ha dicho nada. Ha subestimado el colocón de Tom y ahora se arrepiente, al recordar el miedo que le dio la versión muñeca de Kelly. Sentó a Tom junto a la hoguera y le dio una botella de agua mientras preparaba una cataplasma de álsine y barro.

—Ojo, que escuece.

Tom hace una mueca de dolor cuando Jean le va aplicando la pasta en la mejilla.

—¿Cómo sabes todas estas cosas?

—¿El qué?

—Esto, lo de la cicuta, lo del ajo chungo aquel.

—No sé.

—Venga ya.

No todo fueron princesas y ogros y paseos matutinos cuando salía con Rosa, sino que hubo cosas que aprendió a las malas. En el baño del campamento había una abeja y, cuando Rosa le untaba la misma pasta que ahora usa él con Tom, le preguntó qué había hecho para que se enfadara el insecto. El cabello le caía en mechones sueltos alrededor del rostro y tenía unas ojeras muy oscuras. Cuando él le respondió que la abeja estaba atrapada, ella le recriminó que por qué siempre tenía que estar haciendo estupideces. Tom suelta un

ruidito como de tetera al hervir.

—Vale, pues no me lo cuentes. Me da igual.

—Perdona.

—Es que nunca me cuentas nada.

Tom le aferra el rostro con las dos manos y se lo acerca. Seguro que aún está colocado.

—¿Quién eres, rubito?

Lo que no le contó a Rosa, lo que no es capaz de contarle a Tom ahora, era que él también estaba atrapado. Era temprano, antes de que la mayoría de los del campamento se hubieran despertado. Y Jean no sabía cuánto rato llevaba el italiano allí plantado, mirándolo. ¿Lo había visto mear? Iluminado desde atrás, en la puerta del baño, parecía más corpulento. Se le acercó con los mismos movimientos raudos, hablando como si nada de los pantalones cortos que llevaba Jean. Tocaba la tela, le decía que era un color muy bonito, y le preguntó si los había comprado por ahí cerca. Jean acabó en un cubículo, con el hombre apretujado contra él. Desde donde estaba, le veía la pequeña calva que tenía. Le notaba la erección.

—¿Qué mierda te pasa? —dice Tom, tirando la pasta al suelo—. Para ya. Deja de mirarme así.

Jean recoge tanta pasta como puede para devolverla al cazo.

—Es como hablar con la pared —sigue Tom.

No queda mucho y lo que Jean logra recoger se ha llenado de tierra y ramitas. Tiene las manos sucias.

—No sé leer la mente, ¿sabes? Aquella primera noche no sabía si ibas a estar allí o no —dice Tom.

—Sí que estaba.

—Ya, pero no me dijiste que ibas a ir. Si no me lo dices, no tengo cómo saberlo.

Jean guarda silencio.

—Luego te vuelves loco e intentas suicidarte.

—Pero si era perejil.

—No me hace gracia —dice Tom, con la voz quebrada—. Llevo dos años, dos años enteros, tratando de saber qué piensas ahí dentro.

Y algo se abre dentro de Jean. ¿Eso significa que Tom ha sido consciente de su presencia tanto tiempo como él? Se sorprende.

Creía que le había demostrado las ganas que tenía de estar aquí, creía que era obvio, que era una sensación que salía de él como el sudor. Y ahora él le dice que quiere más, que hace mucho tiempo que quiere más. Jean intenta no pensar en la pasta desperdiciada y, en su lugar, se centra en que Tom está ahí, en que lo abre como la cáscara de un huevo.

—No sé quién diablos eres.

Jean podría decirle que no hay otra opción, que nunca habrá otra opción para él, pero le faltan las palabras. La pasta que ha caído al suelo se ha secado y forma una capa fina y pálida. Podría hablarle de Rosa, pero cree que le sabrá a poco, porque le está pidiendo algo que no le haya dado a nadie. Lleva todo el fin de semana tanteándolo, como si notara que hay algo dando vueltas por los rincones de su mente. Como si ya supiera lo del italiano. Jean nota que le va tirando de la confesión, como si de un hilo se tratase.

—Me picó una abeja en Francia —dice—. Y había un hombre.

El mar rompe tras ellos; parece estar más cerca y lejos que antes al mismo tiempo. A Jean le duele la baja espalda y le late la mandíbula. El efecto de las setas le va desapareciendo. Arroja lo que queda de pasta al suelo y se avergüenza al recordar cómo intentó ligar con él el italiano, al preguntarle qué le gustaba, si alguna vez lo habían follado de verdad. Y, en respuesta al asustado y furtivo «no» de Jean, le sujetó la mano y se la llevó a la entrepierna. El calor de la noche anterior, el grosor duro. Tom guarda silencio y lo observa.

—Sí, había un hombre.

No le cuenta gran cosa, no le dice que el hombre le pidió que escupiera, que se la frotara, que se la metiera en la boca. La ventana abierta, los copos de pintura. La abeja. Sin embargo, en el silencio subsiguiente, Jean sabe que Tom lo entiende. Se lo queda mirando y aparta la pierna; Jean se da media vuelta y tira el cazo a un lado.

Qué tonto ha sido. No era eso a lo que se refería Tom cuando ha dicho que quería conocerlo, claro que no. Se marea al imaginarse lo que estará pensando de él ahora mismo. Y lo peor es que el italiano no lo amenazó; hablaba con tanta confianza, con tanta certeza, que parecía que sabía lo que era Jean y lo que quería hacer. Si le hubiera

insistido, quizá Jean habría dejado que lo follara. Fue solo cuando ya estaba de rodillas que la situación se puso más brusca. Y no fue hasta más tarde que se percató de que la abeja le había picado.

Tom tose y se pasa una mano por el rostro.

—No pasa nada —dice Jean, y se pone a encargarse de la hoguera.

El ambiente adquiere esa cualidad fina previa al amanecer y hace frío. Se centra en colocar rama sobre rama, sin querer mirar a Tom por lo que podría encontrar en él. Sabe que lo verá como que Jean lo estuvo pidiendo, que se lo merecía. Solo que entonces Tom le apoya una mano en el brazo y le detiene el temblor de la mano. Es un momento breve y fugaz, pero es lo que le hacía falta.

—Odio a George —dice Tom en voz baja.

El cielo acelera a su alrededor; Jean tirita.

—Claro que no.

—Ah, no, tienes razón. Lo odiaba.

—¿En serio?

—No dejo de hablar de lo guay que es, pero la verdad es que le tenía miedo.

Jean se abraza las rodillas y apoya la barbilla. Sabe que Tom está intentando hacer que se sienta mejor y lo está consiguiendo.

—Una vez me metió en una maleta y me dejó encerrado tres horas. Me meé encima.

Jean suelta un resoplido.

—Oye, ¿nos queda birra?

Tom lía un cigarro y comparten la última cerveza. Las primeras gaviotas sobrevuelan la zona con su graznido; Jean tiene esa sensación de vacío que le da después de vomitar. Se meten en los sacos de dormir y se juntan en la entrada de la tienda de campaña.

—No quiero volver —confiesa Tom.

—Ya, yo tampoco.

—Tres días después del entierro, mi padre me llama a su despacho y me dice que tras los exámenes tengo que aprender cómo funciona el negocio familiar.

Jean va asimilando la información.

—¿Justo después? —Intenta mantener un tono neutro.

—Sí —responde Tom—. Qué pesado es, macho.

Tom echa mano del botellín de cerveza, aunque antes de ello le roza el rostro.

—Por la mañana no estará tan mal.

¿Acaso Tom se da cuenta de que si vuelve a su casa justo después de los exámenes no podrá ir con él a China? Quiere preguntárselo, pero algo hace que se contenga. Ya ha dicho más de la cuenta. Los dos, vaya. ¿Los silencios de Tom a lo largo del día de verdad eran por lo sucedido con George o se debían a otro motivo? ¿Estaba esperando para darle la noticia? Ahora se acuerda de que ha estado evitando el tema de China cada vez que lo sacaba él. ¿O es peor aún y en ningún momento ha creído que fueran a ir de verdad? Jean sabe que es lo que piensa Tom porque en parte él tampoco creía que fuera a suceder.

Cuando terminaron, el italiano le dio unas palmaditas en la cabeza y se tocó. Jean no se sintió mal hasta aquella misma noche, cuando, al entrar en el restaurante, vio a Rosa y al hombre sentados en los taburetes de la barra, a ella riéndose a pleno pulmón.

—Lo hemos conseguido —dice Tom—. Mira.

Es cierto, ya está amaneciendo. ¿A eso se refería David cuando les aconsejó que hicieran lo de la vigilia nocturna? Al menos Jean podrá volver y decir que ha cambiado.

Emprenderán la marcha en direcciones distintas para poder volver al internado por separado. A pesar de que Jean quería hacer parte del tramo juntos, Tom ha insistido, de modo que no puede evitar pensar que ya se ha hartado de él. ¿Tom se habrá dado cuenta de que se está acabando todo? Llegarán los exámenes y, después, la nada. Le da la sensación de que estos dos días han sido un universo aparte. En cierto sentido, ha llegado a creer que no iban a terminar nunca, pero la realidad, tan constante como la luz del alba, ha acabado llegando. Tiene un nudo en la garganta. Cuando se da media vuelta para marcharse, Tom lo sujeta de un brazo. Y se imagina varias palabras que se le forman en los labios: que irá a China. Que no es

gay. Que lo quiere. Aun así, lo que dice en realidad es:

—Un cisne. Eso es lo que eres, rubito.

Jean recuerda al zorro que vio durante su primer día, con el pelaje teñido de rojo alrededor de la boca. Y, unos metros más adelante, el campo de batalla, con plumas blancas tiradas por el suelo, formando una espiral hacia el cadáver ensangrentado. No es lo más común, pero, cuando la desesperación entra en juego, los zorros cazan cisnes.

CAPÍTULO DIEZ

Es el día siguiente a la excursión. La mesa de billar está cubierta por una lámina de madera que la transforma en un escritorio alrededor del cual se sientan Hugo, Tom, Percy, Theo, Colin y Jean. Samuel está tumbado en el sofá. Si bien se supone que deberían estar estudiando para los exámenes finales, se han puesto a hablar de Charles Burrows, que ha desaparecido. Sin avisar, sin despedirse, sin una última clase.

—Eso es que se ha cargado a alguien —asegura Theo.
—¿Y dónde está el cadáver? —pregunta Colin.
—A-aquí —tartamudea Percy—. Estamos en una tu-tumba.
—¿Y a quién mató, Sherlock?

—A alguien de la ciudad.

—A una po-pobre zorra.

—Y la trajo para aquí.

—Y justo cuando ella estaba a punto de quitarse la ropa… —aporta Samuel.

—¡La agarra del pescuezo!

Theo y Samuel se lanzan sobre Colin, quien se zafa y corre por la sala.

Otro día caluroso, y en la sala el ambiente está estancado. En el exterior, la hierba luce amarillenta y seca por la falta de lluvia y los gritos de los chicos les llegan amortiguados. Theo y Samuel se acercan a Colin hasta que este abre su navaja, momento en el que se echan atrás y vuelven a sus puestos: Theo fumando un cigarro detrás de otro en la mesa y Samuel tirado en el sofá. Hugo, que ha guardado silencio por muy poco característico que sea en él, lanza una pelota contra la pared y mancha el papel pintado rojo con cada golpe.

Jean dibuja en su muy vacío cuaderno de ejercicios. Hace demasiado calor para estudiar y, además, es incapaz de dejar de pensar en la inesperada ausencia de su profesor. Jean volvió tarde anoche, tras cometer la torpeza de torcerse el tobillo en el último kilómetro de trayecto. Los demás se habían quedado despiertos, pero solo porque David los había obligado.

—Ya era hora, macho —soltó Tom al verlo llegar cojeando, y todos se marcharon.

Cuando se quedaron solos, David le dio la noticia: no iban a tener más clases, porque iban a ponerse a estudiar para los exámenes, y Charles Burrows se había marchado. Jean quería saber por qué, pero el director puso un tono más serio de lo normal cuando le contestó.

—Por el amor de Dios, Jean, no estoy para tus tonterías ahora mismo. —Y luego, en voz más baja, en tono arrepentido, añadió—: Vamos a superar las dos semanas que nos quedan y ya está, ¿vale?

Acomodado sobre la mesa, mientras su dibujo va mutando hasta convertirse en un maestro de karate que ataca a un grupo de niñas, aún quiere saber qué le ha pasado a Charles. Qué ha hecho

concretamente. Theo apaga un cigarro en el cenicero de color dorado y se enciende otro.

—A ver, las cosas como son, si Charlie matara a alguien, no sería a una mujer.

—¿Tú eres imbécil o qué? —le suelta Hugo, sin dejar de lanzar la pelota.

Theo alza las manos en una disculpa de broma.

—Nos hemos levantado con el pie izquierdo, ¿eh?

—¿Quieres bronca? —Hugo se pone de pie—. Te voy a partir la cara.

—Joder, Hugo.

Samuel los mira a los dos, nervioso. Y algo ilegible pasa entre todos. Hugo tiene el rostro demacrado y triste, lleno de emoción.

—Quizá no ha matado a nadie —propone Samuel—. Igual era un líder o algo. De una de esas sectas.

—C-como Charles Manson —dice Percy, más animado, y Theo se suma a la sugerencia.

—Siempre ha sido rarito, ¿no? ¿Qué era aquello que llevaba? Con las campanillas esas. No me extrañaría, la verdad.

Hugo suelta un resoplido y se echa atrás.

Charles Burrows siempre ha sido poco convencional y ha vivido en los límites de lo que se considera aceptable, pero hasta ahora que ha desaparecido Jean no había considerado lo que significan sus rarezas. El tumbarse en el suelo de un aula en penumbra para escuchar *Bajo el bosque lácteo*. El pisotear por el pasillo, aporreando sartenes y ollas, mientras recitaba a Tennyson en una suerte de banda. Últimamente su forma de enseñar se había vuelto más errática, como lo que pasó después del solsticio, que se desmayó, o en lo que ahora sabe que fue su última clase juntos, cuando su comportamiento se volvió errático.

Los alumnos llegaron al aula para encontrarse al profesor paseando por la sala en una bata de terciopelo raída. Tenía las mangas adornadas con campanas y cada vez que levantaba los brazos, que era bastante a menudo, les llovía una cacofonía. Iba sin afeitar, con el bigote más poblado de la cuenta y el pelo despeinado. Según los hacía pasar con un tintineo y los hacía sentarse en el

suelo para montar una ceremonia del té japonesa, Jean le vio las oscuras ojeras que tenía, el tono amarillento de la piel.

—Hoy es un día especial —canturreó Charles, brincando entre los chicos y dándoles golpecitos en la cabeza, como si jugara a «pato, pato, ganso».

En ocasiones hablaba muy deprisa, y otras, perdía el hilo de lo que decía a media frase. Se le notaba nervioso e inestable en lo que se arrodillaba en el suelo para servir el té. Cuando Percy le preguntó qué celebraban, Charles se giró para mirarlo («¿Cómo dices?»), con la tetera aún inclinada, de modo que un chorro de té hirviendo le cayó en el regazo a Jean. Este gritó, pero el profesor no se dio cuenta y siguió empapando la moqueta con aquel té hirviendo y amaderado, parpadeando sin enterarse de nada.

—Mi madre dice que fue cosa del gobierno —dice Theo, volviendo al tema de Charles Manson—. Después de todo lo que pasó en el 68, el gobierno se lo estaba haciendo encima, ¿verdad? Y tenían que volver a tomar el control.

—¿Dices que el gobierno estadounidense mató a treinta personas? —Colin se ha puesto a tallar algo en el tablón de madera que cubre la mesa.

—Que fueron treinta y cinco.

—No, digo que les interesaba.

—Que les den a los *hippies*.

—Eso, que les den.

Después de lo del té, el resto de la lección también fue caótico. Se suponía que debían estar estudiando *Hamlet*, pero, cuando Hugo se puso a leer el papel de Gertrudis, el profesor lo interrumpió, le apretujó las mejillas y le dijo que debía sentir el diálogo en el corazón. Hugo se quedó mirando el libro y los demás notaron la vergüenza que le estaba dando. En un momento determinado, Charles se subió a la mesa y les pidió que aullaran, que gritaran como habría hecho Hamlet. Los chicos guardaron silencio y evitaron mirar a los demás. Y, de pronto, el profesor se dio por vencido, ya fuera por aburrimiento o por la decepción, y se dejó caer en la butaca, murmurando entre dientes, con Platón, gordito y desaliñado, en el regazo. Jean no se acuerda de quién fue el que preguntó si

podían marcharse, pero sí recuerda que Charles, mirándolos con los ojos inyectados en sangre, los mandó a la mierda.

Cuando ya había cruzado medio campo después de aquella clase, Jean se acordó de que se había dejado la mochila en el aula, que era donde guardaba su cajetilla de caramelos para la tos. Al volver, se encontró al profesor dormido, con dos arrugas bien marcadas en la frente, y Jean pensó que parecía tener mucho más de veintiséis años. Mientras lo observaba, Platón alzó la parte de atrás del cuerpo, tembloroso, y lanzó un torrente de bolitas marrón oscuro. Algunas cayeron al suelo, mientras que otras, calientes y apestosas, se pegaron al regazo de Charles.

—¿Qué pasará ahora con Platón y Sócrates? —pregunta Jean en el aula de estudio.

—Dicen por ahí que los conejos de Angora están riquísimos —comenta Theo.

—Panda de salvajes —se queja Samuel.

—¿Y el tatuaje de Manson? —pregunta Hugo. Parece ponerse nervioso cada vez que desvían el tema de conversación de vuelta al profesor. Y mira a Jean al añadir—: Menudo tatuaje tenía en la frente, ¿eh?

—Se hizo lo de la cruz durante el juicio —explica Percy en voz baja —. Como una d-diana.

—Pero no es una cruz, ¿verdad? —insiste Hugo, aún mirando a Jean. Y este nota, más que ver, que los demás pasan la mirada hacia él.

—En un p-principio no era una es-esvástica —continúa Percy—. Es un p-posicionamiento po-político.

Hugo tartamudea sin decir nada mirando a Percy, quien agacha la mirada.

Jean podría perdonar a Charles Burrows por su afición a la bebida, por los exabruptos llenos de ira y por quedarse dormido, pero lo del conejo que se le cagó encima fue tan nauseabundo que no podía excusárselo. No fue por el excremento del animal en sí, que apestaba el aula, sino por la falta de conciencia de Charles; eso fue lo que le revolvió el estómago, lo que lo hizo verlo con otros ojos. En lugar de un profesor excéntrico, pasó a ser un desastre de persona.

¿Fue por eso que lo han despedido? ¿David se enteró de lo descarriado que estaba y lo ha puesto de patitas en la calle? ¿O habrá algún otro motivo? Una transgresión horrible y específica que David no ha podido pasar por alto. Jean abre una ventana y el alivio se niega a entrar. En el horizonte se juntan unos nubarrones oscuros y el ambiente está saturado. El sudor se le desliza por el cuello.

—A lo mejor es que robó algo del internado —dice Theo, como si hubiera seguido el mismo hilo de pensamientos.

—Mirad este, por ejemplo —Hugo hace un ademán hacia uno de los cuadros—, ¿por cuánto creéis que se vendería?

—Mierda, no lo estamos aprovechando nada —dice Colin, animándose—. Mirad todos los trastos que tienen aquí metidos. Nos forraríamos.

Valiéndose de la muleta que le dio David, Jean se sube al asiento de la ventana y estira la pierna por el cojín desgastado. La enfermera le puso una venda en el tobillo anoche, pero aún nota los latidos de dolor. Se asoma por la ventana y ve a los más jóvenes corriendo a lo lejos, unos puntos estáticos comparados con el cielo. Tras él, se ponen a discutir si Colin podría vender lo que sacasen del internado o no; el aludido asegura que su padre conoce a alguien del mercado de Portobello, y Hugo se interesa. El único problema sería el transporte, aunque está seguro de que podría pedirle la furgo a su padre. Tom, que lleva todo ese rato en silencio, sigue encorvado sobre el cuaderno de ejercicios, aunque Jean ve que no escribe nada. Durante su última mañana juntos, Tom juntó sus sacos de dormir, de modo que, durante las pocas horas que en realidad durmieron, el cuerpo cálido y desnudo de Tom se curvó contra el de Jean. Le gustó notar el pene suave de Tom junto a sus nalgas más que el hecho de follar.

—No seáis imbéciles —dice Tom en el aula, enfadado—. Sabemos de sobra por qué se ha ido.

Los demás se quedan callados y Jean ata cabos para sus adentros: Hugo se ha puesto verde y mira a Tom con expresión amenazante, aunque también… ¿suplicante? Jean se acuerda del anterior profesor de Francés y el alumno: aquel tórrido amorío de cuya existencia nadie sospechaba, la barricada que montaron en una de las alas del

edificio con un estandarte en el que se leía: *Vive la révolution*, el escándalo cuando los periódicos de la zona se enteraron de la noticia, el rumor de que David los había sobornado para que nada llegara a imprenta. Se imagina el escándalo que se armaría si volviera a suceder algo similar: «Internado para rebeldes resulta ser una tapadera para el sexo homosexual». El escándalo acabaría con las matriculaciones, por mucho que Compton Manor sea un último recurso para la mayoría.

David no querría arriesgarse a sufrir otra desgracia similar. Si se enterara de que un profesor ha vuelto a juntarse con un alumno (y ahora Jean se acuerda de cuando Hugo salió del aula de Charles, ruborizado; del profesor sirviéndole una copa; de la mano que le apoyó en la cabeza), atajaría el problema de raíz, con la mayor premura. Es mejor no involucrar a los padres del estudiante en cuestión (y menos a esos padres en concreto, que forman parte de la junta, que donan una gran suma de dinero al internado cada año), mejor que nadie se entere de lo sucedido. Jean se sorprende de que Charles escogiera a Hugo y no a él, aunque quizá no escogió, sino que fue Hugo el que se le echó encima. Los chicos guardan silencio y esperan a que Tom siga hablando, y parece que está a punto de decir algo, pero Theo lo interrumpe.

—Sí, sí, claro que lo sabemos. Charles era el profesor menos cuerdo del país. Pero ¿de verdad tienes que jodernos lo bien que nos lo estamos pasando poniéndote tan serio siempre, Peterson? ¿Y si nos dejas con nuestras fantasías?

Tom murmura algo sobre tomarse las cosas con deportividad cuando toca, y la tensión desaparece del aula. Hugo le lanza la pelota a Samuel, quien se gira para protegerse, pero le da justo en la entrepierna. Y lo siguiente que hace Hugo es darle una colleja. ¿De verdad es ese al que se estaba follando Charles? Quizás el motivo por el que se ha ido sea el más sencillo de todos: tal como dice Theo, era alcohólico.

—Pero bueno, que da igual —resume Tom—. Lo importante es que nos ha jodido bien jodidos. Llevamos meses escuchando sus tonterías, ¿qué vamos a escribir ahora en el examen?

Samuel se sube al respaldo del sofá para dejarse caer al otro lado.

—¿Ahora te importan los exámenes?

—Qué va. —Tom le lanza una goma de borrar.

—¿Cómo nos van a importar? —interpone Hugo—. O sea, ¿de qué nos van a servir esos putos exámenes?

Colin, que ha estado paseando por el aula para inspeccionar lo que contiene, cambia de tema.

—El truco está en llevarnos un poco de cada sala, no todo de golpe.

—Podemos empezar con un cuadro —propone Theo.

La conversación pasa a centrarse en qué obras de arte serían las más valiosas, pero lo que acaba de decir Hugo, lo de que no les hacen falta los exámenes, se queda dando vueltas en la mente de Jean. Para él, los exámenes son como una nube de tormenta en el horizonte: amenazantes, inevitables y necesarios.

Colin sugiere llevarse los cuadros de figuras con armadura, pero Theo dice que serían demasiado pesados. Prefiere las pinturas con frutas, que, según su madre, son algo atemporal. Es Hugo el que les explica que da igual lo que aparezca retratado, que lo importante es quién los ha pintado. Se coloca junto a Colin y señala un pequeño óleo de una pera.

—¿Ves la cualidad de la pintura de aquí? El grosor que tiene, y los puntitos. Podría ser bastante viejo, quizá valga un dineral.

—Joder.

—¿Y a qué esperamos?

La sorpresa que ha sentido Jean se convierte en una inquietud que lo marea. ¿Cómo sabe esas cosas Hugo? Al final acaba formulando la pregunta en voz alta; Hugo suelta un resoplido y Colin lo mira incrédulo.

—¿No sabes quién es su padre o qué?

El nombre le suena un poco, pero aún necesita que Theo se lo explique. Y eso hace, con incredulidad en la expresión, mientras Hugo interpone que ya les había avisado de que el judío era retrasado. Resulta que el padre de Hugo es el artista británico más famoso de la época, información que llega a Jean como un puñetazo en el estómago. ¿Cómo se lo podría haber imaginado? Hugo, hijo de bohemios ricos, con una infancia en una mansión de Cornualles, con

casa en Londres, y estudiando en la Facultad de Arte Ruskin, a la que su padre donaba. Ahora entiende por qué a Hugo le importan un bledo los exámenes: porque tiene asegurado el puesto en la facultad de arte.

A la Ruskin es adonde Rosa quiere que vaya, porque se supone que el departamento de escultura es el mejor de todos, y ahí podrá desarrollar su habilidad con la cerámica.

Cuando era pequeño, Rosa lo llevaba al estudio y él metía los deditos en la arcilla suave, en aquella sensación tan fresca y placentera. Entre los diez y los catorce años, pasó un buen rato haciendo formas con el barro, mirando a Giacometti y tratando de imitar sus figuras primigenias. Hasta aprendió a tornear. Fueron buenos momentos con Rosa en una época que cada vez estaba más interrumpida por sus tremendas discusiones. A él le gustaba ir a Camberwell, donde daba clases ella, y pasar horas en el estudio de cerámica, con la magia del horno, de donde sus cuencos, vasos y lo que fuera salían relucientes y firmes. Rosa lo animaba y lo hacía sentirse como si hiciera algo de valor.

Hasta que ella lo llevó de visita a la Ruskin, junto con doce de sus alumnos. Allí observó las escenas de académicos medievales tallados en piedra y Jean, que ya se consideraba distinto a los de aquel grupo de alumnos *hippies* que no dejaban de parlotear, se sintió más fuera de lugar aún. Rosa le dio la mano y él notó la precaución callada de los otros alumnos, que pensaban por qué a él, que a sus quince años no era mucho menor que ellos, se le trataba como un niño de parvulario.

Jean estaba decidido a no satisfacer la curiosidad de los demás, pero se iba frustrando con cada minuto que pasaba, porque en cada sala a la que iban Rosa le hablaba con un susurro falso, cada vez más alto (*¿A que es precioso? ¿No te gustaría hacer algo así?*), de modo que, cuando llegaron a la última parte de la visita, los hornos, y Rosa lo alentó a ponerse al frente, Jean ya estaba harto. Se la quitó de encima y, con el gesto, volcó una mesa que exponía objetos de cerámica. No habría sido tan malo si Rosa no le hubiera dado tantísima importancia, si no hubiera dicho, por mucho que él estuviera delante: «No lo hace a propósito, es que no puede

evitarlo».

El amor que le tenía a la cerámica murió aquel día. Le gustaba justo porque no era parte del instituto, ¿por qué iba a querer echarlo a perder al estudiar justamente eso? Cuando fue a Compton Manor, no usó el estudio de cerámica, y seguramente debe ser por eso que no sabía que Hugo sí.

Theo se va a ir a Estados Unidos para trabajar en la empresa de fondos de cobertura de su abuelo. Theo, que habla a voz en grito sobre culos y tetas de mujeres, a quien no le molesta vestirse de mujer, que aúlla como un pagano cuando salta por encima de una hoguera; Theo, cuya madre protestante es una *hippie* de tomo y lomo (y rica al mismo tiempo), la desgracia de su familia; cuyo padre jamaicano es taxista. Ese Theo, mira tú por dónde, va a acabar trabajando en finanzas.

Percy sabe griego porque su madre es de Atenas; su padre británico los abandonó cuando él era pequeño. Él va a estudiar un curso avanzado de gestión empresarial para luego ayudarla a dirigir su imperio de hoteles, así que tampoco le preocupan los exámenes. En parte porque es el más listo del internado, sí, pero también porque, como Hugo y los demás, tiene algo esperándolo cuando termine.

Samuel irá a trabajar en la oficina de la empresa de construcción de su padre, y Colin (el mismo que no deja de tallar patrones absurdos en la madera) va a ser carpintero.

La conversación pasa por alto a Jean, con lo que este sufre una reiterada sensación vertiginosa. Tom tiene razón: el porqué de la desaparición de Charles es lo de menos; una vez más, Jean se ha estado centrando en lo que no debía. Ha salido a la superficie, parpadeando y despierto, solo para enterarse de que los demás ya llevan tiempo preparándose. ¿Se puede saber cuándo se han puesto a pensar en el futuro?

—Siempre he querido ser carpintero —explica Colin.

Hugo comenta que se irá a Estados Unidos con Theo antes de meterse en la facultad de arte para viajar un poco, y Percy quizá los acompañe. Colin también, y acaban invitando hasta a Samuel.

—¿Y tú qué, Peterson?

—Tengo que encargarme de la granja —responde Tom.

—Pero eso es solo en verano.

—¡Venga ya, Peterson!

Jean evita mirarlo, porque su respuesta no ha sido un «sí» pero tampoco un «no», y es consciente de que hace poco le dijo que no iba a poder ir a China.



Más tarde, cuando Jean está fumando junto al hoyo para la piscina, Tom lo va a buscar.

—¿Sabes qué? —dice Tom—. En la antigua Roma, tenían a unas sacerdotisas vírgenes. —Se pasa el porro por los dedos—. Tenían que mantener un fuego encendido día y noche.

Jean da una larga calada.

—Era un fuego sagrado. ¿Y sabes qué pasaba si se apagaba?

Jean suelta el humo por la nariz y no mira a Tom cuando este lo aferra de un hombro para responderse a sí mismo.

—Las enterraban vivas.

Tom lleva sin hablarle desde que volvieron de la excursión; de hecho, ha estado de peor humor y se ha estado metiendo con él de vez en cuando. Cuando Samuel, que no había participado de la salida porque sufre de asma, les preguntó cómo les había ido, Tom describió su viaje de cuarenta y tres kilómetros hasta acampar en la playa. Dijo que lo habían perseguido unos chicos de Bexhill y que se había preparado un ungüento para los moretones, que por eso tenía la cara descolorida. Cuando Samuel le preguntó con qué lo había preparado, respondió que diente de león, que no era la respuesta correcta, pero Jean no lo corrigió. Los demás admiraron su gran ingenio.

Cuando le llegó el turno a Jean, no supo qué responder, pues solo le venía a la mente la última mañana que habían compartido. Que se había vuelto para mirar a Tom en los sacos de dormir, que él se le había acercado tanto que le había podido contar las pecas. Entonces Tom se rio con brusquedad y anunció a oídos de todos que Jean se había perdido. El propio Jean supuso que había respondido por él

por miedo a que fuera a decir algo. Sin embargo, cuando los demás detallaron sus respectivos viajes (Theo hizo lo de la vigilia, y Percy también, sin hoguera incluso; Colin atrapó, despellejó y cocinó un conejo, además, solo se había llevado una lona consigo y se fabricó las estacas para hacer la tienda de campaña; Theo fue hasta un lago más al sur y pescó lo que cenaba), Jean sospechó que Tom se había enfadado por haber hecho la excursión juntos. Porque Jean había sido un lastre y le había impedido… ¿qué? ¿Vivir una experiencia auténtica? Por su parte, Hugo pasó de la acampada y se fue a ver a su novia en Hastings.

Ahora se pone a pensar por qué se le habrá acercado Tom otra vez. Por qué se le pone a hablar de vírgenes. Y se da cuenta de que le da igual.

—Que te den —dice Jean.

Tom lo mira con expresión intensa, como si estuviera a punto de darle un puñetazo. Más de una vez se ha preguntado qué verá en él cuando lo mira, porque a veces parece que ni lo ve. Jean tiene la pierna apoyada con torpeza a un lado, no está para muchas peleas. Tom suspira y entorna la mirada hacia el sol.

—¿Alguna vez has intentado…? —empieza Tom, tirando un puñado de tierra al hoyo—. No sé, darte una ayudita.

La pregunta es tan absurda que no responde.

—Sé que es una mierda —sigue él—. Yo también estoy estresado.

Tira más tierra y le devuelve el porro.

—Mira —dice Tom—, Charlie le dio anfetaminas a Hugo antes de irse.

Nota las manos firmes y cálidas de Tom en los hombros, y el aliento le huele a maría y menta. Las pecas se le ven más oscuras en su tez rosada.

—Se supone que ayudan.

Sigue dándole vueltas a la conversación mientras cojea para volver al internado. Cuánto le gustaría tener el tobillo curado ya; apenas ha llegado al porche, incluso con la ayuda de la muleta. Está

intranquilo. No solo porque Charles haya desaparecido, ni porque los demás tengan planes para después del internado ni porque Tom se tome en serio los estudios, sino porque hay ciertas características en todos sus compañeros que no son tan distintas de las de él. Características de las que él se avergüenza, a diferencia de lo que sienten los demás por lo mismo, como Hugo, cuyo padre es artista, o Percy, cuyo padre los abandonó. Características que creía que lo distinguían de los demás y que ahora ha descubierto que comparten. Tal vez podría haberse hecho amigo de los otros chicos, podría haberles hablado de su padre o de Rosa. Podría haber marcado menos las distancias, ser más amistoso. ¿Cómo lo había dicho Tom? Que podría haberse dado una ayudita. Pero bueno, ya es demasiado tarde.

Para cuando llega a la conejera, ya está sudando. Todo está en penumbra y tranquilo. Se acuerda de Charles corriendo por el césped, con los brazos manchados de rojo y el conejo ahogándose en su propia sangre. Una caverna que se abre al hedor de los restos humanos. El alcohol en el aliento de David anoche. Se tapa la boca y se prepara, pero, cuando es capaz de ver, no encuentra nada. Ahora se arrepiente, con una ferocidad que le revuelve el estómago, de no haber despertado al profesor para decirle que el conejo se le había cagado encima, de no haber cepillado a Platón hasta que el pelaje le quedara suave.

CAPÍTULO ONCE

Ya ha pasado una semana desde que desapareció Charles Burrows. A Jean se le ha curado el tobillo y ha escrito una redacción sobre casi todos los personajes principales de *Hamlet*, solo le queda Gertrudis. Tom dice que le dejará sus apuntes de Biología e Historia y, siendo sincero, ya hace tiempo que Jean se dio por vencido con las matemáticas y no hay anfetaminas suficientes en el mundo como para que lo pueda remediar. Aun así, sí que le sirven. Antes, la mente de Jean era como

una radio sintonizada entre dos emisoras, pero ahora se centra en una. Nunca había sido capaz de permanecer sentado tanto tiempo, de escribir tantísimo. Jean se prepara para ponerse con la redacción de Gertrudis, pero entonces David se asoma por la puerta.

—No os matéis estudiando tampoco.

—Otra hora más y ya está, Davey —responde Tom.

Tom y Jean son los únicos que se han tomado las anfetaminas porque a Hugo, a pesar de habérselas proporcionado, no le hacen falta, al igual que no le hacen falta los exámenes, y Theo, Percy, Colin y Samuel no saben de su existencia. Tom dice que no se fía de ellos.

—Podrían expulsarnos por esto —le dijo Tom la segunda noche, cuando estaban en el baño y él se llevó la llave con destreza a la nariz, y luego con más cuidado a la de Jean.

Jean le contestó que tendría cuidado, y Tom le pidió que no hablara, que iba a terminar soplando las anfetaminas con el aliento.

Tom sigue parloteando y explica que se ve preparado para los exámenes, en especial para el de Historia. Aunque no le extraña, con el gran profesor que tienen, afirma frente a David.

—Un buen profesor es tan solo la suma de sus alumnos —sonríe David.

Jean da un largo trago de agua para evitar mirar al director, para

tener algo que hacer con las manos. En el fondo de la garganta, el agua se mezcla con lo que le queda de droga y forma un sabor amargo y metálico que le provoca arcadas. Traga y traga, con la intención de quitarse el sabor amargo, y también porque, ahora que ha empezado, ya no puede parar.

Tom sigue hablando con David y le cuenta que van bien con el club de estudio. Jean se termina el agua con un jadeo y luego, por mucha vergüenza que le dé, con un eructo: un ruido largo y gutural, como si una criaturilla se le hubiera muerto dentro. David frunce el ceño y Jean se queda mirando la mesa para esconder las pupilas dilatadas. Es por ello que no está prestando atención al dejar el vaso y lo acaba poniendo en el borde. Solo se da cuenta de su error cuando aparta la mano y no puede evitar que el vaso caiga.

El ruido suena a mayor volumen en esa estancia tranquila y los tres se quedan mirando el vaso hecho añicos en el suelo. Los fragmentos tienen una extraña belleza en esa luz tenue, y a Jean le entran ganas de comentarlo (¿A que es bonito?), pero el director da un fuerte golpe en la mesa.

—¿Se puede saber qué haces?

A pesar de llevar toda la semana estudiando, Jean ha estado nervioso. Debajo de su concentración se esconde la gran emoción de la droga, la sensación de que va a ocurrir algo. La primera vez que se metió anfetas cometió el error de sentarse al lado de Samuel, quien tenía un muñequito de goma, y así fue como perdió la tarde entera con eso. Le daba igual que los demás se dieran cuenta, que Samuel le preguntara si estaba bien, que Hugo dijera que «el retrasado ha perdido la cebeza». Jean se quedó tirando de aquellos bracitos de goma hasta que Tom lo sacó a rastras del aula. Por tanto, tomar anfetaminas conlleva dos elementos esenciales: a) la concentración absoluta, y b) las ansias de hacer algo. Mientras David y Tom seguían hablando, notaba esa impaciencia, ese deseo ferviente de que se marchara ya.

De modo que, aunque no ha tirado el vaso adrede tal como le explica a David, aunque haya sido un accidente, en parte también se pregunta si habrá sido adrede.

El director parece notarlo y se queda ahí plantado, mirándolo a la

cara. Sin embargo, Tom se ha puesto de pie para recogerlo todo y David se acaba marchando después de pedirles que no quede ni un trozo de cristal.



En el lago, atajan por el bosque. El camino queda escondido, pero lo conocen de sobra y Jean podría seguirlo con los ojos cerrados: a través de los arbustos, alrededor de las zarzas, por encima de la raíz con cuidado, por debajo de la rama que cuelga y ya están en el claro, como si se metieran bajo el foco del escenario.

—¿Qué pasa? —pregunta Tom, con una mano en la entrepierna de Jean.

Lo bueno de las anfetaminas es que uno no necesita comer ni dormir. Lo malo es que luego no se te levanta. Jean no sabe estarse quieto; se quita los zapatos y se queda en la orilla del lago, observando la luz de la luna que se refleja en el agua. Mete un dedo y el frío le recorre el cuerpo entero. Por descontado, lo de antes no ha sido la primera vez que Jean ha destrozado algo a propósito: a los ocho años, rompió todos los objetos de cristal de la casa. No se acuerda de por qué, pero sí recuerda que fue recolectando vasos, jarrones y portavelas varios para destrozarlo todo en el estudio de Rosa.

—Jean.

La intensidad de la voz de Tom lo devuelve al presente, al claro, a la hierba, a Tom tumbado, con la expresión despejada como la luna.

—Vente para aquí.

Sin embargo, se queda junto al agua, observando las ondas que cubren la superficie. En aquel arrebato a sus ocho años, empezó por la cocina, con los cuencos verdes que Rosa reservaba para las ocasiones especiales y la bandeja grande en la que colocaba las tartas. Luego pasó al salón, donde ella tenía una colección de figurillas, portavelas y un jarrón. En el baño, la serie de botellas que Rosa se había comprado en Francia. Y luego el estudio, con sus infinitos tarros de mermelada llenos de pinceles y carboncillos. El perfume de ella, un botecito que olía a limón, a sol. Todo ello lo fue

recogiendo y lo colocó en el estudio.

En un principio, Rosa creyó que estaba jugando a algo, pero en realidad todo tenía que ver con la eficiencia. Para que, cuando se pusiera a romperlo todo (y así fue), pudiera empezar por una de las figurillas, con aquel cuello esbelto que se partió como si nada, y luego continuar sin pausa. Rosa le preguntó qué diablos hacía, pero no tardó en guardar silencio. Eso es otra cosa que no se le olvida: el silencio del estudio, de modo que, cuando tiraba cada una de sus frágiles víctimas, el ruido del cristal a veces sonaba como unas campanillas, y otras, como un chirrido agudo. Así ha sido antes en el aula, con ese sonido duro y frágil en una estancia tan tranquila. Y ahora está en medio del silencio de esta noche, con Tom tumbado y expectante. Jean lanza una roca que cae pesada en el agua. Desde algún lugar cercano canta un búho con un sonido jadeante, vacío. Sabe que debería volverse hacia Tom, pero no puede, aún no.

Después de las figurillas, pasó a los objetos más grandes: un cuenco con forma de racimo de uvas y un jarrón con motivos azules. Los sujetalibros que rebotaron contra el suelo y necesitaron tres intentos hasta romperse al fin. Había cosas que eran demasiado sólidas, como los moldes, y otras que estallaban cual burbujitas, como las copas de champán. Para cuando llegó a romper aquello, el estudio ya no estaba en silencio, sino que se había llenado de los sollozos de Jean. Con todo roto, supervisó el suelo, cubierto de trocitos de cristal, y ahí se dio cuenta de que Rosa se había ido. ¿Cuánto tiempo había pasado solo? Se sentó en el suelo, se llevó las rodillas al pecho y la emoción manó de él como el agua por el grifo. Fue en aquella postura como lo encontró Dinah. Sí, fue Dinah, la alumna, amiga, compañera y familia de Rosa, la que fue con él. La que abrió la puerta con un cubo y una fregona y dijo, con voz alegre como si no pasara nada: «Vale, vamos a limpiarlo todo».

—Jean.

La voz de Tom es más tranquila, lastimera incluso. Jean sigue dándole la espalda. Dinah le dio un abrazo y le preparó un baño, repitiéndole que no pasaba nada, que todo iba bien, pero él notaba que estaba asustada.

—Jean.

Tom se le ha puesto detrás y le apoya el cuerpo encima; nota el calor que emana. Jean entrelaza los dedos con los de Tom, quien le apoya la barbilla en la clavícula.

—No he terminado la redacción —confiesa Jean—. La de Gertrudis.

—Mierda —dice Tom.

—Ya ves.

—Sí que te lo estás tomando en serio, rubito.

—¿Crees que saldrá en el examen?

—Buah, quién sabe.

Tom le da un ligero beso en el cuello, con suavidad, y a Jean le da un escalofrío. Hace mucho tiempo que cree que tiene un problema que desconoce. Desde luego, cuando se ha roto el vaso en el aula, ha experimentado la misma emoción que cuando tenía ocho años, le ha llegado el recuerdo de aquella vez y se ha visto tentado a tirar el vaso de Tom también. Y, cuando lo ha reprendido David, ha notado la vergüenza que tanto conoce. Solo que entremezclado con la vergüenza había algo más, similar a la furia, pero más claro.

Lo más raro es que, cuando lo hizo a los ocho años, nadie le preguntó por qué: ni Dinah en aquel entonces ni Rosa más adelante. De hecho, ella hizo como si no hubiera ocurrido nada y el incidente del cristal ha acabado siendo algo que no se menciona pero se recuerda, un espectro flotando entre ellos, una prueba de que, en el sentido que sea, a Jean le pasa algo. Sin embargo, la pregunta que le ha hecho David en el aula ha desatascado algo, como si Jean hubiera estado esperando a que se lo preguntaran. Sí, ahora, en la orilla del lago junto a Tom, está seguro de que tuvo un motivo para hacerlo cuando tenía ocho años, del mismo modo que sabe que en el aula no lo ha tenido, porque ha sido un accidente. A los ocho años, lo hizo por algo o por alguien. Pero ¿por quién? Una imagen flota en el subconsciente de Jean, sombría, con los contornos borrosos. Conforme se apoya contra Tom, ve que se va volviendo más nítida, más sustancial, hasta que Tom le da un mordisquito en la oreja, el búho vuelve a cantar, y la imagen se evapora.

—Vámonos a acampar por ahí —propone Jean.

—Jean —suspira Tom.

—Un par de semanas.

Tom se queja con un gruñido.

—Un par de semanas solo.

—Jean.

—Tres como mucho.

Tom le da la vuelta y lo besa, sujetándolo con firmeza. Le muerde el labio y va bajando por el cuello, por la clavícula. Le besa el costado, el vientre, el ombligo, la cara interna del muslo. Luego le lleva la boca a la entrepierna y esta vez sí que se le ha puesto dura. La hierba queda plana y suave bajo ellos; el búho ulula otra vez y, por encima de ellos, las estrellas relucen como si alguien hubiera inyectado oro líquido en el cielo.



No obstante, después de aquello vuelve el miedo. ¿A qué vino lo de romper los objetos de cristal? Conforme se dirigen al internado, la pregunta sigue en sus adentros, acentuada por la estática de las anfetaminas, por el amanecer. Le duele la mandíbula y la baja espalda, tiene un mal sabor de boca y nota la presión detrás de los ojos. Después de haberse corrido los dos, Jean ha vuelto a proponer lo de acampar juntos, pero Tom no le ha contestado, se ha apartado de él y le ha dicho que deberían ir yéndose ya.

El amanecer tiene una cualidad enfermiza, con ese tono morado claro que va desapareciendo. Está seguro de que Tom lo percibe, ¿o será que no quiere que lo encuentren con él a las cuatro de la madrugada? ¿Será por eso que la silueta de Hugo no solo le parece amenazadora sino letal cuando se lo encuentran en la sala de billar? Está sentado en un rincón oscuro, de modo que, cuando habla, parece que es un fantasma que ha salido de entre las tinieblas.

—Ya era hora.

—Joder, qué susto —suelta Tom.

Cuando Hugo sale hacia la luz, tiene la expresión retraída, las mejillas sonrojadas e hinchadas, como si hubiera estado llorando.

—Toma. —Tom le lanza la cajita de Jean, aunque Hugo no trata de atraparla siquiera, por lo que acaba cayendo al escritorio.

—Tengo que hablar contigo —le dice Hugo.

—¿Tiene que ser ahora mismo?

Hugo desvía la mirada a Jean, con una sonrisita sarcástica en los labios.

—¿Qué te traías entre manos a estas horas, chico judío?

—Ey —le pide Tom.

—Espero que no hayas sido malo.

—Calla ya.

—Charlie sí que lo era.

Tom lo sujeta de la nuca y le tapa la boca con la mano. Hugo le pega un bocado y él maldice, aún susurrando, con las voces y las acciones amortiguadas, de modo que a Jean le da la sensación de que está viendo la tele a poco volumen.

Tom le aferra el rostro a Hugo, quien suelta un ruido ahogado, como el de un gatito.

—La muy zorra. Menuda zorra es.

—Joder. ¿Cuándo?

—Me lo acaba de decir.

Si bien al principio Jean se había imaginado que la supuesta zorra era él, se da cuenta de que no con las siguientes palabras de Tom.

—¿Y qué va a hacer ella?

De modo que la zorra en cuestión no es Jean, sino una chica de Hastings. Tom juega distraído con la cajita que ha quedado abierta en la mesa mientras Hugo le explica que lo ha llamado por la noche, que ha llamado al internado, para colmo. Ha tenido que mentirle a David y decirle que era su prima.

—Estaba llorando —dice Hugo—. La muy zorra.

Hace unos pocos días, Hugo estaba fanfarroneando de la misma chica, sentado a la misma mesa en la que está ahora. Dijo que era la que estaba más buena de todo Sussex Oriental, que se parecía a Lynda Carter en *La mujer maravilla*. Que hasta actuaba como ella. Y, al parecer, tenía un aguante que superaba incluso el de él, pues le suplicó que le diera más hasta después de haberse corrido tres veces. Hugo había estado bamboleando las piernas debajo de la mesa, como un niño pequeño. Y aquello, combinado con lo fantasioso que sonaba todo lo que afirmaba, hizo que Jean sospechara. Ahora le impresiona que consiguiera que una chica

quisiera acostarse con él.

Jean se relaja un poco y se adentra un poco más en la sala. A pesar del drama, es una buena noticia para él: Hugo no sabe lo de ellos dos. El pánico que lleva varias horas asediándolo pasa a ser euforia y una nueva oleada de confianza motivada por las anfetaminas le recorre el cuerpo. Quizá Tom y él se vayan de acampada de verdad, quizá se suban a un barco para cruzar el mar, para quemar turba y aprender canciones de pescadores.

Hugo respira hondo antes de ponerse a soltar unos sollozos reprimidos.

—Chico —lo llama Tom, aferrándolo de un hombro para trazarle círculos con el pulgar en la clavícula.

Quizá después de eso se puedan mudar a algún lado. O quizá Tom quiera que vaya con él a la granja. Y podría hacerlo, podría vivir en una cabaña en los terrenos de Tom, donde llegaría él de noche, manchado de tierra.

Tom sujeta a Hugo, y este le apoya el peso encima. Jean se siente benevolente. Está dispuesto a compadecerse de él, si bien no a reconfortarlo.

Y entonces, hablando entre los dedos, Hugo sigue explicándolo:

—Dice que tengo que hacerme cargo yo, y ya me he gastado toda la paga.

—¿Cómo has podido ser tan tonto? —interpone Tom.

Al mismo tiempo, Jean saca una silla, y el roce de las patas metálicas contra el suelo de madera atraviesa la conversación. Ahí es cuando Hugo lo ve, cuando cae en la cuenta de que está presenciando su vergüenza, la furia de Tom.

—Sabes que solo folla contigo para practicar, ¿no?

Puede que no sepa por qué destrozó todos los objetos de cristal cuando tenía ocho años, pero sí que sabe de sobra por qué se lanza por encima de la mesa para atacar a Hugo. Sin embargo, cuando lo hace, algo lo detiene, y se sorprende al ver que Tom lo empuja hacia atrás. Qué confusión. ¿Acaso no ha oído lo que acaba de decir

Hugo? ¿No es esta su peor pesadilla? Oye el corazón latiéndole en los oídos y tiene los brazos tensos. Tom debería estar ayudándolo, no entorpeciéndolo. Debería estar dándole una paliza a Hugo.

—Eso, vete, vete —dice Hugo.

—¿No ves que está de los nervios? —dice Tom, volviéndose hacia Hugo.

Los primeros haces de luz se cuelan en la sala y trazan una línea por la estantería, la mesa y el cuerpo de Hugo. Si bien el internado está en silencio, los pájaros ya cantan a pleno pulmón en el exterior. Hay algo en la forma de hablar de Tom que le da la sensación de que, como de costumbre, no se está enterando de lo que pasa. Tom siempre ha insistido en que, después de estar juntos, deben volver al internado por separado. En clase no hablan, casi ni lo mira. Y en público lo trata mal, de hecho.

Todo ello se debía, según el parecer de Jean, a que quería mantener a salvo lo que tenían. Pero, si ese es el caso, ¿cómo es que lo sabe Hugo? ¿Acaso los ha seguido algún día? Una nube se mueve y el haz de luz se agranda y se propaga por la sala como un bote de pintura derramado, para iluminar los granos retorcidos de la madera, el rostro de Hugo. Se abre ante la luz, frágil, y Jean se acuerda de cómo lo ha sostenido Tom. Con la nariz junta, con Hugo apoyándole la cabeza de Tom, con este apoyándole la mano en la clavícula. Al darse cuenta, le sienta como una patada. Hugo está enterado porque se lo ha contado Tom.

En lo alto de la estancia, las delicadas cornisas del techo se entremezclan con un elaborado patrón de fruta, flores y criaturillas varias. Se esboza un paisaje de caza, con caballeros que persiguen una liebre, en un fresco del techo. La pintura se ha desgastado por el paso del tiempo, pero unas motitas doradas relucen en la armadura, en los ojos de los animales. La belleza del internado sigue tomando por sorpresa a Jean, con lo lujoso que es. Entra en un aula día tras día, o en el comedor, o aunque sea cagando en el baño de baldosas amarillas, y se sorprende por lo extravagante que es todo.

Para Tom y Hugo no será así, claro. Porque ellos dos se criaron en viviendas igual de grandiosas y el internado es poco más que una extensión de ellas. *Pues claro*, piensa Jean pasando la mirada por el

papel pintado de damasco, el reloj dorado, el sofá de terciopelo, *pues claro que se lo ha contado*. Se los imagina acomodados en las butacas de cuero verde de la sala de fumadores, bebiendo whisky del bueno y contándose sus aventuras. O quizás estaban en el aula de arte, o en la capilla, riéndose como niñas pequeñas. Al igual que no ven ninguna diferencia entre Compton Manor y su casa, tampoco hay diferencia alguna entre la vida de cada uno. Lo comparten todo: con quién follan, a quién dejan preñada, y siempre están dispuestos a ayudar con lo que sea.

—Ya hablaré con mi padre —dice Tom, tenso.

Aunque quizá no se lo ha explicado con palabras, puede que sea algo tácito entre ellos. Hugo no ha necesitado que le contara nada porque lo conoce bien desde hace años. Jean le da unos golpecitos a la alfombra oriental con la bota. Qué vidas habrán vivido juntos: la arquería, las casas construidas en árboles, la equitación, el fútbol, la pesca, los coches. Las noches tumbados en cómodas moquetas para beber vino añejo sacado de la bodega. Una cercanía que nace de años de verse crecer a trompicones y luego a saltos. Los cortes en los dedos, los moretones en la cabeza, los primeros besos, el primer desamor. El conocer tanto a alguien que no necesita que le cuente que se está follando a otro del internado.

—Gracias —contesta Hugo con la voz entrecortada.

O quizá no se lo ha explicado porque lo de Jean no es su primera vez. ¿Cómo se lo ha dicho Hugo? Que solo folla con él para practicar. Jean creyó que, cuando Tom había ido a buscarlo durante el solsticio, era porque acababa de abandonar a Millie como él había dejado tirada a Sandra. Pero ¿y si el único motivo por el que fue era que estaba cachondo? Y, cuando echaron a las chicas antes de hora por haber estado bebiendo, Tom fue a buscar la siguiente opción.

La alfombra está desgastada en ciertos tramos y las fibras más rugosas de la parte de debajo se van asomando. Jean las roza, las deshila. ¿Y los demás chicos? Lo que consiguen si van al baño de la parte de atrás, lo que ocurre en los arcos toscanos. Jean nunca ha ido a buscarlo porque no es lo único que quiere. Pero va a resultar que el sexo es lo único que quiere Tom, por mucho que, desde lo de la excursión, Jean haya creído que Tom podría sentir lo mismo, o

que podría llegar a sentirlo. Otra idea se le pasa por la cabeza: ¿y si ellos dos sí que han ido de acampada? ¿Tom también habrá juntado esos dos sacos de dormir? ¿Hugo le habrá contado las pecas y después los dos se habrán ido a nadar desnudos?

Recuerda con una claridad tan repentina que lo marea por qué rompió todos los objetos de cristal de la casa cuando tenía ocho años.



El día del incidente, el padre de Jean se había presentado en su colegio. Rosa aún no había ido a buscarlo y, además de él, solo había otros dos niños: Arthur, uno recién incorporado que iba un curso por detrás del suyo, y Libby, a quien siempre dejaban tirada más tiempo de la cuenta. Jean estaba jugando en el patio él solo cuando alzó la mirada y allí lo vio, con una altura y un cabello rubio imposibles, bloqueándole el sol.

Antes de aquello, solo había visto a su padre en una ocasión, cuando los fue a visitar a casa. Fue el tono rubio que tenía lo que más lo fascinó, pues incluso a aquella edad ya sabía que era el color del pelo y los ojos azules lo que lo diferenciaban de Rosa. Su tez más morena y su acento extranjero hacían que las otras madres creyeran que era la canguro. Rosa estaba orgullosa del aspecto de Jean y le dijo que era muy afortunado, que iba a crecer hasta ser británico y normal. Esa fue la palabra exacta que usó, «normal». Solo que al final acabó siendo todo lo contrario, claro. Conocer a su padre, alguien que se parecía tantísimo a él, fue un gran alivio. Fue por eso que no era capaz de dejar de mirarlo, por lo que estiró la mano para tocarlo. Y su padre lo apartó y preguntó si se había caído de cabeza o algo. Jean se sintió demasiado dolido como para responder y, cuando su padre se marchó, supo que había fracasado.

Fue una gran sorpresa, pues, encontrárselo en la puerta del colegio unos meses después. Y volvió a asombrarse con la imagen que tenía. ¿Y si volvía a decepcionar a su padre? Sin embargo, lo vio abrir los brazos y sonreír, sonreírle a él.

Así que se acercó, cada vez más lleno de orgullo y emoción al ver

que su padre lo llamaba. Le daba miedo, pero también estaba contento. Y fue esa felicidad lo que lo distrajo; por eso no vio que Arthur, el niño que iba un curso por detrás de él y que tenía el mismo cabello rubio y los mismos ojos azules, corría hacia su padre hasta que este lo alzó en brazos.

Al estar con Tom y Hugo ahora, sufre la misma desorientación que entonces, al ver a su padre recoger a otro niño del mismo colegio. Tom y Hugo se han olvidado de su presencia y se han puesto a debatir cómo conseguir el dinero para la chica, si conocen a algún médico que pueda practicarle el aborto. Hugo dice lo que sea y Tom se echa a reír y le da una palmada en la espalda; Jean se acuerda de cuando su padre abrazó a Arthur. Y fue eso, el verlo recoger a otro niño del colegio, lo que afloró en él más tarde, cuando Rosa ya había ido a buscarlo, después de merendar y de beberse el zumo, lo que lo llevó a romper un objeto tras otro, hasta no dejar nada de cristal con vida en la casa.

Esta vez, cuando Tom lo retiene, Jean intenta zafarse. Tom le da una bofetada y le dice que entre en razón, le coloca el brazo contra la garganta y lo hace retroceder hacia el sofá.

¿Tom también rodeó el cuerpo de Hugo como una coma, y Hugo entrelazó los dedos con los de él? En algún lugar del edificio suena una cañería al calentarse: la cocinera ya se estará levantando, así como los primeros alumnos a los que les toque granja. El sol se cuela en la estancia y los ilumina. Se oyen pasos a lo lejos, y Hugo dice algo, o lo grita más bien, o quizá sean los pájaros, el agua de las cañerías, el siseo de la sartén, los gritos de los cerdos… Todo se funde antes de desaparecer hasta que Jean no oye nada ni ve nada más que lo que acabará siendo el rostro de Tom, esa tez pálida destrozada con manchas rojas y marrones. Pétalos aplastados, ramas podridas, coral en un charco situado entre las rocas del mar.

Cuando Jean le da un puñetazo a Tom, y luego otro, suceden varias cosas: David entra en la sala e intenta aferrar a Jean; Tom, con la cara ensangrentada, va a por Jean, pero Hugo lo retiene. Luego el

director empuja a Hugo y así se quedan los tres alumnos, jadeando en distintos rincones de la sala, con David en medio, agitando los brazos como una gallina las plumas. Parece no decidirse entre si debería sujetar a Jean o ayudar a Tom. Sin embargo, a Jean ya se le han pasado las ganas de pelea, al igual que lo abandonó la furia cuando tenía ocho años. Se siente pesado, nota la presión sobre los hombros al saber que para Tom, para su padre, no ha sido ni nunca va a ser lo más importante, lo de verdad. Jean es solo para practicar.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —pregunta David—. ¿Eh?

Hay ciertas cosas peores que ser maricón, y ser un chivato es una de ellas. A Jean nunca se le ha dado bien explicarse; cuando tenía ocho años, Rosa no le preguntó por qué y él no le dijo que había visto a su padre, porque sabía que a ella le iba a doler. De hecho, enterró tan bien la información que se le había llegado a olvidar. Del mismo modo, sabe que si le cuenta a David lo que sucede, va a hacerle daño a Tom. Las relaciones sexuales entre alumnos están estrictamente prohibidas y sabe lo importantes que son los exámenes para Tom, a quien ve escupir sangre sobre la alfombra. No sabe mentir, nunca lo ha hecho. De modo que lo mejor es permanecer en silencio, aceptar la culpa por lo de la pelea. Se prepara para el sermón.

Sin embargo, David se pone recto y la voz se le tiñe con una tensión distinta al hacer su siguiente pregunta.

—¿Qué es esto?

En la mesa, la cajita de caramelos para la tos, abierta: la bolsita marrón, el cuadrado blanco.

—¿De quién es la caja?

Jean mira a Tom, y Tom, a Jean. Y ve el odio. No sabe si es porque le acaba de pegar o porque nunca le ha importado o porque lo ha puesto en esta situación imposible. El atisbo de la duda destella en él, como cuando un leño de una hoguera ya apagada recibe un soplido de viento, y se pregunta si se ha equivocado. ¿De verdad estaba intentando ayudarlo Tom? Se acuerda de cuando recogió los cristales que rompió él, los besos que le había dado no hacía mucho. Aun así, la esperanza se extingue tan deprisa como se ha avivado.

—¿De quién es la caja?

David espera la respuesta y Jean sabe lo que le va a decir Tom antes de que las palabras le salgan de la boca. Agacha la mirada a las manchitas rojas que le decoran los pies y contesta.

—Es de Jean.



En aquella última noche de la excursión, con el cuerpo tieso por el frío y la garganta ronca de tanto hablar, Jean y Tom pasearon por la playa, rodeándose con un brazo. Jean se detuvo y se agachó cerca de la orilla para ver mejor el esqueleto de una gaviota. Los huesos estaban desteñidos, muy blancos y suavizados por el sol, y unidos a la perfección, como si el animal hubiera permanecido intacto. Como si nada ni nadie hubiera recorrido aquel tramo de playa en el que estaban. Era precioso, como un collar; sin embargo, cuando fue a recogerlo, el esqueleto se desintegró y no quedó nada más de él que una colección de huesos.

CAPÍTULO DOCE

Jean trata de contar las vacas que ve por la ventana al pasar, con ese cuerpo de manchas marrones, esa nariz ancha y rosada, bien iluminadas por el sol a pesar de lo temprano que es. Conforme el tren acelera por esa zona rural, las manchas se funden unas con otras, como un pincel al pasar por la pintura húmeda. Es un día precioso y apenas son más de las siete de la mañana: el cielo está azul y despejado y el sol es un sorbete. Ahora mismo, los demás alumnos se estarán despertando. Se pone

a pensar qué habrá para desayunar y entonces cae en que es viernes, el mejor día de la semana, porque es cuando la cocinera deja de experimentar y prepara lo que sí sabe hacer: salchichas, beicon, alubias, huevos, champiñones con ajo, tomates a la brasa, morcilla, *hash browns*. Pan frito tan crujiente que podría lanzarse como un disco volador, cubierto de grasa que te mancha las manos. Los demás se despertarán con ese olor a carne que se cuela hacia los dormitorios. Aún medio dormidos, saldrán de la cama, se estremecerán al pisar baldosas

frías. Se echarán agua a la cara y algunos se lavarán los dientes (la mayoría no se molestan) antes de ponerse la ropa que ya han llevado toda la semana, los pantalones cortos y camisetas con manchas de sudor, y, con el pelo apelmazado, recorrerán los pasillos de suave moqueta, delineados por cuadros de duques o condes o quienes fueran los propietarios de Compton Manor y que no dejan de mirarlos, todo ello a través del patrón de luces y sombras del enrejado de las ventanas por el que pasan, ya más despiertos, algunos dándose empujones y otros corriendo,

hacia el comedor. El tren bordea un lago, un gran tramo de agua en la linde de un bosque. No tardarán en terminar de desayunar y recorrerán el comedor otra vez para salir por la puerta principal, dirigirse a la entrada de gravilla y bajar por una de las dos escaleras divididas, como una cinta cortada, hasta llegar al primero de los parterres. ¿Alguno de ellos se detendrá para admirar la estatua del buceador que se alza hacia atrás para salir del pequeño estanque decorativo? Lo más seguro es que pasen sin prestarle atención, sin mirarla siquiera, porque la estatua

siempre está presente y siempre va a estarlo. Pasarán por delante del primer y el segundo parterre, con ese verde esculpido que a Jean le recuerda a un pastel, y entrarán en el campo, donde gritarán a mayor volumen y los mayores se encenderán el primer cigarro del día (o el segundo, o el tercero), con el desayuno ya asentado en el estómago mientras la nicotina les llega al cerebro y hace que noten el cuerpo más ligero y sensible, de modo que, cuando lleguen al estanque con botes, donde se desvestirán y la brisa matutina les pondrá la piel de gallina, y cuando se lancen al

agua, el frío y el escozor los tomará por sorpresa, hasta que salgan sonriendo y sin aliento.

Así será la mañana para los demás, según piensa Jean, apretujado en el asiento del tren. Por su parte él aún no se ha lavado ni ha pegado ojo, tiene la boca pastosa y los ojos como cuentas en un cordel. Así será la mañana para los demás y no les parecerá nada raro porque es la misma mañana de todos los días, hasta que un buen día deja de serlo.

Se imagina el rostro de Tom en el paisaje y se frota los ojos con fuerza, aunque lo único que consigue es hacer que la imagen sea más nítida.

El campo sube y baja, con cuadrados bien delimitados y unidos como en una colcha. En esta parte, hay más amarillo que verde. En otros terrenos el heno ya está bastante alto, listo para que lo sieguen. Que extraño se le hace pensar que recorrió terrenos igualitos a ese cuando iba a ver a Tom durante la excursión. Los campos cambian a su alrededor y se tornan jardincitos más reducidos, las sosas fachadas posteriores de casas adosadas que se van revelando como fajas manchadas, y allí hay una carretera y una gran placa con un anuncio de tabaco. Se le pasa por la cabeza que Rosa hizo un viaje similar a su edad, pues fue en tren desde Berlín hasta Hoek van Holland, en los Países Bajos, y luego un barco hasta Southampton y otro tren hasta Londres, sin nada más que la única maleta que llevaba. Cuando llegó al país, ¿también se quedó mirando las filas de casas sucias, los desgastados carteles publicitarios, y se decepcionó tanto como él ahora? ¿Le daba el mismo miedo que a él? Le da vueltas a qué le habrá contado David, a cuán enfadada se la va a encontrar. Apoya la frente contra la ventana y el aliento emborrona el exterior hasta hacerlo desaparecer.

Cuando llega a casa, se topa con Rosa en la cocina, con música clásica en la radio. La cocina está en la planta baja y recorre la casa entera: en un extremo están el sofá de terciopelo, las estanterías llenas de libros y la ventana alta que da a la calle y que solo deja ver los pies de los transeúntes, así como el borde del rododendro, con sus flores ya convertidas en papilla marrón en el suelo; al lado del sofá están el tocadiscos, el televisor retro de los años sesenta, la butaca ya sin las patas de atrás y con el tapizado de lino claro desgastado y suave. En el otro extremo se halla la mesa redonda y, por encima, el angelito de arcilla que cuelga del techo mediante una cinta, la puerta que da al jardín y le deja ver margaritas, dalias, rosas, y, al fondo, el serbal. Y en medio de todo ello, Rosa, encorvada junto al horno, del que se desprende un dulzor intenso.

Lleva el kimono que tiene desde la época de los dinosaurios, cuya tela azul claro se ha desgastado hasta parecer blanco y cuyo patrón (dos siluetas en un puente sobre un estanque, con flores rosadas que cuelgan debajo) apenas se distingue. De pequeño, Jean trazaba la curva del puente que a ella le queda en la cintura y juntaba los dos rostros redondeados con las yemas de los dedos. Era un juego con el que se lo pasaba bien, y Rosa también, cuando se tumbaba a leerle una historia con calma. El recuerdo vuelve a él y lo sorprende por lo tierno que es.

La ve más baja de lo que recuerda, más baja y más delgada. Cuando se encorva ante el horno, se le notan las marcas de la columna. Le parece absurdo que esa anciana frágil (porque, a sus más de cincuenta años, es de la misma edad que algunas de las abuelas de sus excompañeros) sea una presencia tan enorme en su mente. Cuando se da la vuelta y se lo encuentra allí plantado, pone cara de sorpresa y apoya la mano en la encimera para incorporarse; él cree que va a dejar caer la bandeja y casi se adelanta para ayudarla, por miedo a que se vaya a hacer daño. La sorpresa de Rosa es tan evidente como la de él: estaba claro que no lo ha estado esperando. Sin embargo, recobra el equilibrio con ayuda de la encimera y él se sirve un vaso de agua, apoyado en el fregadero, y nota el líquido frío que le baja por la garganta. Se quedan así, en lados opuestos de la sala, Jean con el agua y Rosa con sus

magdalenas, observándose.

Rosa se ha dejado crecer el pelo y, a pesar de que el peinado está a la moda (también se ha dejado flequillo), en vez de hacerla más moderna, tiene el efecto contrario. Las canas se le notan más y, por debajo de la clavícula, los rizos se le tornan mechones débiles. ¿Cuánto tiempo hace que no la ve? ¿Dos meses, tres, más? No se ha atado mucho el kimono y debajo le ve la fina tela de su bata de algodón. Es una de esas prendas viejas, compradas en una *brocante* de Francia: el escote raído y bordado es bastante bajo y el dobladillo acaba en una parte alta de las piernas. Va descalza.

Lo asimila con unos rápidos movimientos oculares y él se imagina lo que verá: pelo sucio, piel muy bronceada, vaqueros mugrientos y desgastados, chaqueta de cuero, botas. A Jean, vestido de calle, le da la sensación de que la ha interrumpido en un ritual muy privado. Rosa deja la bandeja para atarse bien el kimono, tirando de la cinta con fuerza alrededor del vientre y cerrando los huecos a la altura del cuello y los muslos. Espera a que le diga algo, ya sea sobre su aspecto o sobre su llegada, pero lo que hace es bajarle el volumen a la radio y el cambio produce que a él le dé un vuelco en el estómago. Es como si la estancia entera contuviera la respiración. Conforme Rosa va sacando las magdalenas sobre una rejilla, le dice:

—No te he oído llegar.

Tiene la voz ligera, tranquila, como si de verdad se hubiera llevado una sorpresa. Jean se sirve otro vaso de agua, aunque el segundo no le sienta tan bien como el primero y tiene un nudo en la garganta que hace que le cueste tragar. No es lo que se esperaba. Cuando volvió a casa para Semana Santa, se pasó por una fiesta y ya era temprano por la mañana cuando llegó. Tuvo el cuidado de andar con tanto sigilo como pudo y entró por la puerta que queda por debajo del nivel del suelo (la misma que ha usado hoy) y que da directamente a la cocina, en lugar de la puerta principal de más arriba, donde está el estudio de Rosa. Estaba junto al fregadero, como ahora, bebiéndose unos vasos de agua, como acaba de hacer, cuando el plato le pasó junto a una oreja.

No está seguro de si Rosa pretendía no darle o si solo tuvo mala puntería; desde luego, el segundo sí que tuvo que esquivarlo. Aquel

día llevaba su bata de invierno, de lana, y a Jean le dio la impresión de que era una oveja recién esquilada, con los pies descalzos pisando con confianza la sala a pesar de los fragmentos de porcelana. Usaba una mano para sostener la pila de platos y la otra para ir lanzándoselos desde una distancia cada vez menor. Jean logró, en su cuarto intento, aferrarla de las muñecas, con lo que los demás platos cayeron al suelo con un gran traqueteo. Rosa le apoyó la cabeza en el pecho, temblorosa.

Por tanto, se sorprende al encontrársela preparando algo en el horno (su postre favorito, para colmo), ver a esa versión amable y contenida de su madre. Al recordar la suavidad que puede tener; de pequeño, estirado sobre el vientre de ella, con el kimono suave bajo la mejilla, mientras oía la paz que le transmitía con la voz. Se anda con cuidado y decide no responder (además, no era una pregunta) y cambiar de tema.

—Qué bien huele.

—No han salido tan crujientes como de costumbre. —Rosa pellizca una con los dedos antes de dejarla—. Joder.

Rosa le dedica una media sonrisa, una especie de mueca, al confesarle el error. Una sonrisa que dice «Ay, yo y mi impaciencia, ya me he quemado». Jean le parpadea en respuesta. Aún hay una parte de él que conserva la esperanza, la esperanza de que David aún no la haya llamado, de que ella aún no lo sepa, pero también de que todo pueda ser distinto, mejor. Es esa parte de él la que le devuelve la media sonrisa y se compadece con ella, avergonzado.

—Nunca quedan iguales —dice Rosa a toda prisa, volviéndose hacia las magdalenas, un tanto ruborizada—. Pero nunca.

Ella le parece igual de avergonzada, con el mismo cuidado. Eso lo anima y le da las fuerzas que necesita para contestar.

—A mí me parecen perfectas.

Ante lo cual Rosa se encoge de hombros en una muestra de modestia que le indica que está contenta y que él dispone de más tiempo. Va a tener que inventarse algo en algún momento, cuando ella le pregunte por qué ha vuelto. De momento piensa decirle que ha vuelto solo por el fin de semana, para estudiar, y ya pensará qué añadir después. Aun así, ahora mismo, en lo que la ve recoger una

magdalena y olerla con una mueca de agrado, el porqué de su regreso no parece un tema tan urgente. Lo urgente es el sueño que tiene, comer (y qué bien huelen esas magdalenas) y ducharse. El cuerpo, tenso desde primera hora de la mañana, se le relaja.

—Espero que queden más crujientes conforme se vayan enfriando —dice Rosa.

Y Jean, de puro alivio, suelta su siguiente respuesta con entusiasmo, casi a gritos.

—Seguro que sí.

Ha calculado mal: el volumen y el tono de voz hacen que Rosa pegue un bote. Se le endurece la expresión, se le tensan los hombros y aparta la mirada. Las náuseas que han estado cociéndose a fuego lento dentro de Jean desde primera hora de la mañana regresan con más fuerza, al igual que el dolor que nota en la nuca. Tiene la parte alta de la espalda tensa como si alguien le hubiera puesto una abrazadera y apretara y apretara. ¿A Rosa le tiemblan las manos? Se le pasa por la cabeza que es raro encontrársela ahí, en la cocina, un viernes por la mañana, esperándolo. Y es como si ella le leyera la mente.

—No tengo clase los viernes. Pero, cuando vaya el lunes, puedo preguntar si tienen algún trabajo por ahí.

Con esas palabras, se vuelve hacia el horno y el alivio que había invadido a Jean desaparece del todo. En lo que Rosa saca otra tanda de magdalenas, le cuenta que hay un puesto de conserje disponible y él se pellizca la cara interna del brazo para calmarse. Coloca la segunda tanda en la bandeja, que está a rebosar, y saca otra más, en este caso llena de *financiers*.

—No es lo mejor —sigue—, porque esperaba que tuvieran algo de técnico, pero con la recesión que hay, es un buen comienzo.

Después de los *financiers* saca unos hojaldres, con la parte superior agrietada y llena de azúcar. Si Jean fuera a trabajar en la facultad un año, podría acabar pidiendo los beneficios para empleados. Hace calor, a pesar de que la puerta que da al jardín está abierta. Y le queda muy claro, conforme Rosa vuelve al horno para sacar con una floritura una tarta franchipán de albaricoque, conforme le cuenta lo de la pensión y las clases nocturnas gratis,

rodeada del calor y el dulzor en aumento junto con el volumen al que habla, cuando cierra la puerta del horno con fuerza dándole con el talón, que sabe lo que ha ocurrido.

Pues claro que lo sabe. Ya son las diez de la mañana, horas después de que Jean haya estado en el despacho de David, mirando por detrás de la calva del director hacia las ventanas con enrejado y el azul que escondían al otro lado. David se ha puesto morado y el sudor le caía por las mejillas; era incapaz de sentarse y paseaba de un lado a otro, con una mano detrás de la espalda y gesticulando con la otra. Le ha dicho que ya se lo había avisado, que de verdad se lo había avisado: que otro problema más y lo expulsaba. David ha dado un fuerte pisotón, y el comportamiento general que tenía era tan parecido al de un director enfadado exagerado por una escena cómica (se le vino a la mente Groucho Marx) que no se lo podía tomar en serio. La realidad sí que era seria, eso sí. Lo que ocurría alrededor de él, y a él en concreto, era bastante serio. Y el problema aquel no había sido como los demás, ¿verdad? Sí que le había pegado a Tom, pero no lo iba a expulsar por un arrebato violento (aunque tampoco ayudó a defenderlo precisamente), sino por lo que había en la cajita.

—Pues sí —continúa Rosa, alisándose la parte delantera del kimono, quitándose un pelo de la boca y hablando en voz baja y rauda—, si vas a las clases nocturnas, podrás mejorar con lo de la escultura y acabar entrando en la facultad de arte.

Rosa saca un paño de cocina y lo retuerce hasta formar una cuerda tensa, con los músculos de los antebrazos marcados por el esfuerzo. Ha acabado la canción de la radio y el presentador se ha puesto a decir algo, con su voz ronca y sonora mezclada con el zumbido insistente de las obras de la zona, y hace que a Jean le cueste concentrarse. Bajo el olor dulzón nota uno más desagradable que le revuelve el estómago: ¿Rosa está asando un salmón entero o qué? Hay hierbas varias en la encimera, cortadas y fragantes, y, en un cuenco, lo que parece ser salsa holandesa.

—La mayoría de las facultades de arte ni siquiera piden que hayas hecho los exámenes —dice Rosa, destapando la olla del pescado, con lo que libera una nube de vapor de olor intenso en una estancia

ya sofocante de por sí.

Conque da igual que Jean tenga diecisiete años y cero estudios. Ni centros escolares constantes ha tenido.

David le ha insistido en que ya sabía las normas que tenían en cuanto a las drogas, acercándole la lata bajo la nariz, por mucho que él ya supiera lo que contenía: el paquetito marrón junto a la bolsita color blanco brillante. La desesperación teñía la voz del director, como si quisiera que le refutara las pruebas. Y, en ese momento, podría haberlo hecho: podría haber dicho que las drogas no eran suyas, que Charles se las había dado a Hugo, quien se las dio a Tom, y este, a él (que, en parte, era verdad). Solo que Charles ya no estaba allí y ¿por qué iba a creerlo a él por encima de a Hugo? Además, también estaba lo de Theo, tal como recordó entonces, observando las manchas entre los dientes del director: la primera vez que habló con Theo y le ofreció un porro, ante lo que el otro se tensó y le dijo que no. Porque la marihuana sí que era suya.

Rosa coloca las hierbas en la salsa holandesa, pincha una patata que hierve en el fogón y vuelca un cuenco en la encimera de madera para ponerse a amasar con movimientos frenéticos. Vuelve a sonar música por la radio, en este caso algo más movidito y animado, puede que de Duke Ellington, y añade un filtro maníaco a la escena que se desarrolla en la cocina. Se imagina a Rosa hace unas horas, con la luz del amanecer colándose por las persianas y ella muy despeinada, escuchando los pitidos del teléfono que no acababa de colgar. A sabiendas de que no iba a poder dormir, se habrá ido derecha a la cocina (¿o habrá intentado ponerse a pintar antes?), para ir a por los huevos y cascarlos en un cuenco. La necesidad que tiene de estar haciendo algo es patológica; no parará hasta que tenga la cocina llena.

—Si quieres presentarte a uno o dos exámenes —sigue ella—, hay una universidad cerca a la que podrías ir. Aunque ahí salen caros.

Debería estar agradecido de que no se haya puesto a gritarle o a tirarle platos a la cabeza, de que le esté ofreciendo una solución. Porque sabe que Rosa solo intenta ayudarlo. Sin embargo, en vez de calmarlo, esos movimientos frenéticos por la cocina y el discurso que sale de ella en un torrente (ahora mismo está diciendo que le

gustaría remodelar el estudio, que hay cosas por casa que hacer y que ella le pagaría, que seguro que le iba bien, con una voz que resuena al mismo ritmo frenético de la música) hacen que más bien note que las paredes se están cerrando por encima de su cabeza.

Unas ilustraciones enmarcadas, las que hizo Rosa para su primer libro infantil que tuvo éxito, para las que usó a Jean de modelo, cubren la cocina. A través de las puertas abiertas, en el fondo del jardín, se halla el serbal, ya sin flores, reemplazadas por unas hojas ovaladas y mustias. Desde donde está, alcanza a ver grupitos de bayas varias. En el jardín es donde siempre ha sido más feliz. Cuando era pequeño, había un arenero y él se pasaba horas creando sus propios mundos. O pisoteaba los parterres para hundir los firmes bulbos en la tierra blanda. Con su regadera en miniatura, echaba agua sobre las flores brillantes y las hojas encorvadas de más abajo.

Aun así, lo que recuerda ahora es lo muchísimo que se aburría ahí plantado en el jardín, mientras ella lo dibujaba. No lo dejaba irse a cuidar las flores ni a jugar en el arenero; de hecho, si se movía aunque fuera un poco, ella se molestaba. Siempre ha detestado las ilustraciones de las paredes, se ha avergonzado de las imágenes de sí mismo que decoran la casa. Sin embargo, al verlas ahora, con cada imagen que refleja y distorsiona el soleado jardín que queda en el lado opuesto, parecen representar algo más amenazante que la humillación infantil. Le da la sensación de que está atrapado, de que siempre lo ha estado. Y, conforme Rosa sigue hablando, por encima de él e interrumpiéndolo como si no estuviera allí, como si no tuviera ideas ni planes propios, cree que es justo eso lo que ella quiere. Aunque, si es así, ¿por qué no le dice nada él?

En el despacho del director ha sido más de lo mismo: se ha quedado callado. Podría haber intentado discutir con David, podría haber culpado a Hugo, a Theo y a Charles, si Tom no le hubiera dicho al director que la caja era suya.

Intenta encontrar el momento exacto en el que ha perdido a Tom. ¿Ha sido cuando le ha dado un puñetazo en la boca o antes? Quizá fue cuando le pidió que fuera a China con él, o tal vez cuando hizo como que iba a comer cicuta, o antes de eso, cuando dejó que Tom se lo follara, o incluso antes, antes de saber de la existencia de Tom,

cuando estaba agazapado en la pocilga para limpiar los excrementos de cerdo. Ya lo había perdido porque, sí o sí, Jean iba a terminar jodiéndolo todo.

Ha sido esa certeza, la de que no solo lo había traicionado Tom, sino de que él merecía esa traición, lo que lo ha hecho quedarse callado delante del director. Y es la misma idea (la de que algo no va bien en él) lo que lo hace quedarse callado ahora, de modo que, cuando Rosa le explica todo lo que le gustaría hacer por casa y le asegura que el que haya vuelto es algo positivo, porque cuánto la va a poder ayudar, él no se resiste. De hecho, nota lo inevitable que es que Rosa le trace la vida por él.

Aunque hasta la última parte del cuerpo le grita que no, ya nota que lo acepta. Es un castigo que encaja con los pecados cometidos. Ha intentado ir por libre y mira dónde ha acabado: en el punto de partida, con nada más que un corazón roto. Rosa debe de percibir la aceptación de Jean, porque deja de hablar y le dedica la misma mueca inexpresiva, como si quisiera decir: «Qué se le va a hacer».



Suenan aplausos en la radio, el presentador dice algo y, en el silencio, empiezan a sonar las primeras notas de la siguiente canción. Con suavidad al principio, distorsionada por la estática, hasta que, cuando se oye la voz, ya tiene más volumen y retumba por la estancia. Jean tarda un instante en reconocer la canción, a quién se la canta. La voz de Micky, ronca y ligera, con el breve acompañamiento del piano, pasa por la cocina y la llena como un espectro. Como si no se sintiera lo bastante mal, ahí suena *El chico espacial*, la canción de Jean, la de los dos. Micky canta sobre dos amigos inseparables que pasean por la calle, con el amor que se tienen insuflándoles calor contra el frío invernal, o frescor durante el calor veraniego. El mal humor de Jean va a peor al acordarse de Micky, quien, al igual que Tom, es otra persona a la que ha alejado.

Solo que entonces Rosa suelta un grito ahogado y se apresura a contarle que Michael se marchó hace unas semanas. Y a que sería buena idea que, entre que se apunta al trabajo de conserje y… No,

no, quizás en lugar de apuntarse a ese trabajo, podría montar un negocio propio. Porque está segura de que los vecinos nuevos, una encantadora pareja mayor sin hijos, necesitarán que les haga algún apaño por casa.

—Y más teniendo en cuenta que viven en el estercolero ese —se ríe Rosa, y Jean se pone a pensar en el salón color berenjena, el pasillo rojo, la cocina de cromo.

Vuelve a estar en la alfombra de tigre, observando el techo oscuro, mientras Micky, tocando el piano, canta sobre un par de chicos que convierten chatarra en un tesoro.

Y es lo mismo que hace ahora por la radio, con la voz más aguda y sonora, hasta llenar la estancia. Describe a los dos chicos subiendo por montañas de escombros, con las manos sucias y el corazón cansado. Se encuentran un bidón metálico y lo arrastran al jardín junto con el resto de objetos que han ido rescatando. Están cubiertos de mugre y no tienen nada más que hacer, pero lo que acaban fabricando es espectacular.

Ahora Rosa se ha puesto a parlotear sobre las obras que haría ella en casa de Micky, empezando por pintar el pasillo. Aun así, no parece ser consciente de la canción que suena por la radio.

Jean se la queda mirando a la espera de que se dé cuenta, un poco incrédulo de que sea capaz de hablar de Micky, de su casa, cuando sabe a la perfección (claro que lo sabe, ¿no?) lo que Micky y esa casa significan para él. La canción describe ahora dos tapas de lata dobladas para formar alas, un cubo de pintura vacío a modo de casco, y Jean, con un sobresalto, se acuerda de cuando era pequeño y le contó a Micky todo lo que había encontrado en aquella fábrica de juguetes bombardeada que había detrás de casa. Rosa sigue diciendo que quemaría todos los muebles. *¿De verdad no sabe nada?*, se pregunta Jean.

La canción cambia de ritmo, de acorde mayor a menor, conforme Micky pasa a hablar de la noche que llega a ellos. Un chico se queda dormido en una cama cálida, después de que le hayan preparado la cena y lo hayan arropado, mientras que el otro sigue despierto, muerto de hambre y solo. Su madre no ha vuelto a casa y le da demasiada vergüenza contárselo a su amigo. En su lugar, sale a la

oscuridad y se sube a la nave espacial que han montado, donde encuentra la calidez de los felices recuerdos de ese día.

Algo cambia en Jean también. Hace tiempo, la letra de la canción lo reconfortaba: para él, la nave espacial era la casa de Micky, y él era el niño pequeño que se sentía a salvo allí. Cuando las estrellas moteaban el firmamento, era Micky el que le ofrecía un refugio. Sin embargo, ahora las palabras adquieren un nuevo significado para él.

—¡Y las obras de arte que tenía! —sigue despotricando Rosa—. Mira, no me hagas hablar de eso.

En la canción, una estrella fugaz cae, roza el techo de hojalata y le prende fuego.

El niño se queda solo en la nave espacial, con la luz estelar que lo llena de brillo y luego de oscuridad conforme surca el cielo. Y ahora Micky le lava el pelo a Jean en la gran bañera de mármol; cada vez que le entra champú en los ojos, Micky se lo retira. Y ahora Jean está tumbado en el campo, con Tom arremetiendo contra él, con la cara roja. Y ahora Jean está de rodillas en un sucio cubículo de un baño de Francia. El niño mira la luz de la estrella, con el rostro iluminado. Y tiene miedo, pero no puede impedir lo que ocurre a continuación: queda engullido por la oscuridad, como una hormiga al entrar en el hormiguero.

El agosto pasado, que fue la última vez que se vieron, Micky le dijo que lo echaba de menos. Y Jean ya entiende por qué, en lugar de hacerlo brillar, aquello rompió algo en su interior. Si bien no notó el vínculo en aquel entonces, lo que ocurrió entre Jean y el italiano lo cambió todo: lo que antaño le había parecido algo lleno de potencial mágico se tornó triste y, a decir verdad, asqueroso. Las sábanas de seda color marrón; las estancias pintadas en tonos berenjena, naranja y amarillo; el tocadiscos; el hablar sobre el amor, la paz, los niños. La dichosa canción. Se enfadó con Micky, se enfadó por que lo hubiera hecho sentirse especial, por haberlo hecho querer… ¿qué? Y se enfadó consigo mismo también. Por habérselo creído, sí, pero también por haber sabido ver que no era verdad. Por eso le dio un puñetazo a Micky en agosto. Por eso ahora, conforme la canción cambia de ritmo y la nave espacial traquetea, le da la sensación de quedar expuesto, de que lo utilizan de un modo que le parece

innombrable, y vuelve a odiar a Micky.

Rosa da una palmada, entusiasmada.

—¡El *yin* y el Jean! Así se podría llamar tu negocio. Irías puerta a puerta, porque mira que ha cambiado la calle, hay un montón de ricos por aquí ahora. Imagínatelo. ¡Los dos seríamos pintores!

Ahí se le pasa otra cosa por la cabeza: quizá Rosa sí que se enteraba de todo. Quizá sabía lo que ocurría, lo que ocurre ahora mismo, y le resulta indiferente. Por culpa del entusiasmo, Rosa choca con el borde de la bandeja del horno y una de las magdalenas cae al suelo; la furia que tenía él hacia Micky, ese asco que se tiene a sí mismo, se vuelve en contra de Rosa. Normal que esté bien jodido.

Quiere hacerle daño, castigarla y, con ello, liberarse de eso que lo mancilla. Eliminar la parte horrible. Hay un cuchillo junto al fregadero; pequeño, hecho para cortar manzanas, pero también afilado. Se imagina que lo recoge.

Solo que entonces Rosa se vuelve a poner de pie, con la magdalena en la mano y un gritito victorioso, y la canción cambia de ritmo una vez más para volver al coro. Los dos niños están juntos, triunfantes, sobre una montaña de hormigón. Uno mira desde el espacio para llamar a su amigo.

Jean se queda desorientado, como cuando está en el andén del metro y las ansias de lanzarse a las vías lo abruman hasta que desaparecen y luego se queda pensando en la posibilidad de ese encuentro tan cercano con la muerte. Rosa hace el ademán de adelantarse, pero se contiene, porque no sabe si debería. Jean se da cuenta de que quiere acercarse a él y que le da miedo. Se le debe notar en la cara algo de lo que siente, porque ella le dice:

—Ay, cariño. Cariño mío.

Jean también tiene miedo. Rosa lo quiere, intenta ayudarlo, solo que no puede. Nunca ha podido y nunca podrá.



A estas alturas, sus excompañeros ya habrán acabado de darse el chapuzón. Los más pequeños estarán tumbados en el campo

mientras el sol traza un arco por el cielo y los mayores habrán vuelto a la sala de billar. Tendrán *fish and chips* para comer, con el pescado traído del mar esa misma mañana y las patatas cortadas a mano. Y quizá, reunidos alrededor de la mesa, no se pondrán a debatir la desaparición de Charles, sino la de Jean. ¿Hugo les dirá que el retrasado, el chico judío, el maricón, sufrió una crisis nerviosa de las gordas? ¿Tom lo confirmará, entre carcajadas? ¿O acaso, como en otras ocasiones, le pedirá que se calle? Más momentos que recuerda: cuando Tom le aferró la cadera, cuando se acercó a él mientras dormía, cuando sonreía despreocupado ante las bromas de Jean.



Fuera hace calor y todo está tranquilo. A Jean le da la sensación de que la canción suena desde todas las ventanas de la calle. Se coloca en la base de los peldaños de piedra, desgastados y verdes por el paso del tiempo, por el uso. ¿Cuántas veces se habrá plantado allí, a la espera de salir hacia el mundo de más arriba? Le gusta esta entrada porque da a la parte de la casa que queda bajo el nivel de la calle, de modo que debe ascender para llegar al mundo, como si saliera del infierno. Eso sí que lo echará de menos. Por encima de él, la acera aparece como el borde de un acantilado y, conforme sube por los peldaños, le da la sensación de que escala una montaña. Sabe que no volverá a casa. Cuando sale por esta puerta, es para no volver.

No volverá a ver esa casa: la ventana saliente de la planta de arriba, la tapiada que tiene justo debajo. Las hileras de estanterías del salón, la lámpara, los tablones del suelo, las muescas talladas en la pared para marcar su crecimiento, la alacena del rincón en la que guardaban la vajilla buena, la alacena de más atrás con los objetos esmaltados, las ollas de fondo grueso, el horno holandés, el horno convencional, la parrilla, el centenar de hueveras, los pinceles, las imágenes de sí mismo, los cajones llenos de entradas, el baño y su alfombra de arpillera. Su habitación. El saco de boxeo, el póster de Bruce Lee, la postal de Cézanne, el colchón en el suelo.

Otras cosas que no volverá a ver: el aula de arte, con sus vitrales que hacen que la luz ilumine el suelo de madera en tonos amarillo, rojo, morado y azul. La sala de billar, con la moqueta deshilachada y los estantes llenos de libros. Los dormitorios, con camas apiladas en cualquier ángulo para encajar en una estancia de forma extraña. Los pasillos al anochecer, con la luz crepuscular que iluminaba las partículas de polvo. El baño y sus baldosas amarillas. Las duchas, la cocina, el huerto, las escaleras de peldaños desiguales, el garaje, los arcos toscanos, el jazmín, el jardín decorativo, el sofá maltrecho al que se le sale el relleno, la colección de huevos de mármol, la armadura, las conejeras, el gallinero, los cerdos, el establo, el heno, la valla, la entrada de gravilla, incluso la piscina vacía, la hoguera, el campo de atrás, el campo de más abajo, el bosque, el lago, el claro.

Al cruzar el umbral, será como si todo eso dejara de existir o, más bien, como si perteneciera a otra persona. Quizá sus excompañeros no estén hablando de él, quizá ya se les haya olvidado su presencia en el internado. Tal vez Tom esté pensando en él ahora mismo. A lo mejor Tom lo quería.

Las últimas notas de la canción de Micky le llegan a lomos de una ligera brisa. El auge triunfal y el repentino cambio a unas notas más lentas, unas que se van apagando y se tornan suaves para indicar que llega el final. Es preciosa, siempre lo ha sido. Vuelve a tener trece años y escucha la canción por primera vez, nota esa chispa de alegría que le invade el cuerpo. Quizá la canción tenga un tercer significado y este no tenga nada que ver con Micky.

Hay muchísimos lugares a los que podría ir: viviendas vacías que no quedan muy lejos, fiestas que duran la semana entera, y otros sitios en los que las personas simplemente no existen. Bruce Lee le diría que esta vida es material y nos retiene, que la importante es la siguiente.

La canción, en realidad, habla de promesas eternas. Le llegan distintas visiones de los potenciales futuros que tiene. Es un monje que flota en el aire; un gurú de la meditación, inmóvil como un junco; es un pescador; un nómada que recorre lugares que reconoce al tacto. Es taxista, porque conoce las calles de Londres como si fueran las venas del cuerpo. Es boxeador. Es poeta. Se mueve entre

casas de habitaciones vacías, vive en una tienda de campaña, vive en la otra punta del mundo y habla un idioma que ahora desconoce.

Sus excompañeros ya estarán marchándose del aula y estirando las piernas en el campo, con el sol en la nuca. A Jean el sol le calienta la frente y se nota entusiasmado cuando da el último paso que lo lleva a la calle. No está en Clemens Gardens, en Londres, sino en la cima de una montaña en la cordillera de Tian Shan, en China. Rosa le dice algo desde muy atrás (¿es una pregunta? ¿Una orden?), pero él ya no la escucha.

Sale y avanza al ritmo de la música. A su alrededor, la luz se cuela entre los plataneros para iluminarle el rostro y las botas a motitas, por lo que se siente como si caminara a través de algo más sustancial que el aire. Lo importante es que aún es verano y va a seguir siéndolo durante un tiempo.

AGRADECIMIENTOS

He tardado años en escribir esta novela y ha pasado por muchos cambios. Gracias a Emma, Jay y Mark por vuestra generosidad y el tiempo que me habéis dedicado cuando aprendía a escribir. Mary y Carolyn, gracias por vuestra compasión, humor y arte, además de por vuestra amistad. Gracias en especial a mi madre, que nunca ha dejado de apoyarme ni de compartir su sabiduría conmigo. Me asombra la fuerza que tienes, esa capacidad de saber encontrar la alegría en los momentos más dolorosos. Eso es algo que le viene de mi abuela, a quien echo de menos todos los días: más entregada que nadie a sus seres queridos y a la idea de que conseguiremos tener un mundo más justo, me enseñó a equilibrar el ingenio con la calidez, a tomarme en serio el trabajo, pero no tanto a mí misma.

Gracias a mi editora de Estados Unidos, Jill Bialosky, por sacar la versión final de esta novela a partir de algo mucho más torpe. Trabajar contigo ha hecho que esta ardua tarea fuera emocionante y has sabido guiarme cada vez que me he perdido. Gracias a mi editora del Reino Unido, Marigold Atkey, por ese entusiasmo contagioso, observaciones astutas y gran dedicación. Quiero darles las gracias también a todo el equipo de Norton y al de Daunt: a Laura Mucha por acompañarme durante el proceso de publicación; a mi editora, Jodi Hughes, y a mi correctora, Lynne Cannon Mendez,, por saber ver lo que yo no; a mis publicistas, Gabby Nugent, Meredith McGinis y Jimena Gorráez —y a mí misma—, por hacer que el libro salga a la luz y que yo salga al mundo; y a mis diseñadores, Jason Heuer y Kirshan Rajani, por las preciosas ilustraciones de portada. Gracias a todos los libreros que habéis vendido un ejemplar de esta novela, a todos los que lo habéis comprado. Gracias a mi agente, Emma Paterson, por soportarme y por acompañarme en lo que alcanzaba mi mayoría de edad, como autora y también como persona. Gracias a Lisa Baker, Anna Hall, a los equipos de derechos internacionales y contabilidad y a todos los de Aitken Alexander por el durísimo trabajo.

Sin mis profesores, esta novela no existiría. Gracias a Brandon Taylor por enseñarme la importancia del aburrimiento, los buenos modales y un capítulo largo; gracias a Garth Greenwell por su ayuda con las frases y las escenas de sexo; gracias a Jeffrey Eugenides por las largas conversaciones literarias que hemos mantenido. Gracias a Katie Kitamura por preocuparte, por esos consejos cruciales. Gracias a Jonathan Safran Foer por hacer más que nadie, no solo con tus generosos consejos de edición y apoyo, sino con la maravillosa piñata. Gracias a Diana Evans, Tom Lee, Rachel Seiffert y Ben Markovits por ayudarme a entrar en el mundillo. A mis otros profesores (Ross Raisin, Francis Spufford, Hari Kunzru, Raven Leilani, Darin Strauss, Sally Wen Mao), que sepáis que he sacado algo de todas vuestras clases. Gracias a Jackie Tasioulas, Fred Parker, Anne Stillman, Deborah Bowman y en especial a Tamara Follini, por vuestro compromiso y por inculcarme el amor por la literatura. Gracias a Peter Straus, Georgia Garrett y a todo el equipo de la agencia RCW por enseñarme las primeras versiones que hacen falta para escribir una novela. Gracias a Deborah Landau, Zachary Sussman, Sebastian Doherty y a todos los del programa de escritura creativa de la Universidad de Nueva York por fomentar un entorno lleno de ideas. A todos los autores y artistas, vivos y muertos, cuyas obras he devorado, que sois tantos que no puedo nombraros, muchas gracias.

A mis compañeros, gracias por vuestras generosas lecturas. Natalie y Susannah, gracias por alimentarme el corazón, la mente y, muy a menudo, el estómago. Gracias, Mimi, por esa inteligencia traviesa que tienes, por esa elegancia. Gracias, August, porque tu solidaridad me ayudó a salir adelante. Y gracias, Esme, por ser quien más me anima. Gracias a todos por ser mi familia cuando vivía sola en otro país (y a Sam, Eli, Frankie, Josh, Ali y mi familia de Birnbaum) y por seguir siéndolo ahora que ya no estoy. Gracias a Euan por describirme sus encuentros formativos, y a Fergus por comprobar que mis escenas tuvieran su lógica. Gracias a Katy y a todos quienes han leído mis primeras versiones, ya sean de esta novela o de cualquier otra cosa que haya escrito. Gracias, Rosie, por dejar que siguiera tus pasos; a Julia por leer el primer borrador, el peor de

todos, y a Rowan por leer uno posterior, que aún era caótico, y por estar siempre conmigo. Gracias, Tyro, por esa astucia preciosa, y a ti, Lettice, por tus sabios consejos. Daisy y Pandora, gracias por vuestra eterna camaradería. A todos mis amigos: gracias por contestarme al teléfono, sois un chaleco salvavidas en esta vida tormentosa. Gracias a todos los que me habéis escuchado y hablado conmigo, a los que me habéis animado, aconsejado y ayudado.

Gracias a mi hermana, mi primer amor e inspiración, por hacerme creer que escribir una novela era posible. Gracias por tenerme en alta estima incluso cuando estabas mal y por ser la otra mitad de mi cerebro. Gracias a mi padre, por ser mi primer profesor y por seguir guiándome, por leerlo todo y mantenerme alerta. Gracias a mi hermano por alimentarme el alma. Gracias, tía Annie, por los ánimos y los chapuzones en agua fría. Gracias, yaya, por tu espíritu. Gracias, Jenni, por el amor. Gracias a Bríd y John por vuestra amabilidad y vuestras cenas. Gracias a toda mi familia por apoyarme en todo momento.

Gracias a Sophie Crawford por dirigir Patterned Ground, donde leí una muestra embrionaria de esta novela, y a todos los espacios en los que te permiten intentarlo y fracasar. Gracias a Goldsmiths por dejarme experimentar y a todas las instituciones y organizaciones cuyo apoyo crucial han hecho posible este libro: Isaac Arthur Green Fellowship, Goethe Institut, Genesis Emerging Writer's Programme, Jill Davis Fellowship, Global Research Initiative (GRI), Research Fellowship de la Universidad de Nueva York.

Gracias a los equipos que tratan el cáncer de mama en el hospital Homerton y el St. Bart's.

Oisín, gracias por todo.

¿TE HA GUSTADO ESTA HISTORIA?

Escríbenos a...

plata@uranoworld.com

Y cuéntanos tu opinión.

Conoce más sobre nuestros libros en...

plataeditores

PlataEditores